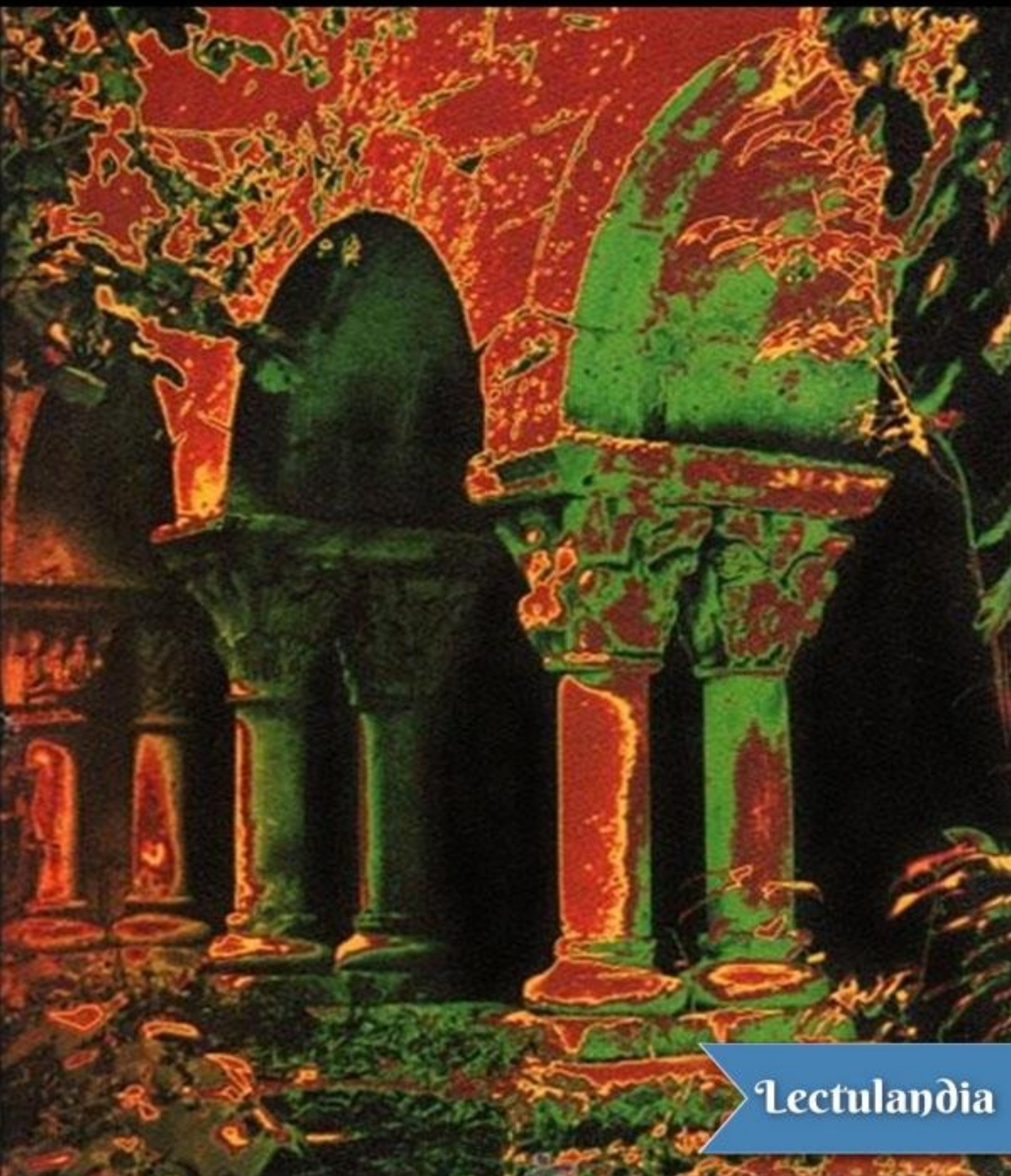


# Jesús Fernández Santos

## Las catedrales



Lectulandia

*Las catedrales* viene a ser —dice su autor— una novela cuyos capítulos o secuencias aparecen vinculados por un sistema peculiar de composición en el que juega un papel determinante la idea del espacio o, por mejor decirlo, el escenario en que suceden las diversas narraciones.

Las colecciones de relatos suelen ser siempre una mera recopilación de trabajos ya anteriormente publicados, pero no en este caso. Yo quise hacer una novela en cuatro historias, unidas entre sí por un nexo común y a la vez diferente, tal como suele suceder en tales monumentos. Cuando uno se acerca con un equipo de cine a alguno de ellos, lo normal es verse rodeado al punto de canónigos, guías o simples aficionados, cada cual con su historia, con sus anécdotas y sus preferencias personales. Unas y otras forman el todo de la historia viva de estos viejos recintos a medias entre su ruina actual y sus viejas o nuevas leyendas.

A fin de dar mayor unidad al libro, situar al lector y evitar toda especulación artística o arqueológica, escribí delante de cada relato una pequeña evocación que centraba la anécdota. Incluí una gran catedral de Castilla, otra más modesta de aquellas que se hicieron con el sobrante de materiales y fe de las mayores; una tercera de las islas, tan distinta de las de la península y aún más cargada de historia que éstas y por último una no terminada: la de Madrid, quizás no concluida porque aquella primitiva fe acabó por agotarse definitivamente.

**Lectulandia**

Jesús Fernández Santos

# **Las catedrales**

ePub r1.1

Titivillus 06.02.15

Título original: *Las catedrales*  
Jesús Fernández Santos, 1970

Editor digital: Titivillus  
Primer editor: armaurumque  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

La catedral, esta catedral, está bien situada, se alza en el lugar más a propósito de la ciudad, el más alto, escarpado, destacado precisamente por ser precisamente la segunda que alzó el cabildo de la ciudad. La primera se construyó en un solar más bajo, era menos protagonista de la villa y, por si fuera poco, sus muros y sus puertas estorbaban el ir y venir, las maniobras guerreras del alcázar que también se edificó vecino a ella, aprovechando el perfil recortado de taludes, en esa parte en donde la ciudad se estrecha hasta lo inverosímil y acaba en un rocoso cabo ceñido por dos ríos que a sus pies se juntan y juntos siguen su camino hacia el Tajo.

Lo que de la primera catedral quedó, tras del gran incendio que la arrasara, fue desmontado y trasladado a lugar más airoso y apropiado donde no entorpeciera el paso de los cortejos de los reyes. Se numeraron las piedras del claustro que se salvó íntegro del fuego y, poco a poco, la nueva fábrica fue subiendo como en un noble juego arquitectónico en el lugar y hasta la altura que alcanza hoy.

El solar que dejó vacío lo ocupó el tránsito de arneses y carruajes, los desfiles ceremoniosos o las súbitas prisas de las muchas coronaciones y campañas que allí se fraguaron y desde allí partieron. El solar también fue ocupado, tiempo después, por una edificación peculiar —extraña por dentro, que no por fuera—, y que en razón a su destino, se llamaría más tarde, La Casa de la Química. Allí se instaló por primera vez en España, lo que su nombre dice, un lugar donde se enseñaba aquella nueva ciencia y para lo cual se contrató a un químico francés, en vísperas de la Revolución francesa.

Llegó el químico, se aplicó a sus estudios y anduvo algunos años explicando a los cadetes el arte de fabricar la pólvora, amén de algunas otras. De su paso quedan aún, rescatados de viajes y desvanes, un horno eléctrico de cobre, con su mica ya casi opaca del todo y los bornes oxidados, y la revista de química que fundó y en la que en español traducido asépticamente, da cuenta y razón de sus descubrimientos en páginas rotas, viejas, casi perdidas ya, que inauguran los anales de tal ciencia en España.

Sería injusto olvidar que en sus horas de estudio, en la vieja ciudad, le acompañó un coronel español cuyo nombre figura en una lápida del nuevo laboratorio que fundó el francés. Este laboratorio, la escuela de cadetes, la Casa de la Química y la Revista en ella editada, sufrieron los avatares de nuestra guerra de la Independencia. La Academia, con sus cadetes, que a veces estudiaban y a veces debían acudir apresuradamente a los frentes, fue recorriendo, a través de España, el incierto itinerario de nuestras victorias, avances, retiradas o derrotas. Así que de La Casa de la Química no quedó nada, si no es su noble y a la vez sosa fábrica y el título esculpido

en la fachada. De Proust, enviado por Lavoisier a España, a petición del rey Carlos III, quedan la ley que lleva su nombre y los Anales que fundó y dirigió durante algunos años —pocos— antes de que a las puertas de esa misma ciudad se presentara en persona José Bonaparte. La catedral, al cabo del tiempo, mudó poco, quedó esbelta por fuera pero pobre por dentro, vacía, con goteras y moho del agua acumulada en los cruces de las bóvedas, allí donde los maestros góticos, por si los arbotantes no bastaban, acostumbraban a depositar cascotes y escombros para contrarrestar el empuje de las bóvedas.

Quedó bien pintada en retablos, sacristías y capillas, bien esculpida en cristos, con sus llagas azules y sus piernas afiladas y perfectas, rica en bronces, en rejería y candelabros, pero un poco olvidada respecto a las demás, a pesar de que Doré la dibujara con su torre —la más esbelta entre las españolas— y su patio enlosado con tumbas que aún esperan nobles guerreros y obispos linajudos.

Nacida un poco tardíamente, copiada de otras más antiguas e importantes que el canónigo fabriquero visitó antes, tomando nota, hasta la más lejana de Sevilla; lo que la otorga su perfil peculiar no es su interior solemne y despejado, ni tampoco su cabecera toda ella salpicada por fuera de estalagmitas góticas, ni sus treinta capillas, algunas cerradas desde siempre con algún enterramiento olvidado, con dos o tres lamparillas encendidas o la imagen inmóvil y el suspiro espaciado de algún alma devota, ni sus rejas doradas y robustas con clavos y rosetones que son joyas, ni esos dos órganos con su trompetería en disminución, con sus consolas policromadas, con sus fuelles podridos y su laberinto interior de escaleras, partituras, resortes y cientos de conducciones eléctricas desprendidas; lo que la otorga su personalidad es esa torre única, que por serlo parece más alta aún, por alzarse desde la misma explanada enlosada donde debieron ir a parar guerreros, canónigos y obispos.

Esta torre indemne de las lluvias, de las nieves, de terremotos verdugos de las otras, que tiene tan sólo en lo más alto cuatro pequeños ventanales, que se divisa desde cien kilómetros antes de avistar la ciudad, que desde lejos, por encima de los cerros que la rodean parece como un hito solitario surgiendo de la tierra, como el índice inhiesto de un puño cerrado, midió las horas y sirvió de guía hasta un tiempo próximo relativamente, a la mayor parte de los habitantes de la villa.

Así que aquel canónigo no quería creérselo. ¿Cómo lo iba a creer? No quiso hacerme caso cuando se fue a avisarle el guía, o mejor dicho, no fue a llamarle sino que él mismo se acercó al oírme, vino al oírme, cuando allá abajo andando por el claustro me oyó decir aquello de que yo había vivido allá arriba.

Y el mismo Antonio tampoco quería, que viniera, porque Antonio es muy corto, lo mismo que los niños. «Mujer —decía—, ¿cómo vamos a subir con los niños allí?» Y era verdad, porque son cuatrocientos veintitantos escalones y eso contando sólo hasta la casa, sin contar con los cincuenta y dos que aún faltan después para llegar debajo del mismo tejadillo.

Pero no era por eso, es que Antonio es así: corto, y con todo aquello lleno de turistas alrededor, se le hacía aún más cuesta arriba. Pero por fin ese canónigo que no es de aquí, que según él mismo dijo, estaba en un pueblo de Cuenca y, por un frío que le tomó un oído, le trajeron a esta diócesis, me oyó lo de que había vivido en la torre y vino a hablar conmigo aunque bien a las claras se veía lo poco que creía lo que yo le contaba.

Él está para poco ya. Dice que sólo para el coro y enseñar las cuatro reglas a los monaguillos para que por culpa de los oficios y las misas no pierdan los estudios y los padres les dejen venir. A los que asisten —nos decía a mí y a Antonio, mientras buscaba la llave de la sacristía—, les enseña a leer si no saben y hasta aritmética y geografía. Se ve que es buen hombre por lo que se quejaba de las goteras de los techos, diciendo que un buen día se venían abajo, que allá en el pueblo dónde él estaba antes, no había más que decir «hagan esto» para que fueran a hacerlo como un rayo, mientras que aquí pasan meses y meses, desde que se contrata en firme una chapuza, hasta el día en que aparecen los obreros.

«Y al final se acaba hartando uno, se acaba uno cansando, porque ve bien claro que lo único que importa es el dinero, que al ser cosa de poco, no quieren molestarse (se lo decía a Antonio que, como a todo el mundo, le llevaba la corriente), que para ganar de diez a veinte duros no se molestan en venir hasta aquí y mucho menos en subirse a las bóvedas. Y sin embargo (venga a buscar la llave que no aparece de lo poco que deben usarla desde entonces) ahora la quieren iluminar por fuera, por esto del turismo, cuando lo que yo digo: mejor sería gastar ese dinero en arreglarla por dentro.»

Pero bien se ve que este señor, este canónigo no la conoció antes; yo creo que exagera. La catedral está bien limpia y arreglada y dentro, al menos se ve, que no

antes con aquellas bombillas de miseria. Bien se nota que está aquí desde poco, desde ayer mismo como quien dice. Ahora hay luz y se ve y no como cuando quedaba a oscuras, tan negra y vacía, llena de ruidos de dentro y de fuera; los de dentro casi siempre de madera y los de fuera de algún coche, de gritos, voces de los vecinos, de alguna otra campana más pequeña que la del padre, que la nuestra.

Y fue precisamente aquella vez que olvidaron cerrar la puerta de la escalera que sube al campanario. Agustinillo fue el primero en enterarse, Agustinillo al que luego, más tarde, siendo ya Agustín le mandaron al frente y le dieron el tiro. Agustinillo y yo bajamos los cuatrocientos veintitantos escalones a tientas y empujamos la puerta de la torre y vimos que como él decía, aquel día el sacristán se había olvidado de cerrarla. El padre andaba colocando tejas de esas que el aire arranca, mirando cómo iban las goteras, esas mismas de que el canónigo se queja y la madre entretenida con la cena. De modo que Agustinillo y yo, por eso de los niños, de hacer lo que no puedes, lo que no te dejan, salimos o mejor, entramos en la catedral.

A pesar de la costumbre, yo quería ya volver a los primeros pasos y a no ser por Agustinillo me hubiera vuelto a subir los escalones, pero él, que siempre estaba dispuesto a todo —por eso se fue al frente nada más empezar la guerra—. Agustinillo me cogió de la mano y entramos en la catedral sin saber para qué, ni a donde ir, como quien dice por la ocasión nada más, nada más que porque el portero o el sacristán dejaron aquel día la puerta abierta.

Y era como en la noche, cuando no hay luna, ni esas estrellas que parece que no alumbran, pero que hacen que las cosas, aunque malamente, se vean, era como en esos otros apagones, después cuando la guerra, cuando la aviación llegaba, cuando mirando abajo desde lo más alto de la torre, no se veía ni una sola luz, ni una casa, ni una ventana, ni los faros de los coches tapados con trapos negros.

Y no se estaba mal. Hacía menos frío que allá arriba, pero lo malo fue que nada más dejar de tocar la madera de la puerta, era como estar en el aire con los ojos cerrados, pegada a la mano de Agustín y sólo con el amparo de una lucecita que se encendía y apagaba a lo lejos. Porque la escalera bien que la conocíamos a tientas, de tantas veces de subirla y bajarla para andar a la escuela, a algún recado, a por alguna medicina para la madre, que siempre estuvo algo malilla. Pero abajo, la catedral, a oscuras, era como estar en un pozo sin luz y a no ser por Agustín yo no me hubiera despegado de la puerta. Pero el hermano se empeñó en seguir hasta la luz —«es la luz del Santísimo», decía—; «vamos a allí y volvemos, solamente hasta allí, ya verás». Y como no quedaba otro remedio, hasta ella nos fuimos. Y lo mismo que en la escalera según se subía, también allí, según pasaba el tiempo, según nos acercábamos, iba habiendo más luz en las ventanas, en las vidrieras blancas, sobre todo, aquéllas que pusieron nuevas y feas cuando las viejas y de colores se fueron rompiendo. Así llegamos hasta la capilla del condestable que allí estaba, como siempre, echado junto a su señora, como durmiendo, con el perro, tan pequeño, como de juguete a los pies. Apenas se veía más que la cara, ese perfil tan serio y tan tranquilo lo mismo que el de



ella, de gente rica, bien comida de siempre, de señores. Se adivinaba, se sabía también de memoria lo demás: las figuras de piedra a los lados y esos ángeles que hay en las cuatro esquinas del sepulcro que según están puestos, con las manos tan tiesas, parece que estuvieran llorando, pero después, si te fijas en las caras, parece que se ríen.

Y aquella lucecita, la que Agustín decía que era el Santísimo, parecía estar siempre para apagarse, pero siempre resucitaba, aunque no por eso la veíamos más cerca. Camino de ella íbamos cuando se oyó un crujido, un rechinar de madera por la parte del coro, como si alguien pisara por allí. Nos quedamos bien callados los dos, con un miedo que yo no sentí nunca más, ni siquiera cuando aquel chico me dijo aquella vez a la salida de la escuela, que a todos los que teníamos que ver algo con la catedral, el mejor día nos cortaban la cabeza. Ni entonces me entró el temblor aquél, como allí, a medio camino entre la luz y la puerta. Cuando aquello del chico me puse a llorar pero ahora no podía y es lo primero que en mi vida me acuerdo, de aquel miedo allá abajo, y allá arriba en la torre, de aquel ruido del viento.

Y más allá de la sacristía, pasamos junto a la capilla del Cristo que con la poca luz parecía menos triste y maltrecho. Y otra vez el ruido allá en el órgano y yo vuelta a temblar. Entonces Agustín me contó que eso era de la madera que crujía al pasar del calor del día, al fresco de la tarde y de la noche. Pero a mí, aquellos ruidos me arrancaban el corazón del pecho, lo mismo que un rumor que sentía llegar de lejos, como de suspiros y oraciones, desde allá, desde la capilla del Cristo. Era como el rumor de muchísimas plegarias de esos rezos que parece que nunca terminan de esas mujeres que pasan tanto tiempo de rodillas en el reclinatorio con las manos juntas y los ojos en el Cristo y se están como en casa horas y horas, allí en lo oscuro, con rosario o sin él, bisbeando hasta que llega otra. Entonces se marchan como si les molestara no estar a solas con el Cristo, igual que si tuvieran celos de las demás.

Era como el rumor de todas a la vez, pero Agustín no las oía. Es lo mismo; hubiera dicho que eran los pájaros, los cientos de ellos que viven y anidan en los techos, cornisas y tantas figuras como adornan las terrazas, o el viento que se las come poco a poco, o esas hormigas que hay, que están destrozando los retablos por dentro.

Y ya estábamos al lado del Santísimo, delante del altar mayor. Allí, para nosotros solos estaban —aunque con la lamparilla, apenas se veían—, el retablo mayor todo tan lleno de santos y pinturas y el altar con sus seis candelabros de plata, y el asiento todo tapizado en rojo, del señor obispo. Así lo debía tener él para sí solo, pero con luz, con todas las velas y todos los cirios encendidos como en los días de grandes ceremonias, como cuando en la guerra, subieron a la patrona en procesión hasta aquí, para ver de ganarla y que no nos cortaran a todos la cabeza.

Ahora, en vez de los suspiros y los rezos, yo oía a los canónigos cantando allá atrás, en el coro y también a esos niños que trajeron una vez de no sé qué colegio, y olía ese olor tan rico del incienso y sentía como la catedral entera se iba llenando de

la música del órgano grande que tan pronto suena como voces llamando desde arriba, del cielo, como te hace temblar igual que si tocara desde las mismas puertas del infierno.

(La luz también temblaba, parecía que la lamparilla iba a apagarse, pero siempre es así, igual que esos enfermos que duran tantos años, parece que no le queda vida, pero aún es capaz de aguantar un día entero. Chupa todo el aceite hasta el fondo del vaso porque —decía la madre— aprendieron a hacerlo de las lechuzas. Así que nos fuimos volviendo haciendo marcha atrás, como Agustín diría, camino de la puerta. Y pasamos por la capilla de san Pedro, con el santo y sus llaves. ¡Ojalá encuentre este canónigo las suyas!, porque ya Antonio va perdiendo la paciencia y luego vendrán los gritos en casa) y pasamos delante de otro Cristo medio desnudo y metido en una urna, tan blanco que parecía flotar allí en lo oscuro y no como los obispos tan tiesos en sus nichos, con las manos bien juntas todos, y sus mitras y la cabeza hundida a medias en su almohadón de piedra que es tal como si fuera de verdad en los dobleces, en las jaretas y en las borlas.

Ese lado de la catedral, en el que está el púlpito que más se usa de los dos que tiene y al que se sube por una escalera de mármol que va dando vueltas alrededor de la columna igual que si se fuera camino de la Gloria, ese lado de la catedral es el que da a la plaza y hasta donde llegan más fuertes y más claros los ruidos de ella. Allí se estaba mejor, más tranquila, porque aunque la puerta grande esté cerrada, el oír sea tan solo siquiera a la gente a través de las gateras de las hojas parece que anima, y se piensa que podrían venir no sé cómo, en caso de apuro. Apuro ¿de qué?, pensaría Agustín mientras subíamos al púlpito tanteando los escalones que eran como una tentación de tan hermosos: subir poco a poco, como hacen los predicadores, hasta casi tocar el Espíritu Santo en ese techo redondo que ponen siempre para que se oiga la voz bien, desde todos los bancos y rincones cuando la catedral se llena hasta el patio de losas, en los días de fiesta.

Desde arriba, seguramente no se abarcaba una vista tan hermosa como desde nuestro ventanillo de la torre, el que tiene a media escalera. Desde ese ventanillo, en los días de fiesta podían verse todos los bancos que hay desde el coro a la capilla mayor, llenos a rebosar de mujeres, viejos y niños, cuando los hombres de edad militar, los mandaron al frente. Llegaban, una tras otra, las largas avemarías del rosario, casi pisándose unas a otras, formando todas juntas como un rumor continuo allá arriba en las bóvedas. Se veía también a los niños aburridos, sentados en los salientes de las columnas, en una de las cuales debe haber todavía un cuadrado con su marco dorado, rematado por una cruz como en los viacrucis pero sin imagen de Dios Nuestro Señor. Un cuadro muy pequeño que decía: PENA DE EXCOMUNIÓN A QUIEN EN ESTE SAGRADO RECINTO TUVIERE PENSAMIENTOS DESHONESTOS. Nada más verlo era como si se hiciese memoria de allá de los días de la escuela de todo aquello que contaban los chicos y también de otros días, allá por los pinares, que vinieron luego.

Es lo mismo que ahora. Sólo con recordarlo, vuelta otra vez, aunque ya, de casada, sea distinto como siempre dicen y es verdad. Pero antes no era así y a veces cuando no nos ponía deberes la maestra, ni había a donde ir, allí arriba encerrados desde las ocho de la tarde, la madre, por el frío, nos mandaba a la cama. Sólo había que pensar y pensar: a veces en cosas buenas u otras siempre vuelta a lo mismo, en lo que hablan los chicos o dicen o te enseñan. Y como el cartelillo dice, quizá yo misma me estaba excomulgando porque a fin de cuentas la torre también era la catedral. De modo que le pregunté a don Romualdo y él me preguntó qué pensamientos eran esos y aunque iban en contra del cartelillo me dio la absolución y dijo que por ellos el Papa no me iba a excomulgar —que era la muerte del alma y hasta a veces del cuerpo— y que cuando tuviera otros parecidos, volviera a confesarme y en paz, aunque lo mejor era que ocupara el tiempo en algo, en hacer labores o ayudar a mi madre, en vez de estar metida tan temprano en la cama.

Volvimos después de dar toda la vuelta, ya de noche, del todo ya apagadas las ventanas, incluso las de las vidrieras blancas, tan sosas que son las últimas donde da la luz y llegamos a tocar los clavos tan grandes y la hoja de roble de la puerta, esa puerta con su gran cerradura que es por detrás como un cofre de esos viejos que enseñan en el museo de la iglesia, donde antes se guardaban el dinero y las joyas, cuando las había, y que tienen la vuelta de la tapa toda llena de cerrojillos que se cruzan por todos lados y salen como dientes por los cuatro costados, al dar vuelta a la llave.

—Bueno, vamos a ver —ha dicho aquel canónigo, descolgando al fin dos llaves parecidas del armario—. Vamos a ver si con alguna de éstas acertamos.

—La verdad es —murmura Antonio—, que todo esto es una complicación para usted. Esta historia de la llave, digo.

—La complicación es aparte. Es ya curiosidad. Le diré en confianza que yo allá arriba no he subido desde que estoy aquí, y tampoco tengo mucho que hacer esta mañana.

—¡Con tanta gente por aquí a estas horas!

—Los turistas son asunto de los guías. En cambio lo de su señora me ha picado la curiosidad. Lo malo —hizo una pausa— son los niños.

Los dos: el canónigo y Antonio les han mirado un instante y los niños se sienten casi culpables. Antonio duda, mira de mal humor a su mujer, que ya fuera de la sacristía se entretiene mirando de cerca la escalera del púlpito y el canónigo añade:

—La mejor solución es —si a usted y a su señora le parece— que usted se quede con los niños. Su señora que tiene tanto interés, sube y queda tranquila y así, contentos todos. Porque para los niños, subir hasta allá arriba es un buen tute.

—Es que es un poco abusar de usted —protesta Antonio todavía, aunque ya va con los niños a explicarle a Inés el plan, junto al trascoro, que a la luz del día revela su madera torpemente disfrazada de mármol por quién sabe qué pintor chapucero.

—¿Qué? ¿Ya vamos?

—¡Ya lo creo que vamos! ¡A un manicomio todos, con estas cosas tuyas! Yo te espero con los niños ahí fuera en un bar. ¡Y a ver si te das prisa!

—¿En qué bar?

—Y yo ¿qué sé? En uno que esté fresco. Te sales y lo buscas.

El canónigo, al acercarse, ha cortado la riña a media voz, ante los niños, un poco atónitos, que ya siguen al padre fuera de la iglesia. Toda ella, su interior, es ahora un rumor de pasos y tacones, unos metálicos, afilados, puntiagudos, otros muchos como un suave deslizarse, como la voz pastosa, melosa y engolada de los guías. Toda la catedral es un rumor de voces a medio tono del ir y venir de la puerta principal con su chirrido intermitente amortiguado al final por el golpe apagado de sus bordes de cuero. Es el rumor del revuelo de las voces de un colegio de chicas que ríen — también a medio tono—, se persiguen, se pierden, llaman a las amigas rezagadas, se aburren o entretienen y disipan tras las dos profesoras que se esfuerzan en arrastrarlas tras ellas. Luego también, las idas y venidas por confusión de horario, las consultas y disputas sobre si el boleto de visita da derecho a visitarlo todo, o también por culpa de los guías que son pocos y cada cual con su espacio rigurosamente acotado: uno el coro y la capilla mayor, otro la sacristía y su museo, otro el claustro y alguna dependencia más, y todos y cada uno con sus llaves, encendiendo y apagando el cigarro cada vez que entran o salen del recinto.

Y al pasar ante la entrada del coro, cruzando ya el pasillo de dorada rejería, el canónigo ha llamado a Inés que ya va por delante y le ha preguntado, como quien comienza a examinar a un estudiante:

—Bueno, vamos a ver. Si ha vivido usted aquí tanto tiempo como dice, conocerá esto que le voy a enseñar.

Han entrado los dos en el coro que ya estaba a punto de cerrar el guía y la ha llevado hasta el centro que ocupa un enorme facistol de bronce con su gran pájaro inclinado sobre los grandes cantorales como si fuera a destrozarlos con su pico. Allí el canónigo ha mostrado a Inés una cuerda larguísima que cuelga desde la altura de la bóveda. Se diría que abajo, en el extremo inferior falta una lámpara por culpa de unas obras o que es para, en Semana Santa, colocar alguno de esos paños morados y enormes.

—Si ha vivido aquí tanto tiempo —insiste el canónigo— sabrá para qué es esto.

¿Cómo decirle? ¿Cómo explicarle todo en un momento, en unas cuantas palabras? ¿Cómo darle una idea de lo que aquella cuerda supuso, suponía en la vida de todos, allá arriba? Un par de tirones de esa cuerda, un par de toques allá arriba, suponía para el padre llamar a misa con las grandes, pesadas campanas de la torre que

sólo para bajarlas a arreglar cierta vez tuvieron que venir, además del fundidor, diez obreros más y colocar ocho rampas, hasta sacarlas a la calle. Dos tirones seguidos y otro espaciado, tocar el padre a misa de difuntos, cinco, a misa mayor y muchos, sin parar volteando, arrebató, es decir algún desastre, inundación, incendio o calamidad; y cuando vino la guerra, bombardeo.

Esa cuerda delgada que baja desde el orificio de la bóveda y parece que no cae recta, sino curva, marcó las horas y el signo de la vida del padre, le dictaba sus órdenes precisas, desde casi el amanecer, hasta que a eso de las ocho, cerraba la catedral sus puertas.

Antes, el portero iba esparciendo su rastro sonoro por todo el interior, probando las cerraduras de todas las capillas igual que si encerraran tesoros inmensos. El eco opaco de sus pesadas llaves iba sonando al compás del suave deslizarse de sus zapatillas de paño —las mismas en invierno que en verano— recorriendo primero la nave derecha, dando vuelta después por la girola y volviendo luego por la nave izquierda para rematar su maniobra comprobando la puerta de la torre, antes de cerrar definitivamente la puerta principal, la que mira a la plaza.

Allá arriba quedaban, encerrados en su prisión de cuatro habitaciones, casi a ras de las nubes, de esas nubes tan bajas del invierno, el padre, la madre, Inés, Agustinillo, el cerdo y las gallinas. Las palomas —nunca supo por qué—, nunca pudo la madre criarlas, quizá porque no les gustaba aquella altura, sino sus palomares más bajos, desde donde, de cuando en cuando, volar y cebarse por huertas y sembrados. Las pocas que tuvieron o escaparon o murieron al pico de los cernícalos que en torno a los cuatro ventanales se mantenían inmóviles, como pintados en el aire, horas y horas acechando.

También los gavilanes hacían sus estragos, pero el escándalo mayor siempre era el de los grajos. Cada vez que una bandada se alejaba de la torre hacia la vega, era como si la torre misma fuera a estallar a fuerza de graznidos.

La vida del padre, así, dependía de esa cuerda. De haberla tenido atada al cuello, no hubiera sido tan esclavo de ella, aunque a veces delegaba en Agustinillo cuando tenía que bajar al palacio episcopal o a la feria a comprar el cerdo para octubre. Pero en domingos y en las fiestas del santo, sobre todo, no podía alejarse de la campanilla de órdenes, de aquella que, movida desde el coro por la cuerda que sostiene el canónigo ahora, le dictaba lo que debían hacer las otras grandes y solemnes de arriba.

¿Cómo explicarle aquello del señor Sebastián, el carpintero, que desde el coro se cogía a esa misma cuerda y trepando, trepando, subía por ella, igual que los artistas de los circos hasta tocar con la mano la piedra, el agujero mismo de la bóveda? ¿Cómo contárselo? ¿Se lo creería o no? Y sin embargo, todos los que por entonces vivían en torno a la catedral se lo vieron hacer alguna vez. Era un hombre bajito y menudo y también de letras según decían algunos. Allá en su pueblo la gente desde pequeña sabía trepar arriba de los pinos, pero un pino es una cosa quieta y con ramas donde hacer pie, mientras que aquella cuerda iba y venía como un péndulo o giraba

en caracol, a medida que el señor Sebastián trepaba por ella.

Y abajo, desde el coro, el deán mismo estuvo presenciando un día la proeza. Lo había dicho Agustín a la hora de comer: «Va a quedarse hoy el señor deán a ver cómo lo hace», y todos los de la torre bajaron para ver lucirse al señor Sebastián y para ver también al deán con su corte de canónigos.

Cuando el señor Sebastián tocó con la mano la bóveda y quedó con todo el cuerpo en el aire, el deán sonrió abajo y agitó muchas veces la cabeza como dándole orden de que bajara. Alguno de los canónigos se santiguó sobre la capa de armiño un poco repelada ya y hubo otro que ensayó un aplauso discreto.

Al bajar el señor Sebastián, el deán le dio unas palmaditas en la espalda y habló de que se parecía a un hombre que hubo en la antigüedad y que hacía otro tanto en la catedral de Florencia.

—Claro que lo que tú haces, es mucho más difícil porque esta bóveda es más alta y también por la edad. ¿Tú cuántos años tienes?

—Pues verá: los cincuenta no los cumplo. Ni los sesenta tampoco.

—Pues que el Señor te conserve el alma tan sana como el cuerpo. Aunque no es de buen cristiano, arriesgar así la vida inútilmente.

Le regaló una medalla de plata con la santa patrona —la misma que subieron en procesión desde su ermita, en los primeros días de la guerra— y que el señor Sebastián ya nunca se quitó de la solapa del traje de los días de fiesta.

El señor Sebastián se murió de viejo, al cabo de los años, y también el deán y la mayor parte de los canónigos de entonces, que por cierto ya iban para viejos. La cuerda, en cambio, sigue allí la misma, tal cual. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Porque nadie se atrevió a quitarla? ¿Porque se olvidaron simplemente de ella? Allí está inmóvil a ratos, y a ratos mecida por las corrientes invisibles que las puertas de la catedral engendran. Allí está, quieta, tesa y mecida a veces, invisible en su parte superior como si un faquir la mantuviera enhiesta ante un público que no la mira, que no la ve, que sólo escucha distraído a medias la melopea interminable de ese guía del coro. Ahí está. Sobrevivió a todos y sin embargo no sirve para nada porque ya no hay campanero arriba y porque las campanas se tañen desde abajo con un motor eléctrico que el cabildo compró cuando ya nadie quiso quedarse allí arriba, después de la guerra. Se baja una palanca, y el motor, allá arriba, toca a gloria, se toca otra palanca y aquel motor de arriba que ni come, ni bebe, ni tiene mujer, ni Inés, ni Agustinillo, toca a muerto. Al menos esas dos palancas, la de la vida y la de la muerte, deberían ser de color diferente, una blanca y negra la otra, pero son iguales, como todas; la de arrebatos, la de difuntos, la de las misas y la que anuncia el rosario de la tarde. Sólo se diferencian en los rótulos sobados que se molestó en poner en letra perfecta y redondilla, un sacristán cuidadoso que por cierto, duró bien poco tiempo.

—Sí, sí, se ve que esto se lo conoce bien usted, pero tenga cuidado no vaya a

tropezar en la escalera, porque ésa sí que en sus tiempos debía estar mejor. Un poco mejor sí estaba, aunque luz no tenía.

—Bueno, así son las cosas de esta vida. Entonces que se usaba, estaría como boca de lobo y ahora que no hay quien suba, instalaron estas cuantas bombillas.

—¿No sube nadie nunca?

—¿Y para qué van a subir?

—Pues no sé... Por la vista que se ve desde arriba.

—¡Si estuviera más baja! Son muchos metros lo que hay hasta la cima y eso es mucho pedirle a los turistas. Son... ¿Cuántos escalones?

—Cuatrocientos cuarenta y tantos.

—Claro que pensándolo bien, en Toledo no deben ser muchos menos y suben a la campana que tampoco es mal julepe. Claro que aquello lo tienen mejor organizado. Aquella sí que es catedral rica, ¿eh? Una buena catedral. ¿Tú has estado en Toledo?

—Sí, fuimos una vez. Nada más darnos el «Seiscientos».

—¿Y subisteis a la campana?

—Claro que sí, y le digo que no hay comparación. Allí desde la torre —y que me perdonen los de Toledo— no se ven más que escombros y tejados de un color bien feo por cierto, del color que tienen los ladrillos viejos, y luego el campo que es casi todo blanco y bien ralo también, como cal, menos la parte que le roza el río. Y eso sí: la campana bien grande, pero lo que es a vistas no cambio yo esta torre por aquélla. Y espere usted que con esto de las vistas se me fue el santo al cielo.

Inés se ha detenido y tras ella el canónigo que se ve que agradece la parada. Inés se ha ensimismado en cálculos interiores.

—Por aquí tiene que ser —murmura mientras mira a la luz de los ventanales, cercanos ya—, debía ser a los ciento cincuenta.

—A los ciento cincuenta, ¿qué?

—A los ciento cincuenta escalones. Aquí tiene que ser.

El canónigo, curioso, en tanto recupera el aliento, ha encendido su linterna y sin saber a dónde dirigir la luz, la lleva tan pronto a los ojos de Inés, como hacia los hundidos escalones.

—¿Pero qué es lo que busca? —pregunta al fin, iluminándola otra vez, cambiando a cada instante el tratamiento.

La muchacha desaparece de la mancha de luz y desde el espiral siguiente, donde ya comienza a estrecharse la escalera, llega su voz:

—Desde aquí mirábamos Agustinillo y yo, cuando las ceremonias. Aquí nos pasábamos tardes enteras mirando.

El canónigo ha pegado los ojos a esa rendija de luz que deja escapar el caracol de la escalera y comprueba que sí, que es tal como ella dice, que desde ese diminuto tragaluz perforado poco antes de que la torre rebase la nave principal se ve ésta aunque no toda, tal como debía contemplarla a sus pies el señor Sebastián y también esos albañiles que, por fin, algún día vendrán a sanar las brechas de la bóveda.

Y aunque el canónigo no la ve, no puede verla, está la catedral reluciente, toda encendida, apenas entrevisto el coro, ni la capilla mayor como flotando toda en el humo del incienso. Está toda encendida y el sacristán y algunos monaguillos, corren y cruzan y se dan recados, en tanto cuatro de ellos extienden la gran alfombra roja de las solemnidades, que va desde el altar a la puerta principal que se halla entreabierta sólo para que el público no llene la iglesia antes de que la Virgen llegue. Es el tiempo del miedo. Sube la Virgen bajo el dosel bamboleante, a hombros de soldados, rodeada de bayonetas, de cánticos, de luces y tambores, y el rumor de los tambores dice guerra y la voz de los que detrás van rezando, viene diciendo miedo y esperanza. Y al paso tranquilo de los soldados y las autoridades, de las apretadas hileras de feligreses, la procesión se demora, tarda casi una tarde entera en llegar hasta la catedral. No son como otras veces, rostros pacíficos, devotos, ajenos, abstraídos, piadosos; esta vez, cada cual va bajando muchas veces la mirada al suelo, en tanto que otros miran hacia el horizonte, de donde llegan espaciadas, pero recias, ráfagas de cañonazos.

De cuando en cuando, la procesión se detenía, los viejos y los niños se hincaban de rodillas y las mujeres entonaban sus largas, interminables letanías. A cada cañonazo que llegaba de lejos, el coro subía el tono igual que si pidiera misericordia a Dios o a los cañones o tal vez como una protesta o un desafío colectivo. Tardó toda una tarde en subir desde el río hasta la ciudad, desde esa ermita hundida en la montaña, en el talud calizo que la sirve de techo y muros, con su puerta que mira al río, entre un bosque de apretados negrillos. De allí salió la imagen, de su encierro de plata, de su enorme relicario, para subir bordeando el río, cruzándolo después, cruzando también los barrios extramuros, más allá de la vieja Casa de la Moneda, de sus secos canales de piedra labrada y sus techos de pizarra, más allá de la gótica casa de la Inclusa, alevín de catedral, mohosa, desportillada, con los niños de pelo al cero y mandil de rayadillo mirando pasar atónitos tal acontecimiento.

Y el camino sigue y cruza la muralla y continúa subiendo y haciendo un alto a ratos, orando y salmodiando, hasta llegar a la altura de la casa de aquel pintor inglés, que en los primeros días, antes de que el rumor de los cañones llenara el horizonte, lió sus bártulos rápidamente, recogió sus maletas y se marchó a su tierra.

Y al final, la cola de la procesión era, como siempre, una apretada maraña de chicos y muchachas, empujándose, tocándose, rezagados, aún en la alameda, frente a la ermita de la imagen cuando la imagen misma iba ya a la altura de la Inclusa. En ese apéndice, en esa cola que recoge a los niños mezclados, a todos los que en la procesión se van rezagando, va Inés con una de las pocas amigas que la quedan del tiempo de la escuela. Ya ha visto tantas procesiones que, aunque ésta es en cierto modo extraordinaria, se sabe de memoria lo que va a suceder: la llegada del señor obispo de pontifical, la voz que desde el púlpito clama, el retumbar del órgano y las preces que le siguen, retumbando también, mucho tiempo después, que pueden oírse aun cuando ya está la catedral vacía. Todo lo sabe y no es difícil dejarse convencer



por la amiga. Todo es cuestión de, al llegar a la bifurcación del puente, en vez de seguir el rumbo del cortejo, continuar por el camino que lleva a los pinares, por la senda que corre paralela al otro río, donde en tiempos antiguos estuvo el cementerio de los judíos.

Desde el cerrillo cubierto de pinos, donde las dos amigas se han sentado, se ve la catedral totalmente despejada, con su torre más alta que nunca.

—¿Y tú dices que a ti te gusta vivir ahí?

—¡Mujer, tanto como gustarme...! Yo sólo digo que los hay peores. Además ¡qué remedio!

—¿Peores? Lo que yo digo es que mientras vivas ahí —la amiga señala a la mole dorada con ademán amenazador—, no te casas.

—¡Ni que viviera en el cementerio! Eso es exagerar.

—Peor que eso.

—¿Peor? No veo por qué.

—No seas simple, mujer. ¿Cómo vas a tener novio, si en verano y en invierno tienes que estar a las ocho en casa? Ni ahora, siquiera que hay tantos hombres con esto de la guerra, enganchas uno tú. ¿Qué novio aguanta eso de que le planten a las ocho? En cuanto que a ti te echan la llave ahí enfrente, él se te va al baile y ¡listo!, a arrimarse con otra.

De pronto, la torre, la catedral entera es como una cárcel mayor, enorme y dorada, rodeada de pináculos, ceñida por el rumor de los tambores. De repente es tan cárcel como esa de la calle mayor, casi maciza, con su puerta claveteada, enorme y sus rejas enormes también que parecen, más que guardar a los de dentro, amenazar a los que pasan por fuera. Y sin embargo allá, detrás de aquellos rasgados ventanales de la torre, debajo de la media naranja que la corona, está la madre echando de comer al cerdo su bazofia o el grano a las gallinas, al cerdo, sobre todo que gruñe y bulle y no para, y el mejor día rompe las tablas de la cochiguera y se cae al claustro desde arriba. Está el padre tañendo la campana solemne de las grandes ocasiones, ésa que oyen ahora y estaría también Agustínillo de no marcharse voluntario en los primeros días de la guerra por aquello de que la guerra misma le gustaba o por ver mundo o quizá por marcharse de allí, como la amiga dice, ya que en los últimos tiempos, era difícil hacerle vivir arriba y siempre andaba buscando pretextos para quedarse a dormir fuera. Ahora está en esa línea de montes que se distingue tan bien mirando al Sur desde lo alto de la torre, esa línea que se enciende y repiquetea por la noche, hacia donde la madre mira tan a menudo y se santigua. Unas veces son disparos sueltos, sobre todo de noche, y otras, ráfagas que se mantienen prolongadas. Unas veces los disparos vienen de la montaña, de esa negra cordillera que parece encenderse como las tracas de las fiestas y otras del lado opuesto, del cementerio, donde dicen que fusilan a los presos.

¿Será verdad lo que la amiga dice? Debe serlo. Es verdad. No es una niña ya y otras mucho mayores ya salen con soldados que pululan por todas partes, y sobre todo por ese paseo grande que llaman El Salón. ¿Qué tiempo? ¿Qué porvenir le espera allí, encerrada a partir de las ocho? La amiga tiene razón. Es preciso callarse con los chicos, negarse siempre a dejarse acompañar, inventar cien pretextos: el hermano, la distancia, el padre, porque todavía recuerda la cara de extrañeza de aquel chico que cierta vez se empeñó en ir con ella, en acompañarla hasta la puerta.

—Pero bueno. Tú ¿dónde vives? A ver cuéntame, de veras.

—En la Plaza Mayor.

—¿En qué número?

—En una casa que no tiene número.

—Vaya misterio... Que no te lo sabrás...

—Que no, de veras que no tiene.

—Vamos a ver. ¿Para qué lado cae? ¿A la izquierda o a la derecha del Ayuntamiento?

—A la izquierda.

—¿Según se mira o según se sale?

—Según se mira.

—Entonces, a la altura del bar Universal.

—No; más a la izquierda.

—En la casa donde empiezan las canonjías. ¡No me irás a decir —rompió a reír—, que eres hija de canónigo!

—Allí no. Más a la izquierda todavía.

—No puede ser. Más a la izquierda está ya la catedral.

—Pues allí mismo vivo.

—¡Pero si allí no hay casas! Allí no vive nadie.

—En la catedral —insistía Inés.

—No me cuentes chistes.

—¡Que no es chiste, es verdad! Ahí vivo yo —ha vuelto a insistir como quien confiesa un delito.

—Ya, ya —comenta el otro—, y tu tío es el abad. —Y marchaba a su lado un poco ofendido y al mismo tiempo resignado, dispuesto a que se burlara de él, a que le hiciera subir para nada, la empinada cuesta hasta la plaza. No hacía más que mirar a las demás muchachas, a las otras parejas que bajaban a los bailes de junto la estación donde nunca faltaban verbenas. Y cuando al fin llegaron ante la puerta principal, la que da a la plaza y ella le dio la mano, él seguía sin entender.

—Y ahora ¿qué? A ver dónde está la broma.

—No es broma, es que yo me quedo aquí.

Entonces la miró más ofendido aún.

—Pero di, de verdad. ¿Qué vas a hacer ahí dentro? ¿Es que vas a la novena?

—No hay novenas ahora.

—Siempre hay alguna. O el rosario o ¡qué sé yo! A ver, explícate de una vez.

Y entró tras de ella. Seguramente esperaba alguna treta, que volviera a salir por alguna de las puertas laterales, que se sentara allí en los bancos hasta hacerle aburrir o quisiera cansarle por algún otro medio. Pero era un chico muy tozudo y siguió tras ella, aunque ella, de cuando en cuando, se detenía en alguna de las capillas, como aquella otra vez en las tinieblas rezando un padrenuestro para que se cansara por fin y se marchara. Pero él aparte de la curiosidad tampoco debía tener muchos sitios donde ir, ni quizás dinero para el baile, sino tan sólo deseos de llevarla hasta el pinar aquel de enfrente o aquellos bancos de piedra del Salón, tan fríos en invierno y, a partir de mayo, tan frescos y tan buenos.

Era preciso prolongar el tiempo hasta las ocho. A esa hora ya estaría a la puerta de la torre el portero, porque sino aquel chico era capaz de subir hasta el campanario tras ella.

Y así, una vuelta completa por el interior, deteniéndose, mirando a atrás, preguntando la hora y rezando padrenuestritos hasta oír el tintineo de las llaves del portero, sintiendo un gran alivio, a pesar del mal rato que vendría luego.

Y en los ojos del chico, por encima de los hombros del guarda igual que en las palabras de la amiga, sí que veía con nitidez que aquella dorada torre era su cárcel. Ni el padre, ni la madre, ni Agustinillo, ni el mísero ganado se hallaban tan presos como ella. Lo veía en los ojos del chico, en su asombro viendo cerrar la puerta, antes de oír girar la llave, en su manera de preguntar atónito «Pero ¿por qué?»

Y el porqué ella misma, tampoco lo sabía. Fue el portero quien contestó por ella:

—Hay que cerrar, por todo lo que queda aquí dentro, chaval. ¿Tú sabes lo que vale lo que queda aquí dentro? —Y lanzaba en torno una mirada de sultán de las mil y una noches.

Luego hizo girar la llave ante los ojos aún asombrados del muchacho, esos ojos divertidos también que ahora la humillan, en tanto los recuerda con la amiga, en tanto los tambores suenan y la campana que voltea el padre la llama desde la torre, a pesar de que hoy, gracias a la procesión, la catedral se cierra mucho más tarde.

—¡Chica, menuda lata, vivir así toda la vida! Yo no sé a qué esperas tú.

—Yo, esperar, lo que mi padre diga. ¿Qué voy a esperar yo?

—¿Y tu padre?

—A encontrar otra cosa mejor.

—¡Pues si no la encuentra ahora, con esto de la guerra! Yo hombre me largaba al frente. Así, como suena.

—Es lo que hizo Agustín.

—Pues márchate tú, chica.

—No sé de qué —se reía triste.

—Pues vete tú a saber. De cantinera —se reía la amiga también, nerviosa de pensar tan sólo en la aventura—. A coser, de enfermera, aunque sea de madrina. Yo me iba aunque fuera a fregar hospitales, antes que estarme ahí.

Acusaba la amiga con su gesto al gran dedo cuadrado, amarillo que dominaba con su macilenta silueta todo el talud, el río, la montaña, el perfil entero de la ciudad.

—¡Mírala —la maldecía la otra— si viniera un avión y la tirara!

Luego calló, quizá pensando en los que allí vivían, pero su odio continuaba aún en su silencio, en su mirada fija en ella, y la torre adivinándolo le devolvía su malquerer en un toque sonoro, lúgubre, pesado que quizás era la voz del padre llamando a Inés o la misma voz de Inés protestando de su encierro o la voz de la madre llamando a Agustinito, allá lejos, perdido en el monte, en el encrespado laberinto de jara, maleza y balas, quizás herido ya, bajado al hospital a duras penas desde aquella solitaria posición en la cima de un monte que por hallarse tan alto y tan solo, le llaman La Atalaya.

Y así, según vamos subiendo, según al sacerdote se le va acabando el resuello, el caracol se estrecha cada vez más y es allí donde está el nido de estorninos. El cura puso otra vez cara rara viéndome apuntar a la siguiente vuelta tan segura, al decir: «Es ahí, ya verás, levántela esa piedra». No había más que moverla un poco y ¡qué cara de asombro!, de sorpresa al ver allí los dos huevos tan pequeños y tan blancos junto a ese ventanillo que es como una bocina, más delgado por dentro que por fuera.

—No es que no lo creyera, no; lo que me asombra es la memoria. Claro que tantos años viviendo aquí...

—Pues ya lo ve ahí están...

Y él los coge, los tienta, los palpa como para saber si son de verdad, igual que si no estuviera convencido del todo.

—Pero éstos no son de tórtola, las tórtolas no vienen a poner sus huevos aquí, sino en los árboles, en un pino, por ejemplo, en un haya, pero no en los campanarios y menos tan arriba como éste. Éstos son de paloma torcaz —los mira otra vez, jugando con ellos como si fueran canicas, los pesa tan contento como Agustinito en sus tiempos y dice que cuántas palomas no habrá cazado él allá en Cuenca a la caída de la tarde, cuando bajan a beber a los manantiales.

Pero Agustín decía que aquel nido era de estorninos. El cura, este canónigo, sabrá, pero seguro que no tanto como él que no hacía otra cosa sobre todo en verano, a partir de las ocho. Él vivía por encima de la iglesia, por todas sus cornisas y tejados, por esos caminos de zinc que son los canalones, que van a dar cada cual a su figura de demonio con la boca abierta y los cuernos de punta. Cada pincho de piedra, cada esquina tiene su santo amarillo de musgo y que se ve de espaldas. Uno es un canónigo con su sotana y teja y sus cordones, otro un señor obispo con su tiara y su báculo y otros ángeles o vírgenes o santos, todos dando las espaldas a la torre y a la calle la cara, todos bien grandes así de cerca, aunque desde la plaza parecen figurillas. Por todos esos canales de latón que son como caminos grises que dividieran la catedral por arriba, que llevan el agua en el invierno y por donde la nieve se funde y

baja en primavera, andaba Agustinillo, casi siempre en busca de nidos. Por allí corría; a veces se subía a las espaldas de los santos de piedra, a ver a la gente pasear en la plaza. Agustinillo corría por allí como los otros chicos por los jardines de abajo, se montaba a lomos de los bichos de piedra y emprendía viajes fantásticos, se columpiaba en esas barandillas de puro encaje y si el deán le hubiera dejado, se hubiera subido por la cuerda del coro como el señor Sebastián.

En tanto que fue chico, lo pasó bien en la torre y era capaz de subir dos y tres veces en el día si la madre le mandaba a un encargo, o pasarse una semana entera por aquellos caminitos de latón hasta que la madre le llamaba desde el ventanal de la campana grande, lo mismo que a otros chicos les llaman desde la puerta de la calle.

Y una tarde, ya casi con la noche encima, mientras buscaba por las cornisas el nido que nunca encontró de don Simón, fue cuando sucedió aquello de que tanto se habló por entonces, cuando el cielo se puso rojo hacia la parte de la sierra y la gente se echó a la calle asustada como si el mundo fuera a acabarse, como si aquel resplandor encarnado fuera por culpa nuestra.

La madre sólo hacía que santiguarse y decir que aquello era por lo mucho que ofendíamos a Dios, y el padre se enfadaba con ella llamándola agorera, que qué culpa teníamos nosotros de lo que estaba pasando y que bastante desgracia era tener al único hijo en el frente.

Y decía Agustín —lo contaba poco antes de morir en ese hospital de aquí que yo no quiero ver, antes que lo enterraran en ese cementerio delante del que no quiero ni pasar siquiera— que fue esa noche cuando vio a san Cristóbal, al san Cristóbal grande que está pintado abajo, en la catedral, en el lado de la epístola, junto a esa puerta que siempre está cerrada.

San Cristóbal venía allá por los llanos que se veían desde casa mirando no hacia los pinos, ni hacia la plaza, sino hacia donde marcha el río o más allá todavía, donde están esos pueblos que se sabe que están, nada más que por sus campanarios. Estaba el cielo rojo, de ese color tan raro que asustaba a la gente que miraba y rezaba y comentaba en la calle sin ver a san Cristóbal que venía, tan grande como la catedral, tan enorme que los pies se le hundían en la tierra y la cabeza en las nubes más altas que la torre. Debía traer buen trecho andado, porque abajo, en la vega se paró a descansar. Y al ver el alcázar —ese alcázar que se levanta ahora donde antes estuvo la primera catedral— se acercó hasta la puerta de servicio.

—¿Qué quieres? —le preguntaron asustados los guardianes.

Y él les dijo que servir a su amo que por lo alto del castillo, debía ser el señor más poderoso de la tierra, porque aun siendo él tan grande, el castillo lo era más y con ese cielo tan rojo de aquel día, debía parecer más imponente aún.

De modo que quedó en la casa, en el castillo, para hacer los trabajos más pesados. Si había que levantar un puente, después de una riada o apuntalar un muro o

enderezar la flecha de una torre, allí estaba Cristóbal que le sobraba fuerza para todo y no como el señor Sebastián —decía Agustinillo—, sólo para subir hasta la bóveda del coro.

Pero un día oyó a alguien jurar y viendo que los demás se santiguaban, preguntó quién era ese Demonio a quien mentaban. Entonces le respondieron que Satanás, ése que se veía —que se ve aún— allá en una de las puertas de la catedral, metiendo en sus calderas a los malos cristianos.

—Pues si tanto miedo le tenéis, es que es más poderoso que vuestro amo. De modo que es a ése a quien yo quiero servir. Y estuvo muchas noches buscándole, por la vega, por la orilla del río donde dicen que cabalgaba a veces con su cortejo de ánimas. Lo buscó por las casas de los pobres, fuera de las murallas y arriba, en la ciudad, por las casas mejores de los ricos. Hasta que cierta noche, cuando estaba sentado junto a una de las puertas de la muralla le vio venir con su cortejo silencioso delante de todos en su caballo negro.

—¿Qué haces tú ahí? —le preguntó el Demonio.

—Esperando a Satanás para servirle.

Y Satanás se lo llevó consigo en su caballo, pero según subían camino de la plaza, se encontraron a la vuelta de un recodo con esa cruz que hay arriba en la muralla, frente por frente a la antigua Casa de la Moneda. El diablo puso gesto de rabia y mandó dar vuelta a atrás y cuando Cristóbal le preguntó por qué, contestó:

—Porque temo la imagen de Cristo.

Y Cristóbal entonces, siempre con la misma idea metida en la cabeza, le contestó que entonces Cristo era más poderoso, bajó del caballo, pasó más allá de la cruz y siguió hasta esos barrancos donde está ahora la ermita de la Patrona. Entonces sólo había cuevas allí, y en una de ellas encontró a un ermitaño.

—¿En dónde puedo encontrar a Cristo? —preguntó.

—Por todas partes —contestó aquel viejo con su piel y sus barbas como todos los santos.

—¿Y cómo se le sirve?

—Se le sirve rezando y ayunando.

Pero Cristóbal no quería comer mal y el ermitaño le mandó entonces quedarse allí, a la orilla del río, para pasar a los pobres que venían de los pueblos y no tenían dinero para pagar al barquero. San Cristóbal se hizo una cabaña para estar más a mano en las riadas y una noche, mientras dormía, le despertaron unos golpes muy fuertes que daban a la puerta. Y oyó que le llamaban por su nombre, pero no era la voz de los arrieros, ni la de los huertanos pobres que subían los martes al mercado, sino la voz de un niño que estaba allí afuera entre los abedules, en la penumbra cercana al río, pidiéndole que le pasara a la otra orilla. Parecía mentira que una mano tan pequeña fuera capaz de golpes tan fuertes, pero cuando se echó al niño sobre los hombros y se metió en el vado, le pareció que la corriente aumentaba y hasta el frío arreciaba. Las fuerzas de Cristóbal menguaban cada vez más, así que preguntó al niño:

—¿Cómo pesas tú tanto? Parece que llevara encima el mundo.

Entonces el cielo se puso blanco y ya se hizo de día, en tanto que el niño contestaba:

—No sólo llevas al mundo encima de ti, sino a aquél que hizo el mundo.

Y en recompensa, le bautizó con el nombre de Cristóbal —que antes no se llamaba así— y san Cristóbal recorrió desde entonces muchos países sirviendo por fin al amo que él quería.

Todo esto lo contaba Agustinillo, cuando ya casi apenas conocía, en una de esas tardes tan largas del hospital, de ese hospital que está allá, en las afueras, en esa explanada, cerca ya de la plaza de toros, en aquella sala donde ya sólo entrar daba miedo de ver aquellas caras, de ese olor del alcohol o, ¡qué sé yo!, junto a esa otra donde llevan a los que ya no tienen remedio.

Allí estuvimos, haciéndole compañía muchas tardes la madre y yo. El padre quedaba arriba esclavo de las campanas y el ganado, de esa campana grande, sobre todo, negra, verde y brillante como el ala tan oscura de los grajos, de esos grajos de buche redondo y grande de preñadas, que pasan solitarios a media altura de la torre, dejando tras de sí su voz, como un ronquido, como la voz de un tonto que repitiera siempre la misma letanía.

El pie, los cimientos de la torre, el claustro solitario en invierno, que es el claustro trasplantado de la catedral primera, es el reino de los pájaros menores, del verderón que salta con su susurro intermitente desde las avenidas que dibujan y dividen los setos de boj, hasta el musgo de las arcadas, arrancando ese musgo, robando la crin de los sillones en los desvanes vecinos para hacer sus nidos entre las zarzas de la vega. Es el reino de los gorriones, un poco más arriba, al amparo de las primeras tejas, en la profundidad angosta de las antiguas grietas de los muros. Salen de su escondite, persiguen a los mosquitos que zumban en torno al pozo y en cuanto atrapan uno, vuelven raudos a su escondite. El pozo es de agua fina, de agua de nieve, licuada poco a poco, no de agua turbia de lluvia que arrastra la arenisca de los tejados. Quizá por ello, los pardillos bajan desde los cables de la luz, desprendidos a medias todo a lo largo del claustro, a rebañar las gotas que quedan en el fondo del cubo. Pero éstos no vienen solos, llegan en bandadas desde sus nidos de los prados, alborotando lo mismo que los grajos. Se abrevan y se van, persiguiéndose unos a otros, pasando inverosímilmente, igual que en un ejercicio de acrobacia, por los vanos que el claustro tiene al aire.

Y allá por mayo, en ese mismo piso, aparecen las golondrinas, siempre en el mismo alero, siempre en su misma grieta, igual que las cigüeñas, aunque éstas prefieren las iglesias solitarias en el medio del campo.

Al jardín, que con su pozo en el centro y su maleza y sus muros que son como un compendio de distintos estilos, de distintas formas de sepulcros diferentes y todos

vacíos, llega también, de cuando en cuando —sobre todo en las tardes de calor—, algún tordo perdido con su cantar incierto que dura más que el eco de la campana cuando baja como un cañonazo desde arriba. Viene también la mancha multicolor de algún pinzón que entona su melodía como un grito o la alondra o la oropéndola o algún abejaruco.

A media torre es donde ensayan su aparatoso vuelo las palomas. Vienen desde sus nidos de la vega en busca de gusanos, de babosas que se deslizan por el muro norte, por donde las filtraciones van arruinando los cimientos del claustro y también, como todos los demás, a caza de libélulas.

No se detienen mucho porque un poco más arriba acechan los cernícalos y a la primera alarma vuelven hacia su vega, más allá de las presas y canales, inútiles ya, de la vieja Casa de la Moneda, a rastrear las eras y atracarse de grano.

A esa altura, hacia la mitad más o menos de la torre, se ve muy raramente, blanca y negra, saltando y volando en poco trecho a la urraca en busca de los huevos de los otros pájaros, del estornino por ejemplo; se ven chovas solemnes y los grajos. Pasan los grajos padres solemnes, solitarios, con su grito profundo y gutural como el claxon de un viejo automóvil, en tanto los hábiles cernícalos se mantienen, como grandes expertos, aprovechando las corrientes calientes de aire que engendra en verano la llanura, las térmicas, como dirían los técnicos que, años más tarde, subieron a instalarse allá arriba, en la torre.

Aquéllos —los del Servicio Forestal—, se entretenían observando en su trabajo cotidiano, no solamente los bosques a su alrededor, sino también la cabeza afilada de los halcones, el color de sus alas tirando a gris, aunque nunca les vieron tirarse a plomo —como habían oído contar— sobre alguna de sus presas.

Es lo que más le hubiera gustado ver a aquel guarda cuyo único trabajo era mirar el horizonte y llamar por el telefonillo instalado junto a él, si veía alguna columna de humo en los montes de pinos. También se colocaron por entonces, aparatos para medir la velocidad del viento, la humedad del aire y el agua que caía cuando llovía. Pero la principal misión del guarda en su turno de cuatro o cinco horas, recostado en su silla, con los negros prismáticos a mano, era barrer con ellos las laderas cubiertas de pinos; pinos viejos del lado de la sierra resinera, con su tiesto de barro recogiendo la sangre cristalina de su herida; pinos jóvenes sin resina ni olor todavía, recién nacidos de la repoblación forestal, aun sin medrar, apretados, como presos, en los cotos.

El guarda espiaba a los pájaros, miraba a los lejanos aviones, espiaba el paseo de las muchachas en la Plaza Mayor, la subida por la cuesta de la muralla de las viejas que llamaba la campana y también de cuando en cuando —ajustando las lentes casi a infinito—, lanzaba una mirada a esos montes cubiertos de encinas con su palacio cuadrado en el centro, donde en tiempos venían los reyes a cazar según unos y según otros, en pos de sus amigas.

Ese parque donde los ciervos vienen casi a comer a la mano, que mira a la llanura



roja por la que andaba san Cristóbal y por la que hoy pasan rebaños fantasmas de gamos buscando sus pesebres de cemento o el agua templada de los abrevaderos.

También miraba, más cerca, más metido en la sierra, ese otro palacio mucho mayor y complicado, rodeado de fuentes y jardines, de juegos de agua, laberintos de boj, porcelanas y tapices.

Mas todo aquello, como en la vida real, lo veía el guarda muy lejano. No se hallaba tan cerca como el milano o las palomas casi al alcance de los dedos a través del cristal milimetrado. Aquéllos —los palacios—, estaban allá, lejanos, cobijados en su sierra el uno, y el otro plantado en la llanura, entre los árboles por una mano rica y caprichosa.

El guarda se aburría, miraba muchas veces su reloj esperando el relevo. Ya la guerra había concluido tiempo atrás y la ciudad volvió a ser lo de siempre: una ciudad tranquila, es decir, en invierno medio muerta en la plaza de arriba, aunque viva abajo donde estaban ahora las casas de comidas y las paradas de autobuses que descargan su tropa de tratantes en los días de feria.

Además, el relevo llegaba a veces no muy puntual, encima con aquello de «¿qué?, ¿te diviertes?», y en tanto dejaba junto al telefonillo la botella de tinto le despedía también con otra pregunta: «Y ahora, de juerga, ¿eh?». El guarda se metía en el túnel vertical de caracol, maldiciendo si el otro había venido tarde y más conforme si había llegado a su hora.

Y un día, una mañana, rayando al mediodía, a la hora en que el motor que no tiene mujer, ni Inés, ni Agustinillo, da doce campanadas demasiado solemnes teniendo en cuenta que ya nadie se preocupa de ellas, el cielo, allá por las aldeas que se esfuerzan por asomar su campanario, se puso gris primero, para cerrarse poco a poco, dejando sólo grandes manchas de luz que barrían la llanura. Después se oyó un grave retumbar por encima de las nubes que se hicieron más oscuras aún, en tanto se extinguía, el revoloteo inquieto de los tordos. Los grajos enmudecieron también, y abajo, a ras de tierra, se fue extendiendo un olor como a almizcle.

Fue una luz blanca, tan viva, que sólo se acercó a distinguir el cerco de los ventanales. Luego un retumbar igual que si la torre entera se estuviera derrumbando. Y decía el guarda que verdaderamente la torre se tambaleó, sobre todo después del chasquido del segundo relámpago. «Era igual que si me fuera a quedar allí, pegado al telefonillo, igual que cuando se ponen las manos en la placa de la lumbre.» Y otro crujido más, lo mismo que un gran árbol que se estuviera desgajando y después ese esperar al trueno que esta vez estalló dentro mismo de la cabeza.

El guarda huyó a trompicones, bajando a tuestas por el estrecho caracol de la escalera, cayó en algún recodo y sólo se detuvo a media altura, hasta donde llegaba, ya amortiguado, el chasquido de los relámpagos y el sordo redoblar de sus hermanos. Después, cuando el tronar cesó y vino una tregua, como un descanso, el rumor de la lluvia animó al guarda a volver a su puesto, más por curiosidad que por deber con la ordenanza que reza estar allí cuatro horas seguidas, en cualquier contingencia.

El teléfono estaba achicharrado —su cable humeaba aún— y también el anemómetro aparecía retorcido y negro. Olía a mal carbón quemado como en las antiguas estaciones, y el guarda viendo aquello, oyendo aquel tronar que ya se encaminaba hacia la sierra de los pinos pensó en cambiar de oficio si se empeñaban en volverle a colocar allá arriba, en aquel campanario.

—Pero no fue preciso —concluye el canónigo sudando la escalera—, porque los técnicos, a la vista del desastre, de cómo habían quedado los aparatos tan costosos, decidieron que aquél era un lugar peligroso en extremo. De modo que los desmontaron todos y se los fueron llevando sin llamar la atención, igual que los trajeron. La torre volvió a quedar vacía, tan sola como la catedral en invierno, como el claustro o la cripta donde debieron reposar guerreros victoriosos, santos insignes o personajes importantes, pero que está toda vacía, poblada —eso sí— de ratas y pilares enormes que sostienen las columnas que se ven arriba y que gracias a ellos son tan altas que la iglesia puede verse desde casi cien kilómetros, por el lado que pilla la llanura.

Así desde donde Agustín está, se ve muy bien la torre, se ve precisamente la parte superior donde vive aún Inés con el padre y la madre.

—Ya veis —dice a menudo a sus compañeros—. ¡Yo que me vine al frente para ver mundo, para irme bien lejos!

—Yo también me creía que esto sería cosa que coser y cantar; llegar hasta Madrid y volver para casa —replica el compañero.

—Bueno, no hay que quejarse tanto —añade otro—, peores que nosotros los hay.

—¿Dónde?

—En el hospital de abajo. ¡Había que ver a los que trajeron el otro día!

—De todas las maneras; con todo y con eso que tú dices, esto es como si no te hubieras movido de casa. Desde mi pueblo a aquí, tirando en línea recta, yo creo que no tardo ni seis horas.

—Pues lo que es yo —concluye Agustín—, igual que si estuviera en casa. Si lo mismo que se ve la torre, se oyera la campana, os podía decir lo que estaban haciendo ahora mi padre o mi hermana.

El extremo más alto de la torre, las dos ventanas y la media naranja que remata el pináculo de piedra asoman sobre la llanura sobre la carretera que Agustín y sus cuatro compañeros defienden o que al menos deben defender de cualquier contingencia. La carretera se hace recta camino de la ciudad, apenas sale de entre los pinos. Durante el día —ahora que ya pasaron unos meses desde el comienzo de la guerra— apenas pasa algún coche veloz, alguna moto rumorosa, camino del cuartel general, en busca de algún parte o con él ya de vuelta. Arriba, en la posición, en la cima de la loma puntiaguda que por hallarse tan despejada le llaman La Atalaya, están los cinco hombres con su máquina verdinegra y dorada, tras los sacos terreros, metidos en su

pozo de caliza y grava.

Uno de ellos, baja por turno, todos los días hasta Intendencia a por el rancho que ellos mismos cocinan, en busca del tabaco una vez por semana, el correo o las sobras que apenas pueden gastarse porque siendo tan pocos no los relevan nunca y apenas un par de veces han podido bajar a la ciudad a gastárselas.

Han bajado también a por mantas que aún no tienen en Intendencia porque nadie pensaba en una guerra larga, pero la nieve amaga ya en las cumbres de la sierra y ya un día, en vez de llover, volaron sobre los sacos y la máquina, diminutos y blancos cristales.

Fue preciso echar una lona sobre esa máquina que es la causa de su presencia allí, cubrir su dotación de relucientes cartuchos engastados en sus negros peines, colocados tan ordenadamente, a su vez en cajas de madera.

La máquina, que como la cuerda de la torre, ordena su presencia allí, tiene tres grandes pies poderosos y macizos hundidos en la tierra y una boca diminuta, en cambio, que ya se puso candente disparando en otra guerra. También forma parte de su impedimenta un cubo para el agua, por si esa boca volviera a enrojecer o su cuerpo de aristas verdinegras o incluso ese sillín macizo donde Agustín se sienta a veces, a liar un cigarro.

Ahora que ya el verano pasó, que incluso el otoño está para acabar y todo el mundo adivina vagamente que la guerra va para largo, que mandaron afeitarse a todos las barbas y prescindir de las múltiples medallas que adornaban sus pechos; ahora que el viento baja en rachas afiladas desde ese puerto por el que hay que subir por vueltas y revueltas, es como si allí la guerra, tras los días iniciales se hubiese detenido y ya la carretera no sirviera de paso.

Así Agustín, cada vez que le tocaba su turno de bajar al pueblo, a ese pueblo rodeado de jardines, de palacios cerrados ahora y setos con esfinges convertidos en parapetos cubiertos de sacos terreros, procuraba escuchar, enterarse de la razón de aquel parón, de si era verdad que la cosa iba para largo. Los síntomas de sus cuentas eran buenas; él estaba en lo cierto porque ya cada cual preparaba su capote y sus botas y aquellas alpargatas de los primeros días se iban cambiando —aquellos que podían— por botas o abarcas de esas que el padre calzaba a veces, y el pie desnudo por gruesos calcetines que las señoras, en la ciudad tejían ya, y que la madre también, anticipándose había mandado en un grueso paquete con un poco de matanza que fueron asando a escondidas allá arriba, en la posición, unos días al buen fuego de las brasas y otros en una sartenilla que compraron en el pueblo.

El largo viaje de Agustín que comenzó el día en que explicó a su padre su propósito, y a la madre y a Inés que no entendían bien, que empezó en la oficina de reclutamiento ante un oficial amable que dejaba al cigarro consumir y consumir con su brasa en el borde de la mesa, concluía ahora allí en aquel monte, que tantas veces había adivinado de pequeño, sin llegarlo a reconocer, pero que era como la catedral, sólo que al revés ahora, y también como quien dice, al alcance de la mano.

El padre no había preguntado nada; tan sólo si se lo había pensado bien, y siguió en su trabajo, en aquel artefacto de madera que colocado en el techo de la alcoba, le permitía tocar la campana sin levantarse, ya por estar enfermo o por puro cansancio o vaguería. Porque el padre ya no era ningún mozo, ya el reuma le pegaba. Quizás por ello no dijo nada; quizás también él se hubiera apuntado, le hubiera gustado marchar, ver mundo, dejar para siempre la campana. Quizás por ello se encogió de hombros y dijo: «Tú sabrás; ya tienes años», en tanto Inesilla y la madre miraban asombradas.

El fin del viaje, de momento es allí: unas veces abajo, en el pueblo, y otras siempre arriba, en el pelado alcor de La Atalaya. ¿Cómo vivir? ¿Qué hacer cuando no existe enemigo, cuando sólo se le oye porque está casi a diez kilómetros delante, al otro lado de la sierra que de un momento a otro, la nieve volverá intransitable? Nada: comer, fumar, engordar, tiritar por la noche, dormir, rascarse.

Y cada semana, salvo caso de enfermedad o contraorden, medio día abajo, en el pueblo, sin otra cosa que poder hacer que pasearse. Pasear por un lugar de calles tres veces más pobladas de lo normal, donde todos son compañeros, pero donde, a la vez, nadie conoce a nadie; por calles tiradas a cordel en donde no hace tanto, vivían los invitados, la servidumbre del gran palacio, calles que ni la misma guerra volvió a la vida, casas iguales todas, con su gran portal, pero en las que se ve el cielo bajo del invierno a través de sus balcones, más allá de los vanos del tejado.

Y ese campo de polo, de cuando en tiempos, más cercanos, aún venía el rey a galopar sobre su césped que hoy aparece crecido sin cuidar, con las tribunas y las vallas de madera podridas y negras. Ahora se usa a veces para alguna ceremonia militar, para las misas de campaña, algún que otro domingo, o para las frecuentes juras de bandera, para estampillar oficiales apresuradamente que salen con sus compañías para el frente.

Ahora el campo de polo se mantiene vacío, azotado por las ráfagas que bajan de los puertos, que mecen sus plátanos enormes cubriendo sus hojas cárdenas y picudas todo el gran rectángulo verde.

A veces viene en el viento como un eco lejano de tambores y trompetas y otras el rumor del palacio mismo, una música distinta, del tiempo en que aquellos mismos balcones se encendían, cuando al caer la noche se iluminaban con multitud de lámparas y arañas de cristal fundido, soplado, tallado expresamente para aquellos salones, en la fábrica vecina que está no más lejos de dos o tres manzanas.

Esa música tenue que a veces es el zumbir del viento y otras como el rumor de tantos pinos en el monte, de tantas avenidas de castaños, cedros, álamos y robles, rotundas hayas y estirados cipreses, sube, a veces, hasta esa línea de ventanas que dan la cara al monte, tapiadas ahora con sacos terreros como los parapetos, y otras parece que surge de la fachada opuesta, de la que mira por encima de la verja principal, al Jardín del Príncipe, a las casas del servicio y a la ciudad más lejos.

¿Qué hacer? Andar, pasear, matar el tiempo. Las tabernas están llenas siempre, y putas no hay, para eso es necesario irse hasta la ciudad, aguantar una cola de a veces

media tarde y esperar lo que venga después, aguantando encima las bromas de los compañeros, cada vez que te notan el miedo. Así que pasear, beberse un blanco entre gritos, algún cántico que otro y larguísimos bostezos, beber más para luego vomitarlo o sentarse a tomar el sol, al abrigo del viento, dormirse alguna siesta en el Jardín del Príncipe, al amparo de alguno de sus diminutos cenadores que ya nadie se molesta en cuidar, suponiendo que alguien los cuidara algún día, desandar el camino hasta la verja del jardín grande del Palacio con sus fuentes y el parque tan alabado siempre por el padre.

De tanto verle rondar por las verjas aquellas, los del cuerpo de guardia le han dejado pasar.

—Un día nos hacemos los locos —le ha dicho el cabo de guardia—. Un día hacemos como que no te vemos y pasas. Sólo porque eres de la Gloriosa —ha añadido señalando el escudo de infantería del gorro—, sólo por eso.

Y ese día fue el de la Patrona, no la del pueblo sino la de la ciudad, esa virgen que tiene un trono que es como un armario de plata y una corona con cerca —dicen—, de dos mil brillantes, esa imagen que está en la catedral como otros en el frente, hasta que consiga ganar la guerra, porque hasta entonces, como los demás, no le darán permiso para volver a casa.

Era su fiesta y por no romper la tradición, a fin de mantener bien alta la moral de los paisanos, vinieron de la ciudad el alcalde y el gobernador militar y muchos otros militares de fajines morados, cubiertos de medallas.

A media tarde, tras la misa de campaña en el campo de polo y el almuerzo en capitanía, fueron todos a ver correr las fuentes del parque, lo cual era un honor y a la vez el mejor espectáculo. Y esta vez sí que Agustín pudo pasar; le dejaron entrar unido al apretado cortejo de asistentes y ayudantes.

El agua salía de las fauces abiertas de caballos de plomo en posturas inverosímiles, resbalaba por grandes escalones de mármol que comenzaban arriba, entre los pinos, se proyectaba en un delgado chorro hacia lo alto o manaba despacio de un sinfín de caracolas, de mármol también, en torno a una glorieta habitada por estatuas desnudas que perseguían a ciervos y gamos, con perros y con arcos. El agua fue surgiendo, en todas las fuentes, pero de una en una, no en todas a la vez, a una orden del guarda general que alzaba su bandera para que el fontanero mayor desde su caseta, diera vuelta a la llave desde el palacete donde estaban los mandos.

Y cada vez que el agua nacía, se disparaba a lo alto o simplemente se volvía polvo bañando todas aquellas figuras de plomo bronceado, todo el público, el pequeño grupo errante por el parque a las órdenes del guarda mayor, estallaba en un murmullo prolongado que se venía a abajo con el agua, al mismo tiempo que el agua se cortaba.

¿Cómo fue? ¿Por qué le sucedió? ¿Cuándo empezó de veras aquel otro viaje? Quizás fue por culpa de ese tablón tentador igual que un desafío, ese rótulo que apenas puede leerse aún sobre el seto de entrada, que dice: LABERINTO.

«No puede ser. No me puedo perder. Nadie se perdió nunca en uno de estos sitios. Es sólo una bobada, un invento que se hicieron aquellos del Palacio, para matar el rato. No me voy a perder, no va a ser más difícil que ésos de las verbenas, en donde todas las paredes son espejos y en un trecho de diez metros —que no tienen más—, te puedes estar dando vueltas si no te sacan, por lo menos diez años. Éste, además, está deshecho, tiene las matas, las paredes de los setos rotas, de modo que si fallas, no hay más que tirar derecho, monte abajo; haciendo trampa, está lista la cosa. Ahora entro, ahora paso. Buenos trabajos estos de los ricos, de los reyes, organizarse este lío para perderse adrede, para buscarse, para encontrarse cualquiera sabe con quién, con sus chavalas, teniendo arriba tanto monte libre. Bueno, cosa de reyes, cada cual se entretiene como sabe, un rey tiene poco que hacer, para eso es rey, y la familia, no digamos, mucho menos. El mejor oficio del mundo: hermano de rey; el mejor, con su casa y su sueldo seguro y sin tener después que arriesgarse el pellejo en los desfiles, sin tener que aprenderse los discursos siquiera.

Y ahora volver, es sencillo, se vuelve, hay que volver, no vayan a cerrar la puerta. Van a llamarme pardillo o paletto que es peor, que duele más, a mí que como quien dice soy de capital, aunque de capital pequeña, pero no tan pequeña como un pueblo. Ahora se va y se tuerce a la derecha, luego dos a la izquierda y se llega a esa piedra manchada de verde, que debe ser de musgo, por ese canalillo que se siente pasar cerca.

Bueno, no es justo la segunda, puede que la tercera; no es esa piedra; después de todo hay muchas parecidas. Vamos a ver, vamos a estarnos quietos un momento. Si yo entré cara al monte quiere decirse que andando siempre con el monte a la espalda, se aleja uno del frente y va justo a dar, si no al Palacio, por lo menos a esa carretera que baja desde el frente y pasa por delante del campo de jurar bandera. Si hubiera estatuas, todos esos jarrones y cabezas que tiene todo el jardín, sería cosa fácil; sólo con unos bancos de esos de piedra blanca y respaldo de hierro que se ven tan bien, que tan bien te orientan. Pero no hay bancos aquí, ni cabezas, ni siquiera un mal reguero que seguir por aquello del camino del agua de que siempre va monte abajo y nunca se revuelve monte arriba.

Vamos a estarnos quietos, a ver si se oye algo. Nada. No se oye nada, ni el agua, ni las pisadas, ni las voces de los otros que venían; no se oye nada, sólo muy lejos el ruido de una ráfaga de disparos y luego, como siempre, los que contestan: muchos más disparos sueltos. Podrían bajar los otros ahora, los que tiran, podrían estar ahí delante, escondidos tras de un seto, o puede que detrás de esos negrillos espiándome, acechándome como ésos que se pasan por la noche, que dicen que se cuelan entre los centinelas para escuchar, a ver, y que luego se marchan, nada más que amanece. Pero no es de noche todavía, falta un rato para meterse el sol, aunque por este tiempo, si le da por caer, se mete tras de la tierra en un momento. A ver ahora, a ver más adelante. Si hubiera un sitio donde subirse... pero estos puñeteros que hicieron el invento, no

pusieron ni un mal banco de piedra para cansar más todavía a la gente.

¿Estaré dando vueltas yo? Cortar por lo sano. Se pasa el seto y se va monte abajo, se pasa otro más y ya el terreno va siendo más por igual, más llano a pesar del siete que se hace uno con uno de esos espinos de la mierda. Se llega hasta una de esas glorietas y ahora hay cinco calles que todas son iguales, que no hay forma de saber por cual se tira. Si fuera más temprano, si no hubiera que volver allá arriba al toque de silencio, si no fuera por la verja del jardín que la cierran en cuanto salgan todos los peces gordos, si no fuera porque arriba está el frente y si por casualidad te equivocas y te encuentras con los del otro lado, te pueden dar un tiro a dos metros antes de que te enteres, se podría jugar uno a suertes las salidas, echarlo a pajas como de chico: la más larga la del camino que lleva hasta la verja. Pero el sol va bajando y la campana de un reloj que no sé dónde suena, da no sé qué toque como metiendo prisa, como diciendo, «ven, sígueme pardillo, todo adelante y te plantas en el pueblo».

Y cuando uno se pierde lo mejor es fijarse en las piedras, en las grandes sobre todo, y si es en tierra de agua, con musgo, mejor, porque la cara del musgo siempre mira al norte. Sólo que aquí no hay, debieron arrancarlas todas para hacer el palacio o los pilones o para engañarte más, cualquiera sabe. Otra rama de espino de ésas que no se ven porque crecen mezcladas a los brezos y el roto del pantalón que se hace cada vez más grande, que tendré que coser como abajo se les ocurra un día pasar revista.

Y como cuando aquí no hay matas, no hay otro remedio que esperar a que se haga de noche y mirar las estrellas, si es que hay suerte y no vienen las nubes. Si está el cielo tan claro como aquí queda siempre de noche, se mira el Carro o la Osa Mayor y ésa señala el norte, y un poco desviado para la izquierda, también puede servir el Camino de Santiago. Ahora se ha oído un toque de corneta. Seguro que se ha oído un poco y que viene de lejos. ¿De quién será? ¿De los otros o nuestro? Y el sol como si le corriera prisa, ya va afeitando el monte, las ramas ya negras de los pinos. ¿Y ahora, qué es? La corneta otra vez. No: es el ruido del aire, es la música de antes. Ya no hay sol, aunque puede verse todavía, pero el sol se ha metido y dentro de nada, tocarán silencio. Hace frío. Es ese puñetero viento que siempre se levanta por la noche, que allá arriba quema las manos. Hace viento y estoy —maldita sea—, en el mismo lugar o en otro parecido. Acabo de volver por una de las cinco calles a la misma glorietta de la mierda. Qué va a decir el cabo cuando vuelva; lo que dirán los otros, lo que diría el padre si lo supiera o el sargento si es que está todavía en la verja del jardín cuando vuelva. Hay que acertar ahora; ahora acierto seguro; vamos allá; no arrugarse, como si fuera un juego, una visita, como si sólo fuera cosa de volverse a casa.

Pero los setos estos se van volviendo cada vez más oscuros por momentos. No se puede cruzar ni por los agujeros, porque si dejas el camino no lo encuentras más, y eso que arriba el cielo parece despejado. Allá arriba está esa estrella, la primera que sale por la tarde, la primera que se veía desde casa, esa estrella, la mía; esto se pone fácil. Desde la torre se veía a la izquierda de modo que si la pongo a la derecha, llego al Palacio o por lo menos a los pinares de la jura. Se espera un camión que vuelva del

frente o si no andando que para eso uno sabe. No iré a salir tan lejos aunque no haya luna porque sale más tarde. Está todo muy llano y, en un momento, se termina el viaje.

Es como aquella noche, allá en la catedral, dando toda la vuelta detrás de aquella luz, para volver al fin, a la escalera. Aquí lo malo es que falta la pared que nos guiaba entonces, que aquí todo son brezos y plátanos y espinos, eso sí: todos muy por derecho para engañarte más si pueden. Y arriba el Camino de Santiago. Menos mal, aunque de todas formas el paquete no te lo quitan y el permiso, adiós Agustín, adiós, majo, despídete y piensa en dos semanas en corrección si es que no te ponen a cavar trincheras o a limpiar letrinas.

O no; o puede que no sea tan tarde. Si hubiera contado las campanadas de ese reloj puñetero, lo sabría. Puede que las ocho o las diez. Desde que no se ve, no se sabe cómo pasa el tiempo, y lo que más revienta, aparte de ese frío tan negro, es eso de quedarte aquí, esa rabia de estar a lo mejor a dos pasos de la salida y no encontrarla, estarse como en otro país, perdido y a dos pasos, como quien dice, de la verja.

Y otra vez disparan allá arriba. Ahora, de noche, se oyen los tiros más o puede que disparen más cerca. Y ese bulto que viene para acá, no, que se está quieto, que es blanco como la nieve, que no se mueve, que es el viento que mueve tras él las ramas de los tilos, es una estatua medio en cueros, como las otras, pero con mala cara, con ojos atravesados como de viejo, con medio cuerpo al aire igual que su madre le parió y las piernas tapadas desde las caderas. Tiene cara de poco fiar, así, saliendo de lo oscuro. Con una mano se aguanta la poca ropa que lleva y en la derecha, que es la que tiene en alto, tiene un manojo de rayos, lo mismo que unas chispas que saltaran al aire.

Ahora que ya la luna viene desde allí, del lado donde la posición está, se le distingue bien, con el ombligo al aire y los árboles que ya no son del jardín, que son ya pinos resineros de los que cubren la carretera.

Y ahora la luna que se tapa arriba. Es una nube pequeña, redonda como una pelota de pelusa de esas que hacen los mirlos en sus nidos. Debe haber por aquí una buena partida de mochuelos y lechuzas, hasta de búhos tan grandes como don Simón. Por allá va una rata tan gorda como un gato. Debe de ir, aunque verla no se la ve, pero se sienten mover las ramas por abajo y esa carrera que es igual que cuando el viento arrastra las hojas de los castaños por la arena. Y ese que chilla ahora es un lirón ¡buen porvenir le espera! o un topillo de esos que salen por estas horas a rebañar el grano de las eras, que conocen el sitio donde están, nada más con olerlo, nada más asomando la cabeza.

Y ahora, por fin, vuelta a salir arriba la Luna. Allá va, tan de prisa como el sol antes, sólo que en contra, subiendo como un globo hacia las nubes. Sube tan gorda, con tanta luz ahora, que, luego, al mirar abajo, cuesta saber lo que hay entre los árboles hasta pasar un rato. Ahora, en un claro, al amparo de los pinos, o yo veo



visiones o hay dos hombres parados. Están como esperando. ¿Qué hacen? ¿Qué miran? ¿A quién esperan? ¿De cuáles son? El más bajo de los dos se ha metido a toda prisa, en la sombra, el otro, el alto, es lo mismo que la estatua de antes: tiene en el puño un haz de relámpagos brillantes.

—Bueno, está bien; está bien hija. Ahora ya falta menos. Ya, como quien dice: vamos llegando, estamos.

—Sí; ya faltan menos de cien.

—¿Cien escalones? —pregunta el canónigo y se detiene a respirar.

—Más o menos, cerca de cien.

—Te creo, hija, te creo. ¿Quién no se va a fiar de ti, con todo eso que cuentas?

—Ahora vienen las dos ventanas grandes y después, hasta casa, cuatro tramos de escalones de madera.

El canónigo continúa apoyado en la barandilla de uno de los rasgados ventanales y finge mirar la ciudad a sus pies, los pinos a lo lejos, pero la verdad es que le estallan los pulmones y espera a recobrar el aliento con ambas manos apoyadas en los costados. El viento sopla con fuerza, a pesar de que el cielo esté despejado. Cruza, traspasa las ventanas y va a perderse a lo lejos, más lejos que los montes, moviendo blandamente las campanas pequeñas, no la mayor, inmóvil en su complicado mecanismo de cadenas.

—¿Ve aquello? Aquello es el pinar. Y allí, junto a la plaza de toros, se acababan las casas entonces. Mi padre, que en paz descansa, siempre iba a los toros por ferias y no sabe, después lo que nos andaba mareando; sobre todo a mi hermano. Las ferias las ponían allí donde está esa casa grande que debe ser el hospital de ahora, nuevo, no el de entonces. ¡Qué grande se ha vuelto todo ahora! Está grande por la parte de la estación —mire se ve hasta un tren que está saliendo ahora—; por allí sí que ha crecido bien, en cambio por el río medró poco; está lo mismo que era.

—Es que ésa es una parte muy baja. Se ve que es menos sana. Aquí arriba, en cambio, con estos aires no tendríais peligro de criar polilla.

—No, señor, no. El viento aquí, este viento que se siente, no es nada ahora. Hay que oírle, sentirle, aguantarle, allí por marzo, días y días, noches enteras. Todo suena, todo se mueve. Entra por bajo los filos de las puertas, mueve las cuerdas de las campanas y las hace silbar, llorar y que lloren también noches y noches las ventanas. A veces suena lo mismo que una música muy fina, otras habla, dice palabras que asustan al principio o se pone a gritar o canta tiempo y más tiempo, interminables letanías sin cansarse nunca, empujando las maderas hasta romper los quicios o saltar las aldabas. Entonces entra, embiste igual que un toro, lo mismo que una bestia y arremete con todo lo que pilla al paso, con la mesa y las sillas o la cama de Agustinillo, con los cacharros de la cocina o los tablones del corral de las gallinas. Pero de todo, lo que más miedo da es ese son, ese lamento como a difuntos que trae

algunas veces, que hace callar los grajos, que van a arrebuarse y se quedan quietos, escondidos en sus agujeros. Un viento frío de esos que vienen por delante de la nieve, que no hay más que cerrar todo y meterse en la cama y taparse hasta arriba y sentir como todo se mueve, lo mismo que en un barco, lo mismo que si fuera un terremoto. Y hay vientos calientes también —los que vienen de la parte de los cerros pelados, y vientos que traen neblinas, que se queda la torre como en el cielo, flotando entre tinieblas y otros que te meten la nieve debajo de las puertas, esos vientos que mataron un mal día a la madre, después de dejarla sin mover a la pobre, por muchos meses, todo el lado derecho del cuerpo y de la cara.

Otras traían, en verano tormentas. Entonces nos bajábamos hasta media escalera o hasta la catedral y allí esperábamos a que pasaran los truenos y los rayos. Abajo, en la catedral se estaba bien. ¿Qué rayo? ¿Cuántos juntos podrían acabar con ella? Luego, al subir, Agustinillo, siempre miraba a ver si había entrado alguno, pero allí estaban las mesas y las sillas salvas, por el pincho que pusieron arriba que los paraba, los recogía y los mandaba por su cable abajo a apagarlos en el pozo de piedra del claustro.

—Y esto, ¿qué es? ¿Esto era vuestro también?

—Sí señor. Aquí teníamos el cerdo.

El canónigo ha dejado de mirar la vega y se ha vuelto asombrado.

—¿Cómo? ¿Que teníais un cerdo, también aquí?

—Sí señor; ya se lo dije antes, me parece.

—Y ¿cómo lo subíais?

—¡Hombre, el padre lo traía de pequeño!

—¡Ah, claro, sí, es verdad! —se corrige a sí mismo el canónigo como si le hubieran pillado en falta—. Siendo así, de pequeño, es fácil.

—Aquí teníamos el cerdo que le digo, y ahí, en ese rincón, un corralillo para las gallinas.

—De modo que teníais gallinas también...

—Siempre las hubo aquí. El otro campanero que estuvo aquí antes que mi padre, criaba palomas, pero aquí se dan mal y a mi madre la carne no le gustaba.

—¿Y la matanza?

—Pues la matanza, como en todas partes. Eso sí: teniendo cuidado de que el aire no espantara una brasa. En eso sí que tenía mi padre muchísimo cuidado, porque una vez una chispa saltó y prendió esas malas hierbas y esos cardos que crecen como la cola de ratón en los escombros de tierra del tejado y por poco organizamos un fuego. Gracias a Agustinillo, que se bajó en un vuelo y lo apagó él solo, a fuerza de mantazos.

—Y luego, todo el año, a comer del cerdo.

—Sí, señor. Matanza en casa no faltaba, aunque el animalito no es que fuera muy grande, que era más bien pequeño. No era de esos tan grandes que se crían en las granjas o que se ven con asombro en las ferias, pero eso sí: la matanza era una fiesta,

la única fiesta grande, esperada a pesar de las fatigas, a pesar de los viajes al mercado. Luego los gruñidos del animal cada vez más altos, más agudos, como pidiendo auxilio, casi como una voz, gritando, llorando según el sacristán le metía tras la oreja el cuchillo tremendo. Y el rumor de la sangre, con su rojo vapor flotando en el aire, el espantado grito de los grajos, el graznar sordo de las gallinas alborotando, sintiendo también la muerte, el sordo repicar de las chovas huyendo de la torre, de sus muros salpicados de sangre, ahora tan negros de podredumbre y broza.

Inés y Agustinillo, vagando entre el padre, la madre y el sacristán con su cuchilla roja, asistiendo a los estertores del animal, al extinguirse de aquella fuente cálida y roja, al temblor final que cerraba toda aquella tremenda ceremonia que el sacristán experto, comenzaba enganchando al animal por la oreja con el garfio de acero que traía sujeto al cinto. Y fue ese mismo sacristán al que luego echaron por algún otro lío parecido al de «No te va a pasar nada, no te asustes» —como todos después—. «No pasa nada si te quieres estar quieta». Fue otro día después, cuando ya el cerdo estaba hecho tostón y las morcillas colgadas y recién salados los jamones. Fue otro día después, más o menos a media escalera. «No te va a pasar nada». «¿Quién lo va a saber?» «Tú estate quieta; déjame, quita». Y sus manos, queriendo apartar las otras manos, olían aún a sangre, unas manos tan fuertes y tan duras hurgando allá debajo de las faldas. «No grites, cállate. Te van a oír y si te caes por la escalera, rodando, allá tú si te matas.» Y ella luchando por quitárselo de encima, por quitar sobre todo esa boca con su peste a tocino y esos dedos con olor a matanza. «¿Qué? ¿No te gusto? ¿Tienes novio ya?» —murmuraba allá en la sombra, sin aliento—. Y aunque no se le alcanzaba a ver bien, sólo acordarse de la cuchilla aquella y sus brazos peludos y la calva sudando de la lucha con el cerdo, le hacían defenderse más, con los pies y las manos y hasta con la cabeza en cuanto pudo apartarle un poco. «¿Quién es tu novio, di?» Y él mismo proseguía: «No grites; tú no grites». Le tapaba la boca y ella pilló un buen mordisco en una de esas manos y él entonces maldijo muchas veces, insultándola a media voz y de un empellón la tiró rodando por la escalera.

Otro no la hubiera encontrado en donde fue a parar, pero él también se sabía la escalera de memoria y allí apareció asustado encendiendo una cerilla. «¿Te has hecho mucho? ¿Ves lo que pasa por ser tan cerril?» Pero a ella le sangraba la nariz y tenía el vestido roto y la cara manchada de lágrimas y sangre.

«¿Bueno vas a callarte de una vez?» Quería asustarla, amenazarla, pero bien a las claras se veía que ahora también él tenía miedo. «¿No lo cuentas a nadie, verdad? Ni te se ocurra. Si lo cuentas os echan de aquí, os echan de la torre, tú verás, os quedáis en la calle, se queda sin trabajo tu padre.»

Le temblaba la voz, debían de temblarle hasta las piernas cuando apagó su última cerilla y se fue, escaleras abajo, sin hacer ruido tentando las paredes, igual que los murciélagos.

Y por aquí, por este último tramo que ya da a nuestra casa, bajaron a la madre en su caja de pino tan endeble que se combaba por abajo, que parecía irse a romper del

peso. Ella que era tan grande, cabía mal entre esas cuatro tablas que los soldados bajaban con tantas dificultades por este caracol de piedra tan estrecho. Y alguien dijo: «Hace falta estar loco para morir aquí» y otro le contestó lo que todos pensaban: «Para vivir aquí, es para lo que hace falta estar mal de la cabeza». «Bueno —dijo uno más— aquí lo que pasa es que se hace uno más santo de estar tanto tiempo tan cerca del cielo». Y así hablando y rozando la caja a cada paso, la bajaron entre Antonio y los tres de transmisiones que, con la guerra, pusieron los militares en la torre, y ellos lo hicieron por un favor, porque Antonio, ya por entonces era medio novio mío.

¿Se acordará Antonio, allá abajo, esperando en el café, con los niños? Claro que tiene que acordarse, pero a él le da igual, o mejor dicho no le da igual, no quiere ni acordarse, ni menos subir. Dice que ya quedó bien harto de guerra, que no le hablen de entonces ni del hambre y el frío que pasó allá arriba cuando los destinaron para avisar si llegaban aviones del lado de la sierra.

Bajaron a la madre y nosotros queríamos enterrarla en tierra pero tuvo que ser en un nicho, y en tanto la iban tapando a la pobre con aquellos ladrillos fue —lo recuerdo bien— cuando Antonio me dijo aquello de en cuanto que esto se acabe mal o bien, nos vamos a Madrid o Barcelona y nos casamos. Aquí no nos quedamos. Eso de arriba no quiero ni volverlo a ver, y no por mí que estoy allí por obligación como quien dice, sino por ti y por tu padre también, aunque después de todo si a tu padre le gusta, allá él. Allí es vivir como viven los grajos, peor que ellos porque son animales y no conocieron otra cosa, peor que los presos y hasta que los gitanos.

Y ahora el palacio tiene todas sus ventanas despejadas, las que dan a la llanura y las otras, las que miran a la sierra, y los balcones abiertos de par en par, sin sacos, y desde su interior iluminado, viene esa música que parece rozar los castaños y los plátanos, que los mece a su compás, el compás suave y cálido del viento. Hay un sinfín de voces, de gentes que van y vienen, que se asoman a los balcones o pasan veloces al compás de la música. El Palacio, con sus relámpagos de luces y su voz melancólica y sus muros tan blancos flota como un pez blanco entre los árboles, entre sus múltiples estatuas que son hombres y mujeres de piedra blanca también, a la caza de blancos ciervos inmóviles en la soledad de sus caminos de arena. Y en el parque negro, a pesar de los resplandores del Palacio, a pesar de la luna que hace más nítido el contorno de sus fuentes, está todavía aquel hombre de la sonrisa mala, de pelo ensortijado que ni corre, ni caza, que continúa inmóvil con el ombligo al aire y su puñado de rayos en la mano. Sigue inmóvil y ríe; quizás de ese dolor aquí abajo en el vientre, de la hermana que calla, de la madre que pregunta como siempre «¿Te duele hoy? ¿Te encuentras mejor? ¿Cuándo dices que te mandan a casa?» Y allá por las llanuras que se prolongan hasta la ciudad desde la fachada principal del Palacio, viene, muy poco a poco, con su largo cayado, san Cristóbal, con los pies en el polvo y la frente en las nubes, como siempre. El cielo se vuelve rojo también como siempre

cuando el sol cae, como la sangre de las matanzas de la torre a medida que la cuchilla se hundía cerdo adentro, igual que la otra herida, que la propia, manchando la sábana al despertar, cada mañana.

Y san Cristóbal pasa y se aleja, siempre buscando al amo más poderoso de la tierra, tan oscuro como las noches ya, tan alto como la torre de la catedral que ahora tiene otra voz: una sirena que avisa a todos, a médicos y monjas, a sanitarios y enfermeras para que se apresuren a bajar al sótano, con los enfermos que pueden moverse todavía.

«Ahora —cuenta Inés en la visita del domingo—, tenemos unos cuantos soldados arriba. Cuando viene la aviación tocan ese aparato, y es una cosa buena porque el padre no se desriñona volteando todo el tiempo que dura la alarma.»

Además, ya no tienen que contestar a la de la catedral las campanas de las demás parroquias; la sirena se basta y sobra para cubrir entera la ciudad con su voz que sube lentamente de potencia y tono. En los cuarteles tocan generala y los heridos que no pueden moverse, unos rezan y otros maldicen y se tapan con el embozo de la cama. En el patio enlosado de la catedral han hecho una función. Alzaron un tinglado de madera para sentarse el público, y la fachada de la catedral, que no mira a los pinos, ha servido de escenario. Salían las figuras vestidas como en tiempos antiguos y una era un santo y otra era Dios y otra el Alma, que hablaba desde lo alto de la torre por un altavoz. Allí estuvo la pobre, la noche entera, esperando lo que tenía que decir, pasando mucho frío. Y abajo, en la explanada de piedra, las luces de colores se encendían o apagaban y los cómicos iban y venían como aquellos otros de las ventanas del Palacio

¿Cuánto tiempo ha pasado? La voz de la sirena sigue sonando a ratos, por días; es cuestión de costumbre porque nunca pasa nada, sólo el zumbido de los aviones arriba, luego dos o tres explosiones y nada. Ya casi nadie baja al sótano, y ese chico que ya es novio de Inés, según dice la madre, tiene poco trabajo con la sirena, y las veces que lo tiene es tiempo perdido porque los aviones pasan de largo, bien lejos de la torre. Ese chico se ha hecho novio de Inés de tanto estar allí, de tanto lavarle la ropa a él y a sus compañeros, de tanto calentar su rancho y zurcir los calcetines. Se ve que la cogió cariño de todo eso y de tenerla tan cerca todo el día.

Ahora, en invierno, con esos copos que salpican los cristales que allá en el frente deben cubrir los parapetos y las lonas, y la máquina dorada y reluciente, ya no se oyen disparos en la noche, ni rumor de aviones, ni ese ruido pesado de los tractores que arrastraban la artillería para el frente. Sólo se ven manchas blancas, a veces solitarias, como esponjas diminutas flotando en el vacío; otras como allá, de pequeños en la torre, empujando el cristal, pugnando por entrar como un fantasma pálido y violento, luchando por forzar las aldabas, por romper los cristales. Hace frío; no el de la torre, sino un frío distinto, un vaho helado que, a pesar de las ventanas cerradas, es como si viniera de la misma nieve y fuera subiendo poco a poco, desde los pies de la cama hasta la almohada.

Un día son los pies, más tarde las rodillas y, poco a poco, es una mano helada y dolorosa, aquí abajo en el vientre. La monja ha dicho que va a traer más mantas, pero no las hay; las mantas prometidas no aparecen. Inés también va a traerlas. Algún día vendrán y, a fin de cuentas, el frío no resulta lo peor; lo peor es la noche y esa mancha de sangre que no se seca nunca, que mana siempre.

Fuera, más allá del cristal, está, tan blanco como en su jardín, el hombre que sonríe. Ahora tiene el color de la nieve y su rostro pegado al cristal. En su boca entreabierta, en su roma nariz, en sus pestañas y rizadas cejas, el hielo va dibujando complicados carámbanos que desfiguran su rostro. ¿Qué hace allí? ¿Qué espera? ¿Por qué se vino de allá, tan lejos? Inesilla no está, ni la madre, ni el padre, por supuesto. En torno, nada más que oscuridad y algún que otro lamento, sombras, camas que apenas se distinguen y ese sucio y desnudo ventanal borrado por la nieve, con el hombre asomando.

«¿Y tú qué te esperabas encontrar? Ya te lo dije yo: no hay nada. Lo barrieron todo, lo adecentaron todo cuando subieron a poner el motor de las campanas. Lo poco que quedó se lo llevaron o lo quemaron, o lo vendieron; no lo sé, porque entonces yo no estaba aquí; hablo de oído. Me dijeron que al marcharse el campanero a su pueblo y casársele la hija nadie quiso venir y fue cuando acordó el cabildo poner el motor ese. Bueno, ya ves que he subido contigo, porque lo que yo digo siempre: es más fácil dar la razón a los demás que intentar demostrarles lo contrario. De modo que ahí tienes: las paredes vacías. Los tabiques que había los tiraron. Eso sí; la vista sigue igual de espléndida por cualquiera de las ventanas que se mire.

Vamos, no hay que ponerse así; no hay que llorar. Al contrario, dar gracias infinitas a Dios por sacarte de aquí, de este sitio tan malo. Si; aquél es el cementerio y aquéllos los pinares donde estuvo el frente y aquello es el mercado nuevo, que el viejo lo tiraron, y aquello el río, y más allá la ermita de la Virgen, y a este lado la plaza, donde debe estar ya bien harto tu marido esperándote.»

Y más arriba aún, debajo de la media naranja que sostiene el pararrayos, dormita don Simón esperando la noche y sus ratones; entornando sus ojos color naranja, invisibles sus rasgadas pupilas, ajeno al postrer revoloteo de los grajos, de los gorriones y chovas, igual que si no oyera el rumor de la campana de las dos, igual que si tuviera tantos años como plumas, tantos como la torre. A veces abre los ojos, ahueca su plumaje oscuro y lo sacude como si un gran escalofrío recorriera su cuerpo pequeño, al que sólo las plumas dan ese su aspecto formidable. Cuando sus pupilas vuelven a ser como un tajo abierto en los globos rojos de sus ojos, mira más allá de las vigas plateadas por las heladas, más allá de los muros dorados por el musgo y la escarcha. Abajo está la plaza donde se encienden los nuevos faroles de neón, que se

prolongan por la calle principal cuesta abajo hasta las afueras. Ya no se ven los pinos, ni el manto blanco y brillante de la sierra. En el silencio de la plaza, abajo, y del patio enlosado y de la torre, don Simón se estremece otra vez y deja escapar su grito repetido, que es como una exclamación de asombro que se repite igual muchas veces al día. Mas don Simón puede extrañarse de bien poco, él que vive, que aún le resta tanto tiempo por vivir allá arriba, en su nido escondido entre las vigas del tejado. Don Simón se desliza un poco sobre la madera buscando su rincón habitual y abre ahora del todo sus pupilas en su retiro nuevo, atento a los rumores que nacen con la noche.

Abajo, la catedral blanca, verde, verdinegra, roja, rosa, negra ya, rota a medias y a medias en obras; antigua, nueva, gótica, renacentista, con su gran san Cristóbal como todas, con la cuerda del señor Sebastián colgando invisible de la bóveda, se cierra ahora, la cierra el guarda en su puerta principal.

Dentro no queda nadie ya; solamente esa lámpara que vacila en la penumbra y que debe durar, por lo menos, hasta el día siguiente.

Esta segunda catedral es más modesta, más por igual, menos solemne, más recogida. Su fachada no es adusta, ni monumental; es más acogedora, casi sonriente, entre sus dos chatas torres barrocas cargadas de arquitrabes, cornisas y pináculos. Toda ella tiene un color amarillento —el color de los líquenes cuando, en los contados días despejados, el verano los seca, cristaliza y añade a los distintos sedimentos que ya, desde siglos atrás, se acumulan sobre sus piedras.

Tiene un muro corrido todo a lo largo de su fachada principal, con una verja a un lado que es preciso franquear porque más entradas no hay, salvo una antigua que daba al cementerio viejo, y condenada ahora, desde que cierta vez unos ladrones entraron por ella, en busca de la plata del sagrario.

Tiene también, frente por frente a ese pequeño muro y la fachada, una fuente barroca con cuatro figurillas acurrucadas, como prestas a saltar desde el tronco, más allá de la gastada piedra de la taza.

Más allá de la fuente, más lejos de los bosquecillos de hayas, castaños y nogales que rodean la villa, está el rumor del mar, un mar esmeralda y blanco, solitario, que a veces manda rachas de niebla y sordos zumbidos de lejanos barcos hasta la iglesia, hasta sus naves modestas y sombrías. El mar no está allí dentro, pero hay en su interior barcos pequeños colgados en las bóvedas, en alguna de sus capillas macizas como los sótanos de alguna poderosa fortaleza.

Cuando el viento del mar viene bufando por encima de las viñas, hasta azotar las copas inmensas de los castaños, entra por las rendijas de la puerta mayor, por las vidrieras mal restauradas o partidas, y hace mover los barcos diminutos colgados de los arcos igual que si de veras navegaran en las tinieblas, entre un rumor de golpes, roces y silbidos sordos que son como su propio mar, como sus propias marejadas.

La catedral, que ve poco el sol, es, en cambio, amiga de la lluvia que en la mayor parte del año la envuelve, lava, azota, abrillanta y fecunda, día tras día, estación tras estación, dejándola lista para que ese poco sol de finales de julio haga brotar en ella una flora pintoresca que se añade a la otra, a la que los arquitectos, pedreros, maestros de obras, canteros, jaspistas, tracistas, mayordomos de fábrica, veedores de obras y pincernas, tardaron en concluir casi dos siglos.

La villa no era ni muy poderosa ni muy rica. Tenía y tiene aún su riqueza en sus viñas, que unas veces explotan los particulares, y otras, cooperativas que radican en otras ciudades. De todos modos ya nadie pisa su uva, ni hace su vino ni destila su aguardiente. Todo lo más, unas cuantas botellas para casa y amistades, pero en llegando octubre, la cosecha entera va a la cooperativa por lo que quieran buenamente pagar por ella.



Las calles de la villa están cubiertas de soportales bajos y anchos, y de arcos apuntados, unas veces pintados de azul, otras de verde y otras de añil, como los que rodean a la plaza. Tampoco hay muchos conventos ni parroquias. Conventos dos, a punto de cerrar, y parroquias no llegarán a la docena. Lo que siempre hubo mucho son tabernas. En las tardes de invierno, cuando cae sobre las viñas esa lluvia tranquila y suave que no se ve, ni se nota, ni se oíría a no ser por el repiqueteo en las hojas de los plátanos, está la villa vacía en sus calles y vacía también en sus tiendas, con los dependientes, muy niños o muy viejos, con la cara pegada al cristal, inmóviles, mirando al infinito como los maniqués que colocan en el mismo lugar, en los días de fiesta.

La villa aparece desierta también en sus parroquias, en su alevín de catedral y en sus jardines recién inaugurados, pero abriendo la puerta de cualquiera de sus bares aparece de pronto el pueblo, viene a darse casi de bruces con él, en el suave tintineo de los vasos, en la charla a gritos, en el bronco sabor del pulpo, entre fotos de toreros y futbolistas, santos, artistas de variedades, precios de aperitivos, serrín sucio envuelto en desperdicios de mariscos, golpes de brisca, llamadas a la barra y miradas de refilón al espejo con anuncio de un coñac que no existe ya, que ya no se fabrica y que es lo único que ha resistido después de las reformas sucesivas del establecimiento.

«Por hallarse en esta villa Diego Arnao, maestro de cantería, vecino de esta provincia, que es persona abonada en esta tierra y de mucha satisfacción por haber hecho otras muchas obras en esta villa como en otras partes, seguras y fuertes y de mucha monta, de manera que se tiene por muy cierto no poder venir otro maestro del que se pueda tener mayor seguridad. Siendo así que nuestra santa iglesia catedral necesita nueva planta y fachada, y, en lo restante, el claustro está muy viejo, bajo y estrecho por algunas partes, de suerte que por él no se pueden hacer las procesiones con autoridad, ni caben los pendones, ni las imágenes con sus andas, determinamos hacer una iglesia nueva con dos torres y fachada a lo romano, según traza presentada en pergamino por el dicho Diego Arnao, con un claustro cuyos ánditos deberán tener de trece pies y medio a catorce de hueco.»

«Ha de hacer en la puerta principal dos órdenes de columnas, unas sobre otras, como están en la traza y la primera orden ha de tener ocho columnas con capiteles, frisos y cornisa no más ancha de un papo de paloma. Y en la segunda orden ha de haber seis columnas, y en medio un espejo o rosetón que dé luz a la iglesia con los cuatro evangelistas en sus ángulos. Mas ha de hacer obra también en la pared de sobre la capilla que está junto a la del Santo Oficio, más cuatro gárgolas esmaltadas que salgan a la calle por donde han de expedir el agua.»

«La obra se hará quebrantando a su costa la piedra en los montes más vecinos, siendo a la de este Cabildo el carretarla.»

«Diego Arnao, por cuanto es esta obra de empeño y tiempo, ha de estar y residir en la dicha obra nueva, y trabajar en ella y dar orden y manera a todos los oficiales y no ha de salir della hasta verla acabada. Mientras ella durare, no podrá tomar otra alguna en la villa, ni fuera della, salvo en las obras de las dos fuentes que son: la de la plaza del Grano, para la que hará caños que traigan el agua del monte Regaverde y serán de roble bueno y torneado. Los asentará a su costa y por cada vara que de los dichos caños hiciere, se le han de dar cuatro reales y medio.»

«La segunda fuente la hará frente a la misma iglesia catedral a fin de que aumente y prospere la devoción a su patrona por las personas que concurren a sus novenas y a curarse del mal contagioso, del morbo gálico y otros achaques, tomando el agua para ésta segunda, de la peña que llaman de santa Margarita en cuyo manantial los enfermos se lavan y curan; y para que esté con más decencia y prevalezcan tantos milagros como continuamente se ven en ella.»

El deán ha alzado la cabeza y mira su reloj, un reloj panzudo de plata que late entre libros y legajos, vasos con lapiceros sin punta, gomas, fichas amarillentas y recortes de periódicos.

Lo acerca a la luz, sobre el gran escritorio de nogal que tiene la mayoría de sus cajones rotos o condenados y mira la hora a la luz de la verde tulipa. El reloj dice que la noche empieza.

El deán no tiene sueño, pero a su edad, cuando lleva un buen rato leyendo, las letras se le borran y la fatiga le sube desde el hormigueo de las piernas hasta esa punzada en la nuca que se hace más aguda a medida que las horas pasan. Se incorpora, se estira a conciencia y va y viene varias veces desde la mesa hasta la puerta de la gran sala, cuyas tablas del suelo crujen a su paso. El gran esqueleto del deán cruje también al sentarse de nuevo como si a sus huesos les costara acoplarse otra vez al sillón casi tan monumental como la mesa. El deán se sirve un largo té del termo que cada noche una de sus sobrinas le coloca al alcance de la mano, y vuelve a dedicarse a sus lecturas.

Cierta vez, años antes, intentó también escribir algo, algún estudio serio, un libro como esos que alabean los negros y combados estantes de su cuarto, pero se cansó pronto. ¿A quién podría importar tal cúmulo de datos? Aparte de que aquello le hubiera cansado aún más que leer y no estaba muy seguro de vivir aún el tiempo suficiente para concluirlo.

Lo único que llegó a hacer fueron unos cuantos artículos para revistas eclesiásticas, uno, sobre todo, sobre la catedral, que envió a Madrid y que le publicaron en un extraordinario dedicado a la provincia.

Su afición es leer, un vicio que no mengua a medida que estos años postreros le van comiendo las carnes y la vista. La hermana y las sobrinas se lo advierten, le riñen a menudo, pero, aparte de reconocer que de otro modo no sabría llenar su tiempo, es difícil discutir con un hombre cuyas horas apenas coinciden con las suyas, que las mantiene a todas desde la muerte del padre y que a su muerte va a dejarles lo mucho o poco que el administrador respete, lo poco o mucho que reste de lo mucho que tuvo y que él apenas gasta, tema prohibido tratar, ni aun cuando el secretario del Ayuntamiento —tan tenaz— viene a cobrar con su lista en la mano.

Ahora la hermana y las dos sobrinas duermen en el piso de abajo de esta casa que le tocó en suerte en una de sus herencias imprevistas.

La luz verde de su pantalla debe ser una de las pocas que aún velan en la villa a esas horas, por encima de los tejados sobre los que la lluvia cae relampagueando, sin pausa, lavando el callejón que ciñe a la rechoncha catedral por su parte más irregular, por el lado de la sacristía que sobresale del cuerpo principal como una excrecencia nacida a la planta primitiva.

«Digo yo, Domingo Abelar, maestro cantero, vecino desta villa que me obligo a hacer esta nueva Sacristía de pedrería nueva cerrado todo el hueco a mi costa por diez ducados, dándome la pedrería; y labrar la cornisa necesaria para la dicha obra a razón de once reales y medio por vara, dándome asimismo la piedra tosca puesta a pié de

obra, según la traza pintada en pergamino.»

«Asi mismo doyme fiador de mi compadre Pedro de Andrade, entallador, por la hechura de los cajones de dicha sacristía para poner los hábitos de los Señores prebendados desta santa Iglesia y tasados en esta manera: Por el cajón grande de diez y ocho navetas que han de estar a la entrada della 1500 reales; por todos los cajones que estarán en el paño de pared que cae hacia la plaza, 586 reales; no incluyendo en todo ello los herrajes. También deberá hacer un escritorio de nogal con sus entrepaños de madera del Brasil a manera de guarnición y con diez y seis cajones en el medio y dos con un cajón arriba de dicho escritorio, cerrado, de un palmo de alto.»

Voy a decirle: tío, esto no es así, esto no puede ser; tenemos que mudarnos. Si mi madre no se lo dice, no se atreve a decírselo, ni Ermelinda mucho menos, yo se lo digo: tío, esto, de usted depende únicamente, si nos quedamos o nos vamos de esta casa a otra mejor, donde haga menos frío. Lo primero es marcharse. Con las casas que tiene usted, algunas de tan buen ver, y todas que son suyas menos las que ese administrador de usted le va robando, tenemos que vivir en la peor de todas, y si no en la peor, que seguro que las tendrá más viejas y más frías, en una de las más antiguas, desde luego. No es justo que dos chicas en la flor de la edad vivamos aquí arriba donde nadie aparece, si no es algún turista allá por el verano, o los que vienen a misa o al rosario, o a los oficios, mujeres todas por si fuera poco.

Bien está tener que cuidarle a usted, que bien sabe que no nos pesa, que se está tan tranquilo con su misa y sus libros, y que usted quiera estar junto a su catedral por aquello de que le gusta y a lo mejor se cansaría más viviendo en otra parte, teniendo que subir aquí cada mañana. Pero Ermelinda y yo vivimos como viudas. Por los veranos, en la casa aquella, toda también de piedra, rodeada de viñas, con el pueblo lejos y ese valle cubierto de racimos que la primera vez que se le ve, sobre todo ya rondando octubre, en un día de sol, parece el cielo. Pero la casa no es casa, es casona tan vieja y vacía que parece que fuera a caerse, y no hay ni televisión y en el pueblo ni cine tan siquiera. Todo allí es coser y leer alguna que otra novela, y hablar con la guardesa o dar un paseo por el camino viejo muy cerca del río que reluce a esas horas, por donde van los camiones de la cooperativa o los turistas que se marchan a las playas que las hay bien cerca.

Tío, ¿qué más le da? Andar un poco, a su edad, dicen que le conviene. Lo dice el médico, ese amigo suyo de usted que le aprecia tanto, que no va a decir una cosa por otra, porque, además, lo dijo sin nosotras preguntárselo. Lo dijo porque cada vez que vamos a verle, nunca se olvida de preguntarnos por usted: «¿Y tu tío? ¿Cómo le va? Tieso, derecho como un roble. Tenéis tío para muchos años. El Cabildo no tiene que preocuparse». Siempre lo dice mientras mira a Ermelinda, unas veces con esa linternita apuntando a la niña de sus ojos o mientras que consulta los análisis, o Ermelinda se quita la ropa para meterse detrás de la pantalla de los Rayos. Es igual

que si, en vez de mirarla a ella, le estuviera examinando a usted, lo mismo que si el enfermo fuera usted, y puede que por eso sea por lo que con ella no acaba de acertar.

Primero dijo que la casona aquella de los veranos la iba bien, que iba bien la montaña, pero ahora dice que probemos el mar, que por qué no nos vamos este verano a una playa.

Andar un poco le sentaría bien a usted, siempre que sea despacio, en plan de paseo —dice—, sin subir escalones ni grandes cuestras; eso dice su amigo, y dijo también que la cuesta que hay desde el Cantón hasta la catedral no puede perjudicar a nadie, ni a usted mismo, que mucho más le perjudican a la vista las horas que se pasa leyendo de noche.

Usted tiene una casa en el Cantón. Usted no sabe lo que sería para nosotras vivir en uno de esos pisos. Estar, como quien dice, en el cogollo del paseo, salir, entrar, tener a mano todo, desde las dos o tres confiterías hasta la modista o la carne o la peluquería.

Pero allí usted no va. ¿Cómo iba a leer usted en un piso tan bajo, con el ruido de la televisión de los bares y con esas voces que suben hasta las tantas de la noche, desde la calle, y el ruido ese tan seco de las motos? Voy a decirle: tío, vámonos a una casa un poco más pequeña antes de que ese administrador suyo se las acabe de llevar todas, por aquello de que usted piensa vivir cien años y no hace testamento; una casa que se pueda calentar mejor, no con esos braseros, ni con esas estufas de butano que un día nos hacen saltar por los aires, como dicen los periódicos, un piso donde pueda arreglarse con comodidad su cuarto de trabajo, donde pueda leer cómodo usted con su termo y su té hasta esa hora que empieza a amanecer, que empiezan a distinguirse los robles y las hayas.

«Y digo yo Diego Arnao, vecino desta villa, maestro de obras, que por estar quebrado de las brillas y del brazo izquierdo no puedo trabajar más por mi oficio sino asistir entre día algunas horas, y esto con harto trabajo; y por causa de mi enfermedad, por no entender en ella, se pierde la dicha obra y piedra reunida; que restando por terminar dos púlpitos de piedra de grano: el uno de la parte del Evangelio y el otro a la frontera, con su escalera y barandilla; digo que no pudiéndolos rematar por mi mano, se me admitan por este cabildo dos nuevos aprendices: el uno Alfonso Macias, por dos años y medio, dándole un real por cada día que trabajase, para sustentación y la herramienta necesaria. El segundo: Toribio Madriñanes, natural de León, vivirá en esta villa trabajando en el oficio de pedrero, sirviéndome además en otras cosas que le mandare como criado, que yo le entregaré al principio doscientos reales para desempeñarse y para el viaje, y doce de señal al maragato que vendrá a portearle hasta aquí, y una vez cumplido dicho plazo, le he de entregar también un sayo y una capa de Londres y un jubón de fustán y unas calzas de cordellete y una carminola de grana, dos picos y una escoba y dos cinceles de

oficio de pedrero, además de comer, beber y posada y vestido y calzado.»

Mucho debía valer el tal aprendiz para alabarle tanto, para comprometerse a tanto. Más suena a otro maestro que viniera a sacarle las castañas del fuego.

El deán frunce el ceño ante tantas promesas porque la historia, los papeles de la catedral están llenos de prisas, maestros en tránsito, obras sin terminar, requerimientos innumerables y hasta penas de prisión por no cumplir a tiempo los contratos. La culpa era quizá de los canteros, entalladores, pintores a la aguja, plateros sobre todo, e incluso de relojeros y bronceístas que se avenían mal a quedarse en la villa, teniendo a pocas leguas de distancia otra mucho más importante, también con su catedral en obras, pero aquélla mucho más rica y grande. Así, apenas tomaban un trabajo en ésta, comenzaban los males, enfermedades y pretextos para buscarse un modo de escapar, de entrar a trabajar en la otra, en la importante, eso sí, sin renunciar por ello a la pequeña, en la que solían dejar al que más despuntaba de sus oficiales.

Había además ricas abadías, monasterios con más rentas, por sí solos, que todas las del concejo juntas, y por esta razón salió la catedral tan desmembrada y poco airoso, a juicio del deán, y por eso acabaron tan mal muchos de los que en ella trabajaron.

«Yo, Juan de Castro, canónigo fabriquero desta catedral, requiero una, dos y tres veces y las más que de derecho sean necesarias a Diego Arnao, maestro de obras, vecino desta villa, a cuyo cargo está la traza de los dos púlpitos para esta santa iglesia para que los acabe. Los cuales púlpitos tiene comenzados quatro años ha poco más o menos, y con sus dilaciones, no los ha terminado y ha estado muchos meses disimulando con la dicha obra sin la querer fenescer a fin de interesar más diciendo que se ha ocupado tanto tiempo en ella para conseguir más salario. Siendo así que pudieron acabarse dichos púlpitos en ocho meses; habiéndose ya gastado en oficiales y materiales, más de tres mil ducados desta santa Iglesia, siendo obra que con la mitad, en mucho menos se pudiera haber hecho, de no se haber metido en obras que no eran desta villa, ni de su oficio.»

«Así, se le requiere para que los acabe y ponga en perfección y que hasta tanto, no salga desta ciudad en sus pies ni en agenos y cumpla la obligación que hizo ante Juan Bautista Remesal, escribano de número desta villa.»

La ira del deán, su ceño, debe ser casi como la del tal Juan Castro, aunque ha cerrado despacio la carpeta. Se ha servido otra taza de té y, para evitar el ardor de estómago, se levanta y mira un buen rato por la ventana. Ahora no llueve, pero el musgo, la uña de gato, los jaramagos y los líquenes brillan contra la luz, se recortan al resplandor de la cuádruple farola que corona, desde hace algunos años, la fuente frente a la catedral. Y el reloj de la catedral, ese reloj que se tardó casi un lustro en

terminar, dice que aún faltan dos horas para que venga su sueño; ese reloj por el que un maestro latonero también tuvo que sufrir pena de prisión, según folio que yace en la carpeta del deán, grande y sobada, con un letrero recio y negro de su mismo puño y letra, que dice «Asuntos de prisiones» y que guarda en uno de los cajones que aún quedan sanos en su escritorio de madera de nogal.

Voy a decirle: tío, eso no es playa; eso es sólo una aldea, un mal pueblo tan miserable como el otro, con una pensión barata, con esa dueña que se mete en todo: en la ropa que llevas, si te bañas o no, con quién vas, con quién sales, dónde vas de paseo; todo, menos cambiar a su debido tiempo la ropa de la cama. Más le valía fijarse en el marido, que ni sale a la mar, ni trabaja en casa; todo el tiempo pendiente de heredar a la familia de su mujer y comprar otra motora para ganar aún más y trabajar menos todavía, si puede, que parece imposible.

Y luego hay esa tonta que dirige la academia de encaje y esa señora que baja a la playa con su gorro y su sombrilla, y que sabe Dios cómo hizo su dinero, cuando el párroco de allí no quiso aceptarle dos candelabros de plata que ofreció por su santo a la patrona. Y el escribiente del ayuntamiento, con sus gafas negras y esa risita suya, y su novia en el pueblo de enfrente, al otro lado de la bahía, que él pasa cada día para verla, igual que si tuviera una cita con la reina. Y el otro, el estudiante, también con su perro a cuestas, que no le deja nunca si no es para repasar sus libros y apuntes o para hacer gimnasia, con frío o con sol, cabeza abajo o sacando pecho, luciendo bien las mallas, presumiendo delante de esa andaluza que no se habla con nadie, que vino de tan lejos.

Tío, eso no es playa y Ermelinda se nos puso peor, yo creo que del puro aburrimiento. Lo único que hubo, en todo el mes que estuvimos las dos fue lo de aquel pez tan grande, tan enorme que cogieron. Era a esa hora en que la nube de gasoil, apenas deja ver el puerto tan pequeño. La pensión da junto a la Lonja por la parte de detrás y a mí me despertaron los que, ya nada más cogerle, se lo andaban disputando. Y como yo tampoco podía dormir ya, me bajé hasta donde estaba aquel cuerpo tan grande, todo blanco, salvo en las heridas. El patrón —el jefe, el que mandaba a todos—, mandó que lo tumbaran en la arena y el cuerpo reluciente que estaba vivo aún, se movió todavía entre todas las algas y esa broza tan fea que arrastra la marea y que ni siquiera limpian en la playa.

Tío, ¡qué discusión! Cada vez se acercaba más gente para verle. Alguien dijo que sólo era un marrajo que no sé lo que es, pero que debe ser poca cosa o pesca mala, del modo que lo dijo aquel hombre. Y otro que no, y con las voces todos los que allí estábamos, acabamos de despertarnos. Y por fin, el patrón, de un tajo, como los carniceros en el mostrador, lo abrió del todo, de la cola a la cabeza y no sé qué buscaban allá adentro todos, que no hacían sino mirar y remirar igual que si esperaran encontrar un tesoro escondido. Los del puerto tocaban las escamas que parecían de

plástico, tan finas y brillantes, y le hacían volver hacia arriba los ojos que eran rojos y mezquinos, y no se apartaban del animal hasta que le encontraron el corazón negro y oscuro, latiendo todavía. Por lo visto lo encontraron de noche, se les metió en las redes sin que nadie le buscara, quizás porque ya venía medio muerto, herido, porque le acertaran mar adentro, dejándole así al pobre, sin poder defenderse. Luego le remataron en la lancha, pero era un animal tan bravo que ni aún después de muerto se rendía. Calcule que entre los despojos, el corazón latía todavía y los niños —esos niños de allí que de nada se asustan— tampoco se atrevían a tocarlo cuando lo vieron allí tan rojo, palpitando en la arena.

A mediodía, cuando todas las lanchas están en alta mar, cuando ya el corazón estaba muerto, bajaron los que digo: el escribiente de las gafas negras, con el de la gimnasia y la tonta de los encajes, incluso la andaluza con su madre. Uno volvió a decir que era un marrajo y los demás preguntaban qué se iba a hacer con él, si tirarle a la mar otra vez o venderle, pero ¿a quién puede venderse un bicho así? Para hacer tapas, para escabeche —decía alguno—, para enlatarlo y mandarlo al extranjero. Los únicos que no opinaban eran los guardias, con sus capas verdes y sus carabinas amarillas, tan tiesos y tan serios.

Después, ya por la tarde, bajamos Ermelinda y yo hasta el malecón y allí estaba el patrón de la barca discutiendo con otro hombre, junto a una camioneta. Al final se dieron la mano y entre los dos cargaron el bicho en aquel camión tan viejo que olía a sal, a humedad, a mejillones, echándolo sobre un colchón de congrios y percebes.

Entonces se veía ya muy poco. Del mar, que ya apenas se alcanzaba a distinguir, venía el zumbido de siempre, ese rumor que se oye siempre de las motoras y ahora se confundía, a ratos, con el de la camionetilla que se iba alejando.

Estuvimos paseando por allí, oyendo cómo subía la marea; viendo a lo lejos, las luces de las boyas y las otras de los barcos importantes que van a América y allí mismo dan la vuelta en el cabo. Estuvimos hasta la hora de cenar y las olas fueron limpiando, poco a poco, la playa, subiendo cada vez más, achicándola, dejándola como un cristal, y al final se llevaron con ellas, quién sabe si para enterrarlo con las algas —cosa que a nadie se le ocurrió—, el corazón del muerto.

## ASUNTOS DE PRISIONES

El primero que visitó la prisión —la Torre, como entonces la llamaban—, fue Lucas de Artemán, por no acabar a tiempo una capilla que «habría de llevar mucho cincel y arquitectura, friso y cornisa, arquitrabe e imagería en el arco, que no la tiene acabada por causa de que en esta ciudad, ni en este reino, dice no encontrar oficiales que le puedan ayudar a la dicha obra, ni lo sepan tan perfectamente como ya la tiene trazada y empezada, como a Su Merced consta por vista de ojos, y para la aber de acabar, tiene embiada a la villa de Valladolid y a la Corte de su Majestad y a



la ciudad de Salamanca, a buscar oficiales que no vieren».

Buena pieza este Artemán, flamenco; allí donde puso la mano, aparecían, como por ensalmo, los pleitos. Suena todo a mentira: el trabajo complicado y difícil, la búsqueda de aprendices y hasta eso mismo de que él y los tres oficiales tienen la mano puesta en la capilla. ¿Qué gente iba a encontrar en Salamanca, Valladolid o en la corte para vivir aquí, cuando ni él mismo era capaz de parar un mes seguido en ella? Un mes más tarde, dice el mismo Artemán que «se da toda la priesa posible y se acabará la capilla en todo el mes de Enero». Fueron testigos a su favor, tres oficiales suyos —buenos testigos, si trabajaban para él—, pero el plazo cumplió y el tal Artemán acabó con sus huesos en la Torre, siendo más tarde, condenado a destierro «por cuanto los Srs. Regente y Oidores deste reyno abían dado contra él sentencia en que le desterraron desta villa por tiempo de un año, la mitad preso y la otra mitad boluntario, y oy era el término a que él abía de ir a cumplir el dicho destierro doy fee de que el dicho Lucas de Artemán se salió desta villa por la puerta del Río, yendo a caballo, con sus botas e espuelas calçadas, y se fué y salió por el barrio de san Froylán, por el camino que lleva hasta Castilla. Fueron testigos Pedro Suárez, librero, Juan Acedo “el viejo”, platero, y Lorenzo de Castro, mercader».

¿Y aquel platero que le zurraba, que le alzaba la mano a su mujer para sacarle de la dote las fianzas de las obras? Menos mal que, en el fondo era buen cristiano y lo reconoció en el testamento: «ítem digo y declaro por la ora en que estoy que yo, estando casado con Sancha Domínguez, le hice vender muchos de sus vienes raíces e algunos dellos, en menos de lo que valían e para lo hacer, muchas veces le di golpes e palos e reñido con ella e faziéndole mal tratamiento para que las vendiese; dígolo e declárollo por la ora en que estoy para que ella siga su justicia que viere le cumple».

Si así fue, y debe ser verdad porque en esos momentos no se miente, no es de extrañar que un buen día los hermanos de la tal Sancha Domínguez entraran a buscarle a las mismas obras de la santa Iglesia Catedral y la emprendieran con él, hasta el punto de tener la víctima que querellarse «por bofetones, golpes, porradas, coces e otro mal tratamiento que me han hecho y palabras que me han dicho».

Tan buena pieza debía ser el marido de la tal Sancha Domínguez que sus compañeros de gremio no quisieron asistir a su entierro «ni con cera de la cofradía, ni llamar a cabildo como era costumbre, pero el Alcalde ordinario les mandó fuesen a enterrarlo, mas siendo esto contrario al parecer de la cofradía, los plateros se ausentaron de la villa para no ir al entierro e así no los hallarían. Y así fué hecho».

Viéndola así, tan brillante, tan lúcidas sus torres en la noche tal como siempre debieron ser, salvando esas míseras acacias en sus tontos alcorques de ladrillo que tanto les afean, tanto casi como el roto cemento del suelo de la plaza, parece imposible que se llegara a terminar algún día, después de tantos pleitos y recursos. Mucha paciencia debieron tener, uno tras otro, los cabildos hasta verla tal como ahora está, aún chata y modesta, con tantas medianías como pusieron la mano en ella.

Y otro fino que pasó por la Torre también fue un tal Simón Ruiz, preso por

deudas. Menos mal que le salieron fiadores; y otro Francisco Campos por lo mismo; los unos por querer abarcar demasiado, otros por no llegar y alguno que otro, también por llevarse lo que no era suyo, sino puesto para su trabajo por el cabildo: plata, sobre todo.

Tan sólo uno salió de la Torre con más honra de la que entró en ella al ofrecerse a ir de soldado a Portugal «para ir en la compañía del capitán Baltasar Suarez do Campo, a la presente ocasión y rebeldía de Portugal, obligándose a servir en dicha compañía, en la parte donde se le ordenare, por tiempo de dos meses, como los demás soldados, para lo cual y su sustento, al dicho Sebastián Vázquez le han de dar once ducados y medio, un arcabuz con sus frascos y una espada».

La Torre, la prisión donde todos éstos estuvieron, apenas se distingue ahora. De día se ven bien sus almenas desde la ventana y su fábrica casi entera que es en su total «cien varas de un palmo de grueso y tres para la Torre y la casa; ciento cincuenta varas de entablamento de un palmo de grueso para los corredores, sesenta de dovela de tres palmos de grueso y dos de alto para los arcos; treinta varas de antepecho, sesenta de entablamento para los poyos de un furco de grueso; doce piedras para basas y capiteles, de dos palmos en cuadro, seis columnas de doce palmos de alto y medio de grueso; otras doce piedras para basas y capiteles de palmo y medio en cuadrado y cien esquinas de dos palmos de alto para puertas y ventanas».

Y también salió bien parada, después de sufrir las injusticias de rigor, aquella Francisca Viñas que después de asistir al marido, enfermo de la peste cuando trabajaba en uno de los conventos de las afueras de la villa, no quisieron dejarla entrar otra vez en ésta, quién sabe si de veras por miedo al contagio «por quitar daños e inconvenientes que de su estada junto al apestado pudieran suceder e por así convenir a la república e sanidad desta ciudad. Así, ordenamos se salga la Francisca Viñas desta ciudad y se vaya a otra parte y lo cumpla so pena de veinte ducados para las obras públicas desta ciudad o pena de prisión si no lo hiciere».

Pero la tal Francisca no debía ser mujer fácil de amedrentar ni de poco tino tampoco, por aquello que contestó de que «ella venía de tierra sana e había más de tres meses que estaba fuera desta ciudad e que no tenía donde se ir a morar; que quería estar en su casa de la que le habían hurtado muchos bienes e que hablando con el debido acatamiento, sintiéndose agraviada de lo suyo, apelaba ante quien con derecho debía».

De modo que fue sacada de la cárcel y llegó a casarse otra vez según protocolo que se conserva en el archivo de la catedral.

Pero más que los protocolos, inventarios y testamentos, más que los libros de los consistorios o de fábrica, o los de Cabildos o de Claustros, más jugosos que los tomos de libranzas son esas grandes carpetas de cintas rojas en tiempos y que ahora son marrones, ésas que llevan una etiqueta orlada, donde una mano fina ha escrito en letra

grande y redondilla: *VARIA*.

A ellos fueron a parar los restos de los archivos después que los franceses, tras arrancar la reja principal para hacer herraduras a sus caballos y llevarse la plata de cálices y cruces, entraron buscando un oro que no había. Rompieron mesas y armarios, y lo que no quemaron antes de marcharse quedó tan maltrecho y perdido por los suelos que sólo un canónigo con fuerzas y ánimo suficientes, fue capaz de reunirlos y guardarlos sin distinguir temas ni asuntos, en esas enormes carpetas. En ellas están las cartas por las que otro deán amante de los juegos y no de las lecturas, encargó a uno de los entalladores de la catedral, una mesa de trucos —es decir, de billar— que sería de castaño y roble, con dos bolas de marfil y dos tacos de boj, fresno o naranjo, mesa que anduvo mucho tiempo, aún después de rota, por los desvanes de las Casas Consistoriales hasta que se la llevó un chamarilero, con un lote de trastos. Allí está lo que costaron las dos torres de las campanas: «dos mil seiscientos reales que importaron mil ciento cincuenta y seis carros de piedra de grano arrancada y partida, a razón de dos reales y quartillo el carro»; y también lo que a un pintor portugués, lenguajero de la catedral —es decir perito en autenticidad, nombre y procedencia de reliquias— le pagó cierta cofradía de mareantes que deseaba renovar sus arcos y máscaras de Cristo y sus apóstoles para las danzas del Corpus: «dos millares de sardina fresca al pie del barco, para la primera sazón que venga deste año».

Voy a decirle: Tío, deje usted sus libros sólo por un momento, sólo por una vez y escuche; sólo por una noche. Se lo voy a decir cualquier día cuando suba a llevarle la comida; no, la cena mejor, cuando viene más descansado, cuando ya no tiene oficios ni otra cosa que le distraiga o le preocupe salvo sus carpetas y sus libros que bien puede dejar por una noche.

Tío —voy a decirle—, usted tiene una casa que no sé si sabe que la tiene, en las afueras pero cerca todavía del cantón. Está no muy lejos de la catedral, por ese camino por donde el pueblo no prospera, en ese camino que lleva hasta la ermita de la virgen de los ojos grandes donde ahora hacen chalets y subastan parcelas. Aunque fuera esa casa, ¡qué bien que nos vendría! Es un sitio bueno, seco y caliente y casi igual de tranquilo que esta plaza. Es una casa antigua, pero vieja y todo, al lado de ésta resulta casi nueva. Tiene dos pisos de ladrillo rojo, brillante, pulido, y encima una azotea con jarrones blancos un poco rotos que maldito lo que importa, de escayola. Tiene tres escalones en la puerta principal con barandillas que llegan hasta el jardín, un jardín que cuidado, sería una hermosura. Las tales escaleras son en forma de abanico y tiene también un estanque de azulejos que con agua quedaría muy bien y con plantas alrededor como tienen los de las otras casas que le digo.

Tío; podría quedar mejor que los mismos chalets que están haciendo al lado, más sano para Ermelinda y para usted que, en vez de leer toda la santa noche podría

pasear leyendo como Dios manda: quiero decir a la luz del día, unas veces camino de la ermita y otras por ese bosquecillo de eucaliptos que tan buena sombra hace o bajando hasta el cantón a tomarse un café como hacen tantos otros canónigos.

Tío; escúcheme: esa señora ya no va a venir nunca. Es una de las historias que se inventa ese administrador de usted. Recuerde que primero dijeron que iba a ser por el verano y después que en otoño. «Están de veraneo», decía siempre esa criada vieja que tenían dentro, cuidando un poco de todo, limpiando un poco el polvo. Pero yo creo que la tal vieja maldito lo que sabía y aunque según dice el administrador, ellos —los padres, los suegros, de los novios que sean— siguen pagando, no van a venir nunca y el administrador lo sabe y por eso no quiere que entremos ahí nosotras porque sabe también que a un inquilino se le puede echar siempre que a la casa vaya a vivir el propio dueño.

Siempre que hacía falta alguna medicina, cada vez que a Ermelinda le dan los mareos, si no estaban las gotas en casa siempre bajaba yo, aunque tardara más, aunque me remordía la conciencia, a esa farmacia que cae frente a la casa —que ya digo que ninguna de las dos pilla tan lejos—, sólo por enterarme, por saber si de una vez o no van a dejarla libre. Y viéndola tan sola y muerta la casa, al final de la calle que acaba donde empiezan las viñas, la gente de la que va a la farmacia como yo, pregunta muchas veces si se alquila al fin o la tiran para hacer parcelas del jardín o si, por el contrario la venden tal como está para vivir en ella.

Acuérdese usted, tío. Es una casa con verja alrededor toda pintada de pintura verde que luego, con el tiempo se ha ido volviendo negra. Es un chalet antiguo que encima de la puerta tiene un letrero con un nombre de mujer que mandaron poner los que nunca vinieron.

Un día, yendo yo de paseo con mamá, un domingo, camino de la ermita, mamá me lo contó, me dijo que era nuestra, bueno suya porque usted no ha hecho testamento todavía. Por entonces vivían en ella unos viejos, una señora muy elegante, con lentes y un perrito que andaba siempre escarbando por el jardín que entonces sí que daba gusto verle de cuidado que estaba. Y ya nada más saber que la casa era como nuestra, empecé a desear que los viejos se fueran, de cualquier forma, incluso llegué a desear que se murieran. Y aunque dice don Dionisio que un deseo no tiene que ver con lo que luego pasa, aunque, eso sí pecado es desear la muerte a otra persona, y ese pecado él, por mi arrepentimiento me lo absolvía, el caso es que la señora se murió y a mí me quedó dentro aquello de que yo era la culpable de su muerte, y me la imaginaba saliendo, a través del jardín, con el viejo detrás compungido y llorando —el marido digo yo— y el perrito detrás, ladrando a los caballos.

Si usted, tío, me hubiera escuchado entonces nos hubiéramos ido a vivir allí, a pesar de mis remordimientos, de haber matado con el pensamiento sólo, a aquella buena señora con la que nunca hablé, a la que sólo de vista conocía. Pero entonces vino el administrador con la carta aquella del alquiler que le ofrecían y usted, que

siempre le dice a todo que sí, le dejó marchar sin mirar siquiera ese papel y él se fue, ¡ya lo creo!, bien satisfecho.

De modo que así estamos, aquí estamos todavía. Una vez, ya cansada de esperar, aprovechando la salida de misa, mientras de lejos nos saludaba, me le fui derecha a preguntarle al administrador si venían o no, los nuevos inquilinos.

—¿No lo sabe? —me dijo como si fuera cosa de otro mundo—. Vienen esta misma semana.

—¿Vienen? ¿Qué son? ¿Una familia?

—Una familia es, pero pequeña todavía. Unos recién casados.

Y lo dijo con esa sonrisa tan babosa que pone a veces cuando quiere hacerse el fino.

Pero aquella familia no vino. Mandaron por delante los pintores que estuvieron trabajando unos pocos días y a esa vieja a limpiar los suelos y quitar el polvo a los muebles —decía ella—; no sé qué polvo, porque los muebles no llegaron. Y la criada, sin más explicación se fue un día también y quedó la casa sola, aunque eso sí el administrador nos dice que recibe cada mes el giro.

Tío, yo no sé cuánto tiempo ha pasado desde aquello, desde el día en que tenían que venir. Lo que sé es que la casa sigue tan sola, con la pintura ya echada a perder porque hay un cristal roto y entra el aire y la lluvia, y el jardín abandonado es una pena con el pulgón comiendo los rosales.

Aquello está vacío y lo que lo hace más vacío aún es ver que lo pintaron una vez, que lo empapelaron y arreglaron los zócalos y colocaron nuevos los ladrillos saltados.

Un día —hace ya poco— estaba yo comprando las gotas de Ermelinda y estábamos solos el mancebo y yo de la farmacia esperando a que escampara por esa tontería de no llevar paraguas cuando amenaza lluvia. Llovía, eso sí como siempre, como si allí se acabara el mundo y a eso de las siete, que es cuando en el otoño empieza a anochecer, por el lado de la calzada que da a la carretera, vino un coche y se paró a la puerta de la casa. Salió el chófer que no llevaba uniforme como el del señor obispo sino gabardina corriente y boina, y fue a abrir la puerta de detrás. Y bajó una señora, una mujer que, a pesar de la lluvia que caía, se veía que era mujer, a pesar del paraguas y esas botas tan altas que se llevan ahora.

Miró la reja, la cadena que cierra los barrotes y el letrero en lo alto con el nombre que debe ser el suyo. Después abrió el candado con una llave que sacó del bolso, apartó la cadena y se metió en la casa.

Aunque no hay luz, tuvo que ver las paredes desconchadas y ese suelo cubierto de cristales y esas manchas tan grandes de humedad que crecen cada invierno. Y yo, mientras tanto, aprovechando que llovía menos y ella estaba dentro, fui a preguntarle al chófer:

—¿Qué? ¿Van a venir ya?

Pero el chófer no me contestaba; ni me oía creo. Allí seguía sentado, como adormilado, con la boina sobre los ojos, escuchando la radio.

—¿Van a venir a la casa, por fin? ¿O es que piensan dejarla?

Pero la música seguía igual, ni más alta, ni más baja, tan igual como la lluvia que caía. Así que me cansé y ya iba a entrar a hablar con la señora cuando vi que venía de vuelta por el camino del jardín, comido por las hierbas ahora. Venía con su bonito paraguas y casi cuando fue a levantarlo para entrar en el coche, estábamos cerca los dos, cara a cara, como quien dice.

Y su cara era, ¿cómo diría, tío? Ni joven, ni muy vieja; eso sí desencajada como de frío y de tristeza. Y sus ojos del color de la lluvia, del color de ese agua de la tarde, del color de esos días que se te meten en el alma y que luego, a la noche, dan ganas de llorar, de morir, de acabar con todo. Allí, debajo de aquel paraguas donde la lluvia sonaba como en un tambor parecía a punto de llorar al principio y luego, al verme, al notar que yo iba a preguntarle, parecían entonces como ofendidos, como si una chispa se encendiera allá adentro. De modo que me quedé allí parada, sin atreverme a decir palabra antes de que entrara otra vez en el coche sin esperar a que el chófer le fuera a abrir la puerta.

El coche se alejó y yo quedé allí, sola, mojándome, aguantando la lluvia. Y yo pensaba: ¿Qué es esa casa? ¿Quién la vendrá a vivir? ¿Cuándo? ¿Por qué tengo yo que esperar a que se vayan si mi tío es el dueño, por culpa de un dichoso administrador que le come las rentas?

Y también me gustaría saber por qué yo quiero irme a vivir en ella, si allí murió por mi culpa como quien dice, la señora de los lentes y el perrito y si la otra señora más joven me miró con aquel odio y si tendríamos que arreglarla tanto: limpiarla, fregarla, pintarla, poner baldosas nuevas y cristales, meter la tijera en el jardín, olvidarse de todos los que vivieron antes en ella, y —lo que es más difícil todavía—: Convencerle a usted, tío.

La catedral quedó lista en 1753. Una vez las bóvedas cubiertas y terminado el rosetón de la fachada y cerradas las capillas, fueron llegando los sepulcros de nobles campesinos y eclesiásticos, algunos de otras iglesias, aunque los más fueron traídos allí por vez primera. (Dos bultos de mármol, uno de un hombre armado con espada ceñida, puesto de rodillas, e delante del, una almohada del mismo mármol y debaxo las rodillas otra almohada, con una celada en la mano izquierda y a la mano derecha dos manoplas; y el otro bulto ha de ser de sacerdote, también puesto de rodillas sobre otra almohada de lo mismo e delante un atril con un libro abierto del mismo mármol.)

Y al tiempo que los sepulcros, se fue acabando el coro, con sillería alta y baja (en que habrá de haber treinta sillas labradas con su guardapolvo y espaldar a lo romano e con sus pilaritos delante de las sillas e con sus bancos delante de los púlpitos e con treinta y seis historias para la sillería baja, conforme al modelo que se diere).

Aún los golpes de los entalladores asolaban aquellas bóvedas tan bajas y el camino compacto del serrín amasado con el barro de fuera, amasado por tantos pies,

alcanzaba casi la puerta principal, aún sin sus dos grandes hojas de roble, cuando ya ante esa portada llegaba el primer pintor, Juan Lombarte, a fin de decorar (las doce figuras e imágenes que allí están puestas, dorarlas de oro fino, los rostros encarnados, y pies y manos, y doradas las orillas y ropas y barbas y cabellos, coronas y diademas).

Con el de la portada llegaron otros pintores con sus aprendices, a colocar sus cuadros, a darles un último retoque y rematar los fondos de las capillas, allí donde fuese necesario. Gabriel de Tolosa, por ejemplo, pintó en la mayor (unos montes y lexos con sus judíos y ciudades, y en la pared frontera, al óleo, cuatro historias de las once mil vírgenes, más un retrato del obispo para la sacristía, donde ha de copiar el rostro y pintarlo de cuerpo entero, sentado en una silla, con dosel y bufete, con alfombra y almohada a los pies de color carmesí).

En la misma sacristía, se habilitó para caja de caudales una de las habitaciones. Llegaron los vidrieros para hacer en la capilla mayor ocho ventanas con sus claraboyas de vidrio blanco, el más claro y limpio que se pudiera encontrar, con cenefa y follaje romana y en medio la cruz de Jerusalén con un festón romano también, de muy buenos colores.

De las forjas de Éibar vino el órgano desmontado, al paso lento de bueyes y carretas. El mismo Gabriel de Tolosa que tenía tiempo y arte para todo, doró, pintó, estofó sus nueve cajas, yendo los antepechos jaspeados al óleo. Vinieron las cornucopias con sus ángeles, los clavos de bronce de igual peso y hechura para las puertas exteriores, más cuatro mascarones con sus aldabas, más los bancos de respaldar, más el pendón de damasco carmesí y morado con sus cenefas y figuras y cordones y borlas para el ornato y servicio de las cofradías, más también dos braseros que llevaron cuatrocientas onzas de plata, incluyendo en ellas, once escasas de uno que tenía el cabildo de la catedral, ya viejo.

Lo último y más complicado fue el reloj, ese reloj que ahora da cuatro espaciados golpes, precisos y sin brillo, como cansado de sonar ya tan inútilmente durante tanto tiempo, de hacer inútilmente sonora tantas veces la posición de sus dos grandes manos (la una con dieciséis rayos y uno culebrinado que señala las horas y la otra que dice al Norte, con los triunfos de la Santa Patrona. Con sus siete ruedas: la de las horas, la que llaman de santa Catalina, la de macear, la del encuentro, la de las horas, la maestra y la de mano). Esa campana que a pesar de su tono pálido y fallido aún tiene fuerzas para llenar el estrecho recinto de la plaza, y medir los insomnios del Deán.

Aquella noche, el deán, como siempre, cerró con cuidado sus carpetas, esputó en la escupidera a sus pies y enderezó con cuidado su gran osamenta, como temiendo hacerla saltar en pedazos. Quedó un instante absorto, como intentando poner en orden toda aquella montaña de datos que ahora se acumulaban en su cabeza, se acercó a la

ventana y mirando los tejados de la catedral, apagó la luz para gozar a sus anchas de aquella plaza que amaba tanto, del relámpago prolongado de la lluvia sobre los tubos de neón y su rumor tan suave. Ya en las colinas fronteras al mar, el alba recortaba nubes oscuras, estrechas y afiladas, pero aún debía faltar casi una hora para empezar a clarear. Se alejó de la ventana y a oscuras, cuidando de no hacer lamentarse demasiado a las viejas maderas del suelo, ni tropezar con los muebles para no despertar abajo a la hermana y las sobrinas, se dirigió, encendiendo y apagando luces hacia su alcoba, por aquel laberinto de escaleras, vanos y pasillos que formaban el piso más alto de la casa. Se sentó en la cama, fue desnudándose despacio y, tras ponerse aquel gastado pijama que tanto tiempo le llevaba a la sobrina zurcir, rezó una breve oración, se santiguó y se deslizó con trabajo, entre las sábanas.

Al día siguiente, cuando despertó, había perdido totalmente la memoria.

Allá, en la pequeña capital, también llueve. Por ello anochece temprano también, y el médico tiene encendida la luz de su despacho. Tiene en sus manos la tarjeta enviada por el otro médico, el amigo del deán, que lee con dificultad a pesar de sus lentes bifocales. Cuando concluye las diminutas y tumbadas líneas, mira a la hermana y a la sobrina, vuelve a echar un vistazo a los últimos renglones, da vuelta a la tarjeta y cuando se convence de que no hay nada más escrito en ella, la deposita sobre la mesa como si la desahuciara, mirando, por un instante al infinito, igual que si escuchara el agua que repiquetea allá por los patios interiores.

—Bien..., por lo que usted me cuenta —se dirige a la hermana del deán— y por lo que aquí nos dice nuestro común amigo, esto no parece de fácil arreglo. No me refiero a la enfermedad en sí, sino al problema de su hermano de usted, a su forma de ser, a su carácter... Él no piensa venir por aquí, según me dice.

—No quiere ver a nadie y menos a los médicos.

—¿Ni siquiera a su amigo?

—Él ya fue por allí y no consiguió nada.

—Pero al menos, hablaría con él.

—Sí que hablaron, pero no de su enfermedad. De otras cosas.

—Porque siendo de otra manera, yo no tendría inconveniente —vuelve a tomar en sus manos la tarjeta— en llegarme hasta allí, en ir a verle a su casa con algún pretexto, en algún rato libre, a condición claro está, de que fuera a recibirme.

—Eso yo no puedo asegurárselo.

—Vamos a ver.

Ha tomado una gran ficha de cartulina, toda ella cuadrículada en distintos apartados, que va rellenando mecánicamente, a medida que la hermana responde a sus preguntas. Finalmente se ha detenido. Ahora deben venir las importantes, porque ha hecho una pausa pensativo, recostándose en el sillón, cambiando sus gafas por otras cuyos cristales son como gajos de naranja.



—¿Ha habido algún otro caso en la familia?

—¿Casos de qué?

—Quiero decir, enfermedades parecidas.

—No... Bueno, una de mis hijas, no ésta, la mayor padece un poco de los nervios.

—¿Quién la ve? ¿La ha visto algún especialista?

—Este señor —la hermana le señala la tarjeta.

—¿La amnesia es total?

—¿Cómo dice?

—Si no recuerda nada, en absoluto, o sólo en parte, en sus reuniones del cabildo, en sus trabajos...

—No, nada, no señor. Calcule cómo será que el cabildo le ha llevado lo necesario a casa.

—Lo necesario, ¿para qué?

—Para que diga misa en casa, en su casa, en la nuestra. Si no, le es imposible del todo.

—Muy bien. Y antes de todo esto. ¿No le notaron nada?

—Notarle, no señor. Todo fue en una noche. Él nunca hablaba mucho, de todas formas. Él decía su misa por la mañana, luego más tarde, bajaba a los oficios y de noche, eso sí: sus libros hasta las tantas de la madrugada. Yo creo que fue de eso, eso dicen mis hijas también, porque nunca en mi vida vi un hombre con tal pasión por la lectura.

La hija no habla. Sólo recuerda los silencios del tío allá arriba en su cuarto, su prohibición de limpiar nada sino lo indispensable o aún eso sin moverle uno solo de los papeles, cuadernos o carpetas; sus paseos a media noche, el verde resplandor de la lámpara de su ventana encendida, contra los muros de la sacristía, su tos, sus esputos prolongados, su eterna lejanía.

*Tío; si usted quisiera, hace ya mucho tiempo que no estábamos aquí. Ya nos habíamos ido, si no a la casa que digo a alguna otra un poco más habitable, más llevadera. ¿Qué es el dinero? ¿Para qué sirve? ¿Cómo quiere arrastrarlo a la otra vida? Ni eso siquiera porque yo estoy segura que ni piensa en él. No hagas mal que es pecado mortal, no hagas bien que es pecado también. No hacer ni mal ni bien, ni testamento siquiera, a su edad es tan malo como hacerlo a propósito aunque no sea así y esto de la memoria es un castigo y un castigo para nosotras porque, ¿cómo se acuerda ahora de lo poco o lo mucho que tiene? Ahora ¿qué? Antes, al menos, salía por las mañanas, se le veía alguna vez por la calle, decía su misa, se entretenía en el cabildo. Ahora ¿qué?, quieto, sentado lo mismo que una momia, mirando esas estatuas y esas piedras, igual que antes los libros, sentado lo mismo que una momia, mirando por encima del tejado de la catedral esos remates con sus caras y adornos que debería ya saberse de memoria.*

—¿Ha habido algún caso en la familia?

—Sí; sí, señor. Hubo la abuela que prendió la casa, aunque mi madre no lo dice por vergüenza, ni yo lo digo por no avergonzarla más, allá en el pueblo de donde viene la familia. A la abuela le gustaba, igual que al hijo, andar por la casa de noche y una vez la encontraron en el cuarto de amasar lavando el trigo, y otra vez, diciendo misa en la tenada. Y era, en sus buenos tiempos, alta y flaca lo mismo que el tío, y debía tener carácter parecido porque hay un retrato viejo de ellos en la casa y los dos se parecen, y mi tío lo tiene en su despacho y fuera de los libros, es lo único del cuarto que yo creo que mira.

—Y ustedes, ¿no ven posibilidades de internarlo por algún tiempo?

—No; no por Dios —la hermana se estremece sólo ante la idea.

—No digo para siempre, entiéndame. Lo necesario para ponerle bien. Le aseguro que sería la mejor manera de curarle.

—Ni para siempre ni para un día siquiera. Ya su amigo que le visita de vez en cuando, le habló de algo de eso, creo.

—Y él, ¿qué le contestó?

—Como si no le oyera.

—Pero hay residencias para eclesiásticos donde estaría bien. Aquí mismo en la ciudad. Sería como tomarse unas buenas vacaciones. No se trata de internarlo como si realmente estuviera enfermo. Sería un error planteárselo así.

*Decirle como a un viejo, como a un niño: «le vamos a llevar a un sitio más tranquilo. Allí estará usted con otros viejos, con otros niños; allí va a ponerse bien, volverá la memoria y podrá dedicarse otra vez a sus libros». ¿Quién se lo dice? ¿Quién le mira a la cara mientras tanto, a esos ojos que ahora son un cristal sucio, borroso, igual que si allí dentro lloviera, siempre, siempre? ¿Qué ve el tío? ¿Ve a la abuela, a su madre, de rodillas, ante la artesa de lavar, con las manos juntas, en alto, celebrando su misa? ¿Ve siquiera las caras de los demás en el Capítulo, esas cabezas que se balancean a veces, al compás de los rezos?*

A veces la razón, la memoria vuela tras de un nombre que está allí al alcance de la mano, como una mosca silenciosa que no zumba pero que da vueltas y más vueltas en torno a la cabeza, que huye cuando está a punto de atraparla, que se escurre como las truchas que de pequeño pescaba a mano en el agua tan fría del río. Las capillas, dovelas, pináculos, machones, retablos, lámparas, sepulcros y fachadas, el reloj de las horas opacas, el coro con sus historias sacras en la parte inferior y las burlas ocultas de sus misericordias, se han alejado, están mucho más lejos que antes, sin fechas, borrados la mayoría de sus datos, fechas y nombres de los que allí trabajaron, vueltos a su lugar, en libros y carpetas.

Ahora la noche es más larga porque se acuesta pronto, apenas el reloj da las doce y luego de mucho pasear, de mirar mucho, de meditar si la vida vale la pena vivirla en tales circunstancias.

¿Quién va a curarle? ¿El amigo? ¿Un médico cualquiera que sabe de su caso menos que él mismo? ¿Un médico que dice siempre menos de lo que piensa, por no decirle que a su edad, ya la cosa tiene mal remedio? A medida que los días pasan, a medida que sus nuevos días se van encarrilando, celebrando la misa allí, en su mismo cuarto de los libros, su interés por todo lo demás, por lo que le rodea, incluso por esa catedral que tantas horas consumió de sus noches, se va apagando paulatinamente.

—Si consiguiéramos interesarle por algo, ya teníamos medio camino ganado.

—Antes leía —ya le dije—, pero ahora ni ese entretenimiento tiene; ahora no puede.

—O que escribiera algo.

—Ya quiso cuando estaba sano. Un día dijo allá en el cabildo que iba a hacerlo, pero nada más empezarlo se cansó. Decía que ya estaba viejo para eso. Por lo menos eso contaba su amigo. Pero ahora es como si no quisiera ni enterarse de lo que pasa por el mundo ni, si me apura, asomarse a la ventana. Con quien más habla es con el sacristán que viene a ayudarle cada mañana y nunca mucho: preguntar qué tal día hace, a qué día estamos. Es igual que tener un muerto en casa, pero que llama, que pide alguna cosa de vez en cuando.

Tío, voy a decirle, cuando salga ese médico amigo que viene a matar la tarde con él a charlar para curarlo. Tío, para esto no hace falta memoria. Yo puedo recordárselo una, dos, tres veces, al detalle si es necesario. Fue una vez de esas que vamos allí a la capital para ver a su amigo, ése que está ahora con usted, o mejor dicho, a que él vea a Ermelinda, a su sobrina. Al salir a la calle donde hacen el paseo allí porque su amigo no es como nosotros sino que vive en lo mejor, en el centro como quien dice, en una casa con fachada que es toda de vidrieras, allí estaba Joaquín, un chico de aquí, pero que estudia allí, un chico que como todos los de por aquí estudia medicina, pero que está a punto de terminar porque él no se mete en eso de las huelgas. Él termina este año y ya trabaja a ratos en el Hospital, o sea que va en serio y vamos a casarnos, caiga quien caiga y aunque mi madre no quiera. A ella le gustaría verme aquí cuidándoles a usted, a ella y a mi hermana, aunque ella no lo dice, pero Joaquín sí lo dice y también que ya llevo bastante tiempo de enfermera. Tío, usted es justo y para ser justo no hace falta memoria, ni para darse cuenta de que si Joaquín se cansa —que todos se cansan alguna vez— se me va el último tren, se me pasa el arroz como dice la guardesa de la casa donde pasamos los veranos.

El otro día subió como siempre, como cada trimestre el administrador y no hubo forma ni modo de saber si el giro llega o no. No es el dinero por las tierras que tiene usted al otro lado de la vía, ni el de las huertas de junto al antiguo hospital, ni el de las casas viejas de la canonjía. Los que viven en ellas viven aquí y pagan en la mano, el giro que le digo es ése de la casa que me gusta, donde yo debería vivir si usted es justo —que lo es—, aunque sólo sea por las muchas comidas que le subí a su cuarto,

por las sábanas que le lavé, por las veces que le cosí y recosí el pijama, la sotana y el colchón, por todas esas cosas y por otras que no digo.

Cuando Joaquín termine la carrera, podríamos casarnos, irnos allí a vivir y yo vendría por aquí de cuando en cuando. Tío, no hace falta memoria para eso, para dar el consentimiento, para dejarnos ir a los dos en paz a vivir como Dios manda, en ella.

Y cierto día iban los médicos, el amigo del deán y el otro, por el Cantón de la pequeña capital, camino del antiguo hospital donde el segundo tenía todas las mañanas, consulta gratuita.

—El tratamiento de hormonas suele fallar generalmente —iba diciendo el más alto, el de la capital—. Yo no lo uso jamás. Ni eso ni drogas para dormir. No importa que no duerman.

—Pero seguramente le acabará por afectar a los nervios.

—No lo crea. Al final puede más el sueño. Acaban por dormirse y si tiene la suerte de no tener su trabajo a horas fijas recuperan de día lo que perdieron por la noche. En cambio, si usted les hace tomar algún hipnótico, sucede que al día siguiente se hallan más deprimidos aún. Mire usted: el insomnio se cura a base de hablar con el enfermo, de dejarle a él hablar, que le cuente, como aquel que dice, sus penas. ¿No ha oído usted hablar últimamente de esos teléfonos a los que puede usted llamar si se encuentra solo o deprimido por la noche?

—Pues no, la verdad.

—En los Estados Unidos es corriente. Oyen lo que usted dice, pero sin darle ningún consejo. Lo único que hacen es escucharle, porque ya sólo contar la enfermedad a otro, supone para el enfermo una descarga que disminuye su miedo.

—¿Miedo? ¿A qué?

—Miedo a todo: a volverse loco, por ejemplo, a no tener sueño nunca más, el miedo a tener miedo. Lo más importante en general y en este caso en particular, es, sobre todo, tener entretenido al enfermo.

—Sí; eso ya se lo dije a la hermana, pero resulta prácticamente imposible; es poco menos que imposible conseguir que haga algo fuera de decir su misa, comer, beber y sentarse a ver llover, porque yo creo que ni mira la gente que pasa.

—¿Toda la tarde así?

—Así hasta la noche. Ahora se niega a bajar a capítulo como antes, porque apenas se acuerda de nada y prefiere no molestar a los demás. También supongo yo que por orgullo.

—Una verdadera pena, porque el trabajo sería para él, en las condiciones que está, la mejor terapéutica. Mucho trabajo, comida racional y buenos paseos; mucho tomar el aire que allí por donde él vive no ha de ser gran problema. También leer un poco, aunque con esto de la memoria le debe ser ingrato, quiero decir molesto. ¿Qué edad dice que tiene?

—Ya va por los setenta.

—Yo creí que tendría más años.

—Tiene los míos. Lo recuerdo porque fuimos compañeros en los primeros años de instituto. Puede que alguno más pero no muchos.

—Bien, el asunto es que usted no le pierda de vista, no le deje de la mano.

—Es difícil. Él desconfía siempre. Se le nota. De todos modos como ya le digo, seguimos siendo buenos amigos y nada tiene de particular que siga yendo de vez en cuando por su casa. Ya hace tiempo, antes de sucederle esto solía lamentarse de su vida, pero ¿quién está satisfecho de sí mismo? ¿Quién no ha aspirado alguna vez a más?

—¿Y por qué no estaba satisfecho? ¿No era ya deán?

—¡Cualquiera sabe! Él tenía sus caprichos. Un día me confesó que estaba a punto de empezar un libro.

—¡Pero eso —sonríe el de la pequeña capital— no es un problema grave, como para enfermar!

—No lo digo por eso; lo digo como ejemplo, porque tiene su cuarto repleto de papeles, de carpetas, aunque el libro aquel ni lo empezó siquiera.

—Ahora sería una buena ocasión, si mejorara un poco.

—Mucho tendría que cambiar. También recuerdo ahora, haciendo memoria, que en otra ocasión me dijo que el día en que muriese le gustaría ser enterrado en la misma catedral.

—Eso quiere decir que es orgulloso.

—No; no lo crea. Yo no sé si eso es hoy jurídicamente posible, pero ya ve qué ideas le rondaban ya entonces la cabeza.

Han llegado ante la gran escalinata del Hospital, que es un gran edificio de piedra totalmente amarilla de líquen. Arriba, el cielo se cubre o abre en sucesión constante de rachas grises dejando tras de sí fugaces goterones que tan pronto tiñen al Hospital de amarillo rabioso, como lo dejan color tabaco, del color del invierno.

El médico más alto, tras despedirse del colega con cierta ceremonia, sube despacio, casi solemne, la gran escalinata, en tanto que el amigo del deán, mira al cielo y abriendo su paraguas, se pierde calle abajo, volviéndolo a cerrar al llegar a la altura de los primeros soportales.

Y nunca más dejó de llover hasta que llegó para el Deán la hora de su muerte, ni volvió él a salir de su cuarto, para cruzar la plaza, camino del Capítulo. Sus horas fueron siempre parte de otra parte, de algo que era capaz de dividirse indefinidamente, igual que sus paseos por el cuarto, o sus horas frente a la ventana. Frente a él, la catedral también devolvía, intermitente, la voz grave, afilada, de la lluvia, cantada en sus remates por el viento, que la salvaba así de su habitual monotonía. Y si el viento era viento de mar, soñaba el deán aventuras marítimas

como la de aquel maestro vidriero que trabajó en la catedral y a quien el Cabildo adjudicaba cada año la renta de las ballenas del puerto cercano, propiedad del señor Arzobispo. Veía llegar los barcos metiéndose al amparo de la barra, tal como los había visto en las revistas ilustradas de pequeño, con el bicho enorme detrás que el maestro vidriero tasaba de un vistazo igual que si se tratara de algún encargo de los otros, de cubrir las ventanas de alguna capilla.

Tales eran los sueños del deán si el viento era de mar, porque si el viento era de tierra adentro, de Castilla, de más allá de donde las viñas comenzaban era viento de insomnio, venía azotando las oscuras crestas del cementerio viejo y eran sueños de muerte los que al deán mantenían en vela, meditando durante toda la noche.

«Y pido que me entierren en la santa Iglesia Catedral, o si no fuera posible, en algún rincón del claustro, sin inscripción ni nombre, ni leyenda alguna, y a no ser posible esto tampoco en la Quintana de Palacios, cementerio de esta villa.

»Que con mi cuerpo lleven de ofrenda un pan y otra de vino y otra de pescado o carne, según fuese el día.

»Itero mando que en la iglesia de santa María la chica, donde yacen sepultados mis padres, me digan por el día de santa María de marzo y de agosto de cada año, dos misas rezadas, con las rentas que para ellas queda señalada.»

Y en tanto que dictaba todas aquellas cláusulas, se veía a sí mismo saliendo del portal de su casa, justo bajo el balcón principal en donde las tres mujeres lloraban bajo los paraguas. Allí iba él, camino de su nicho en el muro, casi tan grande como el oscuro encierro de su alcoba, y en esta su nueva cama, en esta su nueva sepultura, el agua seguía cayendo, filtrándose en la piedra, inundando el techo como en la piedra de por vida. Venían nubes negras, planas, inmensas o lloviznas frías que mojaban su cuerpo, que parecían traspasarle, ir pegándole a la piedra de grano fino, caliza, blanda, quebrada en los montes vecinos tal como se exigía en las condiciones de los contratos. Y el cuerpo se iba haciendo piedra también, cada vez que en los montes vecinos se desataban esos vientos no húmedos, sino helados y remotos que parecían volver mármol a la humilde piedra caliza, que hacían el deán hermano de aquel otro caballero con su celada y su puñal y su rica almohada de festón debajo de las rodillas. Iba el uno haciéndose hermano del otro, iban quedándole al deán también inmóviles los pies y vacía la cabeza, por donde la vida, el poco calor que aún le restaba, huía. Y cuando aquella lluvia, aquel viento tan malo subió de los tobillos, hasta más arriba de los flacos muslos y sus caderas doloridas, cuando por aquel pecho tan desmedrado le llegó al corazón, el Deán dejó de soñar más; aquel día estaba muerto.

Por el extremo de esta estrecha avenida recién urbanizada, de chalets baratos, por la tarde donde acaba la villa, donde hace tiempo había una farmacia, se vienen

acercando, como quien da un paseo, dos mujeres que se detienen ante la verja de la casa. Ya no son jóvenes, ya van para maduras y la más alta parece más seca, más nerviosa y delgada.

La casa desentona —se quejan los vecinos—, con su verja despintada y rota en algunas partes y ese jardín hirsuto que no hace bien, que las más de las veces sirve de vertedero común de la colonia y que esparce sus malos olores por sobre los pequeños chalets que le rodean.

Las mujeres se han detenido ante la verja. La miran, miran también la cadena que cierra el paso y el letrero en lo alto que dice: «Villa Celita». La más baja, la de rostro brillante y melancólico, la del cuerpo que aún mantiene sus formas aunque se viste mal o por mejor decirlo, no se viste, ha mirado las casas enredador, la mezquina avenida donde los niños juegan al amparo de raquílicas acacias y sus ojos que son dos rasgos negros y hundidos, se cierran por un instante.

—La verdad —murmura la otra— es que no sé qué sacas con venir hasta aquí. ¡Vaya gusto! ¡Menudas ganas! La verdad, te aseguro que no le veo ningún encanto a todo esto y menos con estos chaletitos que están ahora haciendo.

La otra calla y mira. Al otro lado, la arena del sendero sigue igual en el jardín y la desportillada marquesina de cristales destinada en su día a defender de la lluvia el portal continúa destrozada. El interior apenas debe existir ya, porque se ve el tejado roto y caídos los canalones, que hace sonar el aire golpeándolos contra los muros. Cada cuarto debe ser un montículo blanquecino, un montón de maderas, papeles y escayola, de cristales, cascotes y trozos de pintura creados para sí mismos, para la soledad, para la nada.

La mujer mira el diminuto parque una vez más y luego vuelve la espalda a su vacío tesoro. En la calle, con la hermana, duda. Mira el cielo, tan bajo como siempre, las nubes que vienen de la costa sembrando lluvia y, como haciendo un acto de voluntad, va alejándose, tal como vino, del brazo de la otra. Las dos se pierden donde la villa empieza, donde acaban las viñas y comienzan las huertas, las calles empedradas desde siempre, donde se alcanzan a ver ya esas puntas de piedra, hermanas también, esas dos torres, chatas, sólidas y gemelas.

## TERCERA CATEDRAL

---

Esta tercera catedral tiene aún más cerca el mar, está tan próxima, que desde sus cornisas pueden verse arrimar a los barcos al malecón del puerto, a fuerza de gritos, maromas, megáfonos y voces; pueden verse los petroleros japoneses, largos, blancos, esbeltos y pulidos entrando o saliendo, cruzándose a veces en la barra misma, con su fila de marineros en la proa agitando las gorras, saludando a sus compatriotas, que, al igual que ellos mismos, van o vienen; se ven los transatlánticos enormes y lustrosos, inmóviles en la bahía, acelerando con su pesada voz, el corazón de los comerciantes modestos que forman con sus tiendas el barrio frontero, y el otro corazón altivo y lejano de los otros comerciantes, de los indios.

Pueden verse los tinglados del puerto, con sus grúas inmóviles posadas todas sobre la doble hilera de rieles como grandes pajarracos, color minio, a punto de levantar el vuelo y perderse en el mar. Se ve la aduana con su tráfico y sus colas de viajeros y automóviles, con su eterno pulular de uniformes color verde oliva, cerca de la gran avenida de palmeras y rascacielos nuevos cuya acera frontera es todo el muelle. Los indios —los hindúes— que no pueden entrar en el casino de la isla, tampoco, a su vez, se mezclan con los demás, traen sus novias, dependientes y criados, como su mercancía, de otros lugares desconocidos y lejanos, y abren sus tiendas día y noche, en días laborables y festivos.

A la caída de la tarde, aparecen en sus «Mercedes», siempre último modelo, a pasear camino de la ciudad vieja o a lo largo del limitado perímetro que la isla y sus carreteras permiten. Otros lo hacen a pie, y los brillantes *saris* de sus mujeres animan esa calle estrecha y empinada que sube hasta la ciudad vieja y que con la avenida, forma como un rincón que encierra, con la catedral en el extremo opuesto, el comercio, el cuartel, las prostitutas, las villas de los altos funcionarios y ese café viejo ya y sin remozar, pero que sigue siendo el principal, repleto en cualquier época de turistas e isleños.

En la catedral dicen que oró Colón, cuya estancia se disputan por allí enconadamente la mayor parte de las islas. Hay también un museo que recuerda su paso y una casa donde también aseguran que vivió, con su lápida y un enorme balcón de complicada celosía cubriendo la esquina.

Esta tercera catedral, es cálida y silenciosa. Hay poca historia enterrada allí. Los turistas apenas la visitan. Bajan veloces rumbo al puerto o suben sin detenerse, más rápidos aún, camino del aeródromo, pasando siempre, sin enterarse apenas de que sólo unos metros escasos les separa de su puerta.

La catedral, que es muy blanca por fuera, es negra en su interior, en sus capillas. Se guardan en ella dos banderas tomadas a Nelson en alguno de sus muchos asaltos



fallidos a la isla, una imagen traída por su conquistador y la cruz que este mismo clavó en la playa, al poner pie en ella.

Por todo eso, cuando allá en la Península se organizó la exposición de custodias, coincidiendo, con aquel Congreso Eucarístico, en vez de enviar la que posee la catedral, se mandó la de otra parroquia, en otra isla cercana, perteneciente a la misma diócesis.

Y este hombre de más de cincuenta años ya, que nunca estuvo en la Península, donde estudian sus hijos, que una vez que le ofrecieron el viaje gratuito hasta la capital lo regaló al segundo de sus chicos, que sólo alguna vez va, por asuntos del Ayuntamiento donde trabaja, a la isla mayor donde existe la capital de la provincia, que no añora el mundo que existe más allá de esos pocos kilómetros que encierran su vida, que ha nacido allí y vivido allí siempre, que seguramente allí morirá y será enterrado tan cerca del agua, fue el encargado de llevar la custodia hasta la isla mayor, para que desde allí un delegado del obispo la llevara a su vez en avión a Madrid primero y después a la ciudad donde se celebraba aquel congreso.

Su lugar predilecto en las horas libres son las sillas de la terraza que hay siempre bajo ese tilo enorme, que él sólo tapa la plaza toda, incluso la tribuna para la banda recientemente adosada a su tronco y el bar instalado debajo de ella.

Ahora que sus hijos caminan por sí solos por la vida y su trabajo en el ayuntamiento es poco, su vida son paseos desde el cuartel de los guardias civiles, en lo alto, hasta el pequeño puerto, donde cada mañana atraca el correo de la isla mayor, de paso para otras, y adonde, ya de noche, vuelve de retorno.

«Yo no, curiosidad apenas tengo. Nunca he tenido mucha. No la tuve de joven, de modo que calcule ahora. Sí, aquí la vida es bastante tranquila, ya lo ve; aquí no hay problema de aparcar, no llega la televisión; se está bien, le aseguro. Mi mujer y yo vivimos ahora solos, aunque por los veranos suele venir alguno de mis hijos. Uno está terminando el peritaje en Madrid y la chica estudiando Letras en Sevilla.

Ahora, en verano, vienen turistas, se está promocionando esto —como se dice ahora—. Hace dos años estuvo por aquí el delegado de turismo, creo; estuvieron mirándolo todo, aquellas lomas que ve usted allí y toda la parte baja de la costa. No, el interior no sirve. El interior, donde empieza la montaña es muy árido. La montaña está encima y aquí no llueve nunca. Una vez cada cinco o seis años, pero hay vegetación por la humedad que se condensa en la atmósfera.

—Sí —sonríe—, aquí estuvo Colón también, pero aquí comprobado. Desde, aquí se despidió, como aquel que dice, y aquí paró tres veces, y pararon, después de él, otros muchos importantes. Ahí en esa casa tan baja que tiene usted a su espalda tomó agua por última vez antes de salir a alta mar definitivamente, y allí, a mano derecha, frente por frente, aquello negro que se ve junto a la playa, es lo que queda del palacio de la que dicen que fue su amiga y protectora, y hasta su amante; ya sabe, esas cosas que se dicen.

Aquellas casas blancas son chalets, casi todos de alemanes, aunque el primero que empezó a construirlos por aquí fue un belga que viene todos los años, sin dejar

uno, por octubre.

La iglesia también tiene su fama, por Colón, claro, y también por Hernán Cortés, que rezó allí antes de meterse en el mar, como todos, y también aquí, entre nosotros, por la custodia que regaló no recuerdo quién ahora por un voto que hizo en uno de sus viajes.»

La custodia vino a consecuencia de un temporal, vino por ese voto hecho a punto de naufragar en este mar que ahora de noche, después de aquel vientazo de las diez, es como si apenas se moviera. Pero sí que se mueve, engaña a veces, pero se mueve y mueve el barco que va cortando las olas como puede. Sólo hay que ver esas crestas que brillan, que pan saltando a intervalos regulares, que parece que van a calmarse, pero no cejan. Delante, los de tercera duermen como siempre tumbados en el suelo, revueltos hombres y mujeres que se mueven a veces, vomitan sin llegar a despertarse del todo y vuelven a quedar inmóviles esperando el próximo meneo. Los hombres tienen todos esa cara de los del interior, de más allá del bosque, de esas aldeas más allá de Chipude, donde hacen esa loza sin torno, tan rara que guarda y colecciona el secretario del Ayuntamiento. Son esos de cabeza recta y redonda como un cilindro, como el tronco de un árbol con la greña de pelos en lo alto, como santos de palo. Ahora sin el sombrero tan grasiento y negro siempre, inmóviles, dormidos, movidos sólo por el vaivén del barco, lo parecen aún más y parece más negro también ese color tostado de los viejos.

Los de segunda duermen en las hamacas. Hay algunas vacías porque el turismo se queda aún en las islas grandes, no quiere venir del todo a las pequeñas.

Una ginebra y el del bar que se queja, que empieza a contar sus problemas si no se le para a tiempo, si uno se descuida. No le gusta estar allí, ni su oficio, ni nada parecido; estar entre esas cuatro tablas, ganando poco, yendo y viniendo sin dormir como los demás, aunque tiene un día en que descansa a la semana. Por un tiempo trabajó en los «twists», en la otra compañía que la llaman así por lo mucho que se mueven sus barcos, más cortos y más nuevos que éstos, pero allí tampoco pagaban bien y acabó por volverse.

Y esas crestas de espuma, pequeñas crestas blancas que se suceden una y otra vez bajo el cielo que a veces se abre y enseña allá en lo alto su vientre hondo bien repleto de misterios y estrellas. Otra ginebra más y a la cama, al camarote que ha puesto a su disposición el oficial para las cajas y él.

—Las cajas es mejor que las ponga usted abajo. Allí irán más seguras, mejor. Le voy a mandar a un camarero para que las sujete bien.

—¿Usted cree que hará falta?

—Nunca está de más. Por estas fechas nunca se sabe.

—Le advierto que la llevo desmontada.

—Mire; vamos a atarla. Así queda mejor.

Se nota que por un lado no quiere alarmarle y por otro pesa su propia responsabilidad. Seguramente le avisaron ya en la mañana o esa misma noche, antes de zarpar, explicaron lo que va en las dos cajas cargadas con tanto cuidado, a pesar de ese viento que en el bar de la plaza derrumbaba sobre las mesas vasos y botellas.

Hay veces, cuando el viento se desata de Chipude, que es preciso cortar amarras como en los viejos tiempos y salir a alta mar con el barco, tan pequeño, cargado a tope. Entonces queda uno a merced del mar, a merced del valor que le dé a uno la ginebra viendo alejarse la pequeña luz hasta que las olas la borran de un inmenso soplido.

Entonces se pregunta uno si llegará a la isla grande, se hace el recuento de las veces que estos viejos barquitos belgas van y vuelven, fueron y vinieron a lo largo de un mes, de un año, de su vida entera de navegar, con mar serena, gruesa o arbolada, y se llega a la conclusión de que son muy pequeños pero más valerosos que uno mismo.

Y el oficial que vive en la otra isla y sube al puente como quien entra en la oficina, ese oficial de estómago caído viene ahora con el camarero prometido a sujetar las cajas de la custodia entre las dos literas inferiores.

El camarero realiza a conciencia su trabajo y se va con la propina. Después, ya a oscuras, sólo el ruido del mar, los crujidos del barco; y arriba, a un lado, sobre el techo de la cabina, los pasos de los oficiales y el rechinar de las sillas sobre el suelo del puente.

Si no se duerme uno a la primera hora, cosa que no sucede siempre, si no se está acostumbrado, hay que lograrlo aun a fuerza de ginebra, antes de las dos, antes de que el barco alcance ese canal que forma el mar entre las dos islas, por donde la corriente empuja y se estira, en cuanto que amenaza marejada.

—Sí, la iglesia de aquí, bueno la iglesia matriz —porque hay dos— es la más importante. No artísticamente, no es propiamente una catedral, jerárquicamente quiero decir, pero como importante es la que más de estas islas y su portada de las más antiguas; si no la más antigua, que para mí lo es, no cabe duda. Pero a usted ha de gustarle más el paisaje allá dentro, porque ya sabrá usted que esta isla es la más verde de todo el archipiélago. Aquí son cuatro casas mal puestas, el torreón, dos calles paralelas y los dos cuarteles: junto al mar el de los soldados, y arriba, donde se acaba el pueblo, el otro, el de los guardias civiles. Pero váyase usted más adentro, más al interior, al otro lado de los montes esos que tiene a sus espaldas, y verá usted qué bosques tan hermosos, con cedros y palmeras, con brezos que no son matas como allá en la Península, sino auténticos árboles. De lo demás no hay nada que contar ni que ver. Aquí, gente tranquila; esperar por la mañana el barco apenas amanece en el verano, y después, a la noche, verle salir otra vez, a eso de las diez, con el tiempo justo para saludar a los amigos.

—¿Quiere usted un helado? Venga usted por aquí. No serán como los de la Península, pero tampoco están mal. Yo, desde que dejé el alcohol: café en invierno y en verano los helados.

(La heladería está, como todo, cerca de la plaza. Hay una chica que tarda en despachar, que está dándose cita con un muchacho que debe bajar del Bosque, que trae una vieja escopeta sobre el hombro cogida por los caños.)

—¿Qué tal Inés, nos pones ya los dobles?

—¿De qué los va a querer?

(Al lado del mar, vecino al torreón, asoma sus desconchadas tapias un pequeño cuartel donde viven seis soldados vestidos de caqui. Uno hace guardia a la entrada de la casa que sirve de cuartel, entre cerdos y gallinas que los reclutas crían. Junto a la puerta, de charla con el que hace la guardia hay otro más, con la oreja pegada a ese pequeño transistor que todo el mundo escucha en la isla.)

—¿Qué tal? ¿Qué le parecen? ¿Verdad que no están tan mal?

—A mí me parece que están muy buenos.

—Ya le digo que me prohibieron el alcohol, por culpa del whisky dichoso. Aquí el whisky nos hace mucho daño. Por el precio tan barato, claro. Hasta los soldados lo pueden beber a veces, esos soldados que ya habrá visto usted que pusieron cuando la última guerra mundial por si los aliados desembarcaban. Pusieron dos compañías de guarnición y éstos son los que quedaron al retirarlas cuando acabó la cosa, cuando los alemanes se rindieron. Pero los aliados no desembarcaron aquí. Yo creo que ni se les pasó por la cabeza. Para pasar a África, mejor directamente que es lo que hicieron: plantarse un buen día en Casablanca, otro día en Italia y otro en Europa, quiero decir en Normandía. ¿Ha visto esa película del desembarco? Aquí sí la pusieron. Aquí cambian dos veces por semana y se ven buenas cosas como ésta que le digo que es como un reportaje. Impresiona, sobre todo pensando lo que podría ser, lo que podría haber sido aquí tal zafarrancho.

La custodia brilla en la noche como un pulido, diminuto y lujoso panteón. La luna vuelve blancas y mates las figuras sobredoradas que son apóstoles y escenas de la Biblia en los laterales, y la brisa del mar agita sus ocho campanillas, colgadas, dos a dos, en las cuatro esquinas del templete. Por el agua, por el fondo del mar, va el son de sus campanas que es la voz, el murmullo de lo que hablan, de lo que se dicen sus once apóstoles sentados con Jesús, ocupando cada uno un lado del hexágono que es la planta de su basamento. Sobre las doce figurillas sentadas pende el gran ojo de oro y cristal, vacío ahora, que dos ángeles sostienen bajo un techo que es una gran corona, rematada a su vez por la figura encorvada del Padre Eterno.

Si se mira a través de esa gran ojo de oro, se ven los pies, las raíces de los pueblos más allá de Chipude y Guarazoca, se ve bullir la lava, cuerpo arriba del Roque Gran Rey, a punto de estallar, de resbalar como una negra baba para hacerse piedra de luna

a orillas del mar, convertida luego en piscinas de agua de mar —igual que en los hoteles de la isla grande— cuando el cabildo civil acordó taponar los canales que dejaban los grandes bloques negros.

Si se mira a través del gran ojo vacío pueden verse los pies, las raíces de la iglesia matriz, unos pies poderosos, demasiado robustos para tres naves tan bajas y pequeñas. Si se mira, se ve la iglesia, la oscura sacristía, el armario donde esa misma custodia se guarda a la espera de las grandes ocasiones, unas veces montada —según el humor y tiempo libre del cerrajero que entiende de eso—, y otras, dividida en tres piezas que son: el basamento con sus apóstoles sentados, el templete y la corona en donde están sujetos los dos ángeles.

Si se mira a través del círculo de oro y pulido cristal puede verse uno niño, bajando a todo correr, apenas se oye la sirena del correo. Ya están los otros chicos allí y la gran fila de coches desvencijados esperando a los viajeros para los pueblos del interior. Se ve uno niño bajando hasta el torreón cuadrado aquel, de piedra oscura como la arena de la playa y que ahora acaban de reconstruir con unas cuantas manos de pintura, tres tramos nuevos de escalera y unos santos cedidos por las dos iglesias del pueblo. Se ve uno niño, pasando a duras penas por el viejo pasadizo que lleva, bajo tierra, desde ese torreón hasta la playa, esa oculta galería, por donde en el crepúsculo, se escuchan las sordas galopadas de las ratas. Se ve a Gonzalo que un día cogió el tifus intentando ese juego de espantarlas y que estuvo a punto de morir, con fiebre, casi dos meses enteros, y ese otro chico que una vez saliendo de la boca del túnel, con marea alta, se metió en el mar y el mar no devolvió nunca su cuerpo. A través del gran ojo se le ve vagar por entre las raíces de los pueblos, por entre el chirriar de lava que sube por los secretos caminos del Gran Rey, buscando siempre esa oculta entrada al torreón que ya nunca más puede encontrar porque el mar bajó mucho desde entonces y no sube como antes.

Han venido unos ingenieros ingleses a comprobar cómo la isla se hunde por un lado paulatinamente, en tanto que levanta su espalda de escualo por el lado opuesto, en grises acantilados de basalto. Así, el niño va siempre en derredor y nunca puede encontrar la entrada que ya nunca más estará bajo las aguas.

Puede uno verse arriba, en el campanario tantas veces hundido y vuelto a levantar, tocando a misa, o abajo, en el altar, ayudando en esa oscuridad grande y tibia a la vez, con ese olor a incienso, mugre y cera que parece absorber las oraciones que llegan de detrás, el rumor de los cánticos y la voz de los barcos.

Mirando a través del gran ojo vacío, se adivinan las vagas moles de los galeones holandeses hundidos en un ataque a la bahía. No son más que montañas de cieno en los que se alzan aún sus mástiles partidos, sus entrañas destrozadas, como restos flotantes de una guerra remota. Cada vez que el suelo de la isla cede un poco, ese poco que miden los ingenieros cuidadosamente, el cieno se alza y vuelve a flotar, y se desplaza como una oscura nube hasta cubrir también esa fragata inglesa en su lecho de lava y una galeaza mora venida desde Argel y dos jabeques berberiscos, ya iguales

todos en aspecto y edad, hundidos todos por los antiguos cañones de la isla.

De pronto aquella sensación, ese recuerdo, sentir cómo la habitación se mueve, flota, igual que aquella noche. Aquel rumor abajo, y arriba el resplandor incierto de las lámparas que la gente va encendiendo, de todos los que miran, esperan, se asoman a los balcones aguardando el convite siguiente.

Está en la cama con Rosita, que también lo ha sentido y que calla también procurando pensar que no va a repetirse. Pero otra vez vuelta a flotar como si la isla cediera un poco. Pensar en sus entrañas, en las playas de lava más dura que el granito, en ese olor acre, como de azufre, en el ladrar violento de los perros del valle.

Levantarse, adivinar los cuadros torcidos, las lámparas que aún se bambolean, asomarse al balcón, mirar abajo la gente en los portales y un grupo que se aleja despacio, carretera adelante.

—¿Qué hacemos? —pregunta Rosa.

—No sé. Esperar.

Esperar, porque morir suena ridículo. Y sin embargo la gente muere así. Muchos murieron en tiempos no tan lejanos, allí en la misma isla que se mueve ahora. Y sin embargo suena raro. Se trata de una casa baja y sólida; tan sólo de dos pisos; debería aguantar mejor que las demás, que las viejas con vigas de madera.

—¿Qué hacemos? ¿Nos vestimos?

—Como quieras.

Se recuerda en una ráfaga a los hijos; una suerte para ellos no estar allí, aunque quizás al día siguiente se preocupen más cuando salga la noticia en los periódicos. Morir, ¿qué es?, ¿cómo es morir bajo las vigas del tejado? Nadie lo sabe, nadie lo sabrá nunca cuándo vendrá, si llegará siquiera, si volverá mañana, pero todos piensan que si viene una pausa, una tregua larga y tranquila, la tierra debe serenarse por fuerza, acomodar sus estratos en su lugar debido y aguardar, quieta así, una porción de años.

Y otra nueva sacudida igual que la del barco ahora, y ese mar que se debe estar hinchando, que hace que la cabina se hunda y alce después, dejando el cuerpo abajo, y el estómago y la cabeza, vaciándose cada vez que la madera, alrededor, cruje, cada vez que ese morro corta una nueva ola.

¿Qué es morir? ¿Cómo se muere así, en el fondo de ese turbio canal que forman las dos islas? ¿Cómo se muere atrapado en la litera, bajando al fondo con las dos pesadas cajas, con sus piezas de plata? También es absurdo pensarlo y, sin embargo, la gente muere así. Aquel chico medio novio de Rita, por ejemplo, ese chico que hacía con Luis la Milicia Universitaria enfrente al otro lado del mar, en la isla mayor. Ese chico que por aprovechar el permiso en un fin de semana, alquiló una barca para pasarse de una punta a otra, de la isla mayor a la pequeña, cruzando ese brazo de mar que por allí no llega a quince millas.

Levantarse, buscar la llave de la luz, pasar la mano por la dorada bacinilla atornillada a la litera, a la altura de la boca, luchar por mantenerse en pie, aguantar otro bandazo como si el barco cayera en vertical, y subir otra vez con el vientre en la boca. Vestirse con dificultad, subir los escalones alfombrados, siguiendo ese camino que señalan sus brillantes barras, que marcan cada paso hacia cubierta en la oscura madera invisible ahora.

El mozo del bar se halla de espaldas, aguantando acostumbrado, sirviéndose una copa a solas, apoyando la espalda contra el mostrador, como escondido a medias en su cajón vacío.

Y en tanto Rosita, Rosa, debe dormir, si es que allí se calmó aquel vendaval de igual modo que aquellas sacudidas cuando el terremoto. Por ello, rayando la mañana, como si sólo se pudiera morir por la noche, la gente, con el día, fue volviendo del campo, aunque algunos se quedaron ya, recogiendo tomates en las huertas. El suelo, como el mar, estaba en calma, sólo sonaba lejos la marea, sólo quedaba, de la pasada noche, ese olor especial como a almizcle o azufre.

—No; ya le digo que aquí no pasa nada. ¿Qué va a pasar, tan lejos? Aunque ahora, eso de lejos es un poco relativo, con el avión que viene y va tan pronto a la Península. Aquí, para los de las islas, tenemos un descuento, bueno lo tienen los que van a Madrid, por ejemplo, que se llega en dos horas y pico. Aquí la gente viaja mucho ahora, más cada vez; como en todas partes, me figuro.

—Sí; esa es la iglesia; ahí la tiene usted, donde yo me casé, donde me bautizaron y donde bautizaron a mis hijos. Es una buena iglesia y tiene la portada —insisto— más importante de por estas islas, a pesar de lo negra y carcomida. Pero hay otras cosas que le han de interesar más. Suba al Cedro, a ese bosque famoso que le digo, en el interior. Ya verá qué vegetación, qué árboles tan hermosos. Le ha de parecer mentira encontrarse allí, sin salir de esta tierra tan seca.

Y el coche: un «Opel» recién estrenado va subiendo despacio por la pista de arena tostada, apenas desbrozada de maleza que huele a carbonilla, a fuego, a tierra quemada, seca como esa agua tan turbia que no se sabe de donde viene pero que rezuma a trechos y gotea resbalando hasta la tierra por los tallos callosos de las matas.

—Llueve poco por aquí.

—Muy poco, sí, muy poco.

—¿Cuánto?

El chófer hace un gesto impreciso que deja por un instante suelto el volante.

—Ya va para seis años. Año más, año menos.

El camino trepa continuamente. De pronto, en un recodo, desaparece el mar, se va cerrando el valle con su color rojizo, como de sangre seca, manchada por los bosques que cuanto más se sube más lo llenan. También desaparecen en el recodo siguiente,



como a la vuelta de un esquinazo, las casas y las últimas huertas y la iglesia y ante ella, el hombre que nunca fue a la Península y que espera, sin prisas, la vuelta del viajero.

—Hay buenos coches aquí.

—Sí; aquí sí —replica el chófer, a través del espejo.

—¿Es suyo éste?

—Sí, éste es mío. Hace un año que lo tengo. Unas veces lo llevo yo y otras mi chico, el que ahora está en la mili.

Parece que no fuera a decir nada más y de improviso se enreda en una larga parrafada. El coche es suyo, dice su precio y las ventajas sobre los demás y las ventajas que tienen en las islas para comprarlos más baratos que en la Península.

Él sí que estuvo allí, pero sólo tres años: los que duró la guerra. Hasta se echó una novia cuando andaba el frente por el Ebro. Un día de paseo, había un mapa de aquellos que señalaban los avances del frente y le quiso enseñar a la muchacha dónde estaba su tierra.

—Porque allá, en la Península, siempre confunden una isla con otra; para ellos todas son la misma. De modo que la llevé delante de ese mapa que le digo y la enseñé aquel punto tan pequeño en el mar de abajo, que estaba en un recuadro especial y no parecía tan lejos.

Y la chica no dijo nada, pero al domingo siguiente no se presentó, ni volvió a saber más de ella.

—De modo que al licenciarme, me volví para acá y aquí estoy. —Y luego, sin transición—: Mire qué buena finca.

Al pie, casi trescientos metros en vertical, más abajo, entre vináticos y pinos, helechos colosales y laureles, se ve, junto a un arroyo seco, una casita blanca con su verde piscina. ¿De dónde manará ese agua transparente, en esta tierra tostada y oscura que huele a carbonilla? Y sin embargo, el agua y la piscina están ahí, con su chalet tan blanco.

—Un poco solitario, ¿no?

—¡Con una buena jembra!

Y la vegetación se estrecha aún más. Los amortiguadores crujen en la pista de arena que tuerce una vez más cada cien metros en la fronda de helechos.

Aún en el interior del coche el calor y la altura se notan, hacen zumbir las sienes, la cabeza. Es igual que tener una gran losa caliente encima o como si esos árboles, lo mismo que los del Jardín Botánico de la isla mayor fueran creciendo en torno hasta acabar en esa sensación que no es dolor, mas que se siente y hace sufrir hasta dar al chófer la orden de volver hacia el pueblo donde el hombre de los cincuenta y pico espera.

Mirando a través del ojo de cristal se ve la higuera aquella famosa del Jardín de

Aclimatación sostenida por su tronco lustroso de serpiente y sus ramas que se descuelgan, que crecen también como serpientes, hacia el suelo, hasta quedar pegadas a él, tan duras y rugosas como nuevos troncos soldados a las raíces, como en una pagoda vegetal, como en una complicada catedral de la selva.

Y allí, lejos, en un rincón de la plazoleta que llenan las columnas vegetales, sentada en uno de esos bancos forrados de azulejos donde capean motivos alusivos a las distintas islas, está Rosita, tan aburrída, consultando unos apuntes o puede que estudiando un libro. Hace ya tanto tiempo que no recuerda bien qué examen fue; quizás el último de bachiller, puede que algún otro, después, en la carrera. Hace ya mucho tiempo y además fueron novios durante tantos años que es difícil calcular, porque los viajes, las citas, el tedio, los paseos se multiplican. Incluso se borra esa línea imprecisa del noviazgo definitivo si es que no lo fue siempre desde el primer viaje a la isla grande del que volvieron juntos.

Cada rostro nuevo de Rosa, de Rosita, va borrando definitivamente al otro, al anterior, aunque su carácter perdura. Mirando a través del ojo redondo de cristal puede vérsela rubia y blanca con esas pecas que le dan un aire un poco exótico de inglesa. Viéndola así, como en las fotos que guarda de aquel tiempo, se siente como en aquella tarde, cuando al alzar la cabeza del libro, se la encontró tan cerca, después de haberla visto tantas veces de lejos en la isla pequeña.

—¿Qué tal?

—¡Ah! ¿Qué tal? ¡Vaya sorpresa!

—¿Qué haces tú por aquí? ¿A examinarte?

—Pues sí; ya ves... ¿Tú también?

—Sí, claro. Yo también.

Y todo aquello que tan difícil era allá en la isla pequeña, aquí era fácil, accesible, nada más pasar ese brazo de mar que sólo lo lejano de los dos puertos y los malos barcos prolongaba.

A la vuelta, se las arreglaron para volver juntos y resultaba muy agradable y emocionante a la vez venir de noche, juntos los dos, a pesar de la hermana que la acompañaba. Era como en las películas de entonces, con la luna allá arriba, aunque abajo en vez de salones y camarotes de lujo, hubiera restos de tomates y jaulas de gallinas. Pero era nuevo llegar juntos en aquel negro mar de las doce, volver a su isla pequeña, a casa, con las primeras luces alumbrando los montes.

Ahora, a medida que el tiempo pasa en su vida y en sus horas tan largas de esta noche, ese mar, poco a poco, sin notarlo, va alzando sus crestas blancas que lo dividen como surcos partidos, se nota que la espuma, que su blanca corona es mayor cada vez y cada vez tarda más en derrumbarse. Arriba, en el puente, se escuchan voces y las sillas correr una vez y otra sobre el suelo de madera y el rumor estridente de la conversación que se reanuda a ratos con alguien que debe contestar desde lejos, cuya respuesta no se oye.

Por encima de las crestas blancas que llenan el mar, lo mismo que una nube de

gaviotas, se ven ya las primeras luces de la capital, esas luces que engañan, que parecen cerca pero que con sólo media marejada, el barco las alcanza sólo ya avanzada la mañana siguiente. Esa ciudad donde está aquel árbol misterioso que amenaza y atrae tanto, que no tiene flores ni frutos, mas donde parte de su vida empieza y concluye a la vez, donde ese rostro tan pálido y tan blanco se confunde con las hojas del libro.

Mirando por el ojo de cristal se ve a Rosita casada con aquel otro chico cuyo padre hizo tanto dinero luego exportando a la Península. Rosita vive en la isla mayor en uno de esos hoteles que se hicieron por entonces con su piscina, cerca del mar, igual que las mujeres de los otros hermanos de aquel chico tan rico. Entonces el gran valle donde se hallaban las fincas de su padre no aparecía aún cubierto totalmente de plataneras y tomates. Había entonces, aparte de los famosos dragos que aún se enseñan a los turistas, rosales gigantes extendiendo por encima de las cercas sus agresivos brazos, tilos solemnes como aquel de la isla pequeña, pinos menudos y lustrosos naranjos. Poco a poco, se fueron cortando los laureles, los de canela y los del alcanfor, y los bosques rosados de camelias fueron quedando ralos, maltrechos o encerrados en los jardines particulares de las casas que aún se ven desde lo alto jalonando huertos y bancales. Se recluyó a las magnolias, blancas majestuosas, en el Jardín Botánico y allí, entre la espesura, alzan al sol ahora sus corolas solitarias, sus hojas grandes, sus flores de corazón dorado que ahora mezclan su olor con el de los vecinos heliotropos. Sólo los crisantemos y geranios se salvaron, viven aún en las ventanas de las casas viejas, al amparo de las tapias, coronando terrazas y azoteas.

¿Por qué Rosita se casó con él y no con el otro, con ese chico rico que la cortejaba en la isla mayor? ¿Quizás por no asistir a la matanza del valle? Las chicas, las mujeres son así a veces. Ahora tendría ese chalet y hasta un coche para ella sola, pero son así: a veces desprecian lo que más desean en el fondo, todo eso que vuelve a flotar luego al cabo del tiempo, como el cuerpo maltrecho de los muertos. Quizás adivinara la hecatombe del valle que es todo ahora un monótono huerto verde y enano. Mirando a través del ojo de cristal se ve a Rosita que duerme ahora o sueña o piensa en los hijos tan lejos. Se la ve bajo el árbol de las ramas que cuelgan, alzando los ojos del libro, decidiendo su destino antes de que ese valle tan negro ahora, que se oculta y aparece a proa, se convirtiera en lo que es hoy, antes de que su vida se convirtiera también en otra vida.

Y muchas otras noches después, se despierta, se siente, se piensa que la habitación, en la oscuridad, va navegando quien sabe desde cuándo y hacia dónde. Es una sensación difícil de aceptar y que cerrando los ojos se acentúa como este navegar de ahora, mirando esas luces que parecen siempre en el mismo lugar, siempre a la misma altura. Una y otra continúan, sin llegarse a saber nunca si acabarán o no, sin saberse cuánto durarán. Es idéntica angustia que cruzar de una isla a la otra, ese brazo de mar tan estrecho, aquella noche en que se ahogó el novio de Rita. Es la angustia de sentir pasar las horas en aquel bote ridículo, en medio del mar que es alta mar a pesar

de las costas tan cercanas, y notar que el gasoil va faltando y la marejada aumenta y ni se puede avanzar ni dar marcha atrás, esperando a que el motor se pare y la lancha se vaya mar adentro o zozobre, o dé una de esas vueltas en redondo que, con temporal, pueden borrar los rastros de un barco grande de medio tonelaje.

Y aquellos funerales sin el cuerpo del chico, sin saber qué hacer si acercarse o no a la iglesia, sin saber si las lágrimas de Rita suponían o no un noviazgo formal o fácil de olvidar como resultó luego, nada más matricularla en la Península.

La iglesia ya tan negra de por sí, demasiado solemne incluso para aquel funeral sin muerto en el pueblo, con el muchacho flotando en el canal quizás.

Mirando por el ojo de cristal se le puede ver con el otro compañero que busca la entrada al torreón, que no supo volver al pasadizo de la torre. Van los dos bordeando el perímetro escarpado de la isla, tanteando los negros goterones de lava, las algas misteriosas, los turbiones de cieno, buscando la perdida galería. Van tanteando la isla en derredor, flotando a medias y a medias caminando, explorando los pequeños huecos que el basalto deja como entradas secretas, cegadas casi al tiempo de nacer, mucho antes de que los barcos se hundieran alrededor de la pequeña meseta cuyas raíces negras se alzan desde el fondo del mar, como ese tallo inmenso de los dragos.

Muchas otras veces se despierta, se piensa que se sigue soñando, que todo aquello acabará en un instante con sólo abrir los ojos, pero ni el sueño vuelve, ni el suelo se serena sino que se alza como el del barco ahora para huir bajo los pies cuando la marejada bate su costado.

Mejor pensar qué se hará cuando termine el viaje, cuando entregue la custodia. Quizá salga hasta el mismo puerto a esperarle el delegado del Cabildo, quizá no le hagan esperar mucho en el palacio episcopal, aunque el obispo es nuevo y quizá quiera verla montada antes de que salga catapultada por los aires, rumbo a la Península.

El señor obispo la querrá ver: será preciso llamar a ese platero que la conoce tan bien de otras veces, cuando la prestan los de la isla chica para las grandes solemnidades de la catedral, para alguna semana civil o religiosa que casi siempre conmemora alguna fecha relativa a Colón. Vendrá ese platero anciano pero tan vivo, aún hundirá sus manos, sus dedos de gaviota en la viruta que defiende las distintas piezas dentro de las cajas y buscará los tornillos bien guardados aparte, en su cajita de caoba. Como un buen técnico, colocará sobre un gran paño de franela que trae a propósito para ello, las distintas piezas, examinando con cuidado sus aristas, picos y cantos por si han sufrido algo en el viaje, tocándolos por dentro y fuera con sus dedos que son la parte más viva de su cuerpo, mucho más que sus ojos miopes y su voz ya velada y su mechón de pelo tan blanco, del que se defiende cada vez que le cae tercamente sobre la frente. Después irá colocando las piezas casi de memoria pero definitivamente, tras limpiarlas con cuidado también frotándolas con una serie interminable de líquidos y trapos que trae en su cartera, pulirá las campanillas y, finalmente, colocará la parte superior que es como coronar una obra, alguna de esas

viejas catedrales que se tardaron en concluir dos siglos por lo menos. Tal sensación de tiempo da ese maniobrar tan lento de sus manos, ese modo de trabajar tan despacio.

Mas cuando al fin, tras quitarse y poner sus lentes anticuados tantas veces, apretar los tornillos, frotar y refrotar, limpiar, pulir con trapos y pinceles, soplar incluso donde las barbas del pincel no llegan, se retira y deja paso a los del Cabildo para admirar su obra, verdaderamente es como si la custodia acabara de nacer, de rematarse otra vez, tan nueva y reluciente queda, con su círculo de oro en el centro que siempre, infaliblemente, atrae las miradas más que las campanillas del templete y los ángeles y los apóstoles cuyo rostro es cada uno un retrato.

Y el señor obispo ha llegado casi de incógnito, rápidamente, haciendo un hueco en su quehacer de la mañana, sobrecargada, como siempre, de visitas. Ha llegado a pie desde el palacio frontero a la catedral cuyas campanas miran al gran balcón corrido, de madera oscura, cuya triple portada se mira con el arco que lleva sobre su medio punto un escudo ajedrezado rematado por un capelo cardenalicio. Ha cruzado el umbral, bajo el escudo encalado a medias y frotándose las manos como quien se promete un hermoso espectáculo, cruza la calle que ya no es principal pero que aún conserva parte de su tráfico. El viento del mar agita sus ropas en el breve trecho hasta la catedral, seguido a duras penas por el paje y uno de sus secretarios. Nadie de los que a esa hora se encaminan a levantar el cierre de sus tiendas, ni los niños que suben bostezando camino de la ciudad vieja le reconocen, sólo los monaguillos que barren los tres amplios escalones sobados, gastados en su centro, como si fueran de madera. A pesar de que la visita es de incógnito como quien dice, la mayoría de los canónigos están ya en la sacristía contemplando la joya, tocando las campanillas los que la ven por vez primera tan de cerca, en tanto el platero se baja los puños remangados de la camisa, se pone la chaqueta y atusa la crencha blanca sobre la frente, como un buen cirujano que acabara de coronar una operación complicada.

—Por Dios, por Dios... —murmura el señor obispo, dejando atrás el vuelo de su capa, entrando todo lo a prisa que le permite su edad y el suelo desigual de la vieja sacristía—. Por Dios, ¡cuánta molestia! No me digan que me estaban esperando. ¡Qué hermosura! ¡Qué maravilla! —Se ha detenido, al fin, ante el gran templete plateado y, como los canónigos antes, examina una a una, las cabezas de los apóstoles, la mesa cuyos paños tienen grabadas a punzón, escenas del Antiguo Testamento, los dos ángeles, las menudas campanillas, hasta acabar su examen en el Padre Eterno—. ¡Qué maravilla! ¡Qué trabajo! —exclama—. Vale la pena perder una mañana entera sólo por verla bien, al detalle.

—Tres años se dice que tardaron en hacerla.

—Y ahora —parece justificarse el señor obispo—, tanto trabajo para desarmarla otra vez y volverla a embalar.

—No es nada. Es saber hacerlo nada más, y en un brete está otra vez en sus cajas. ¿Verdad, señor Joaquín? —responde rápido uno de los canónigos.

Y el platero da un paso al frente. En tanto lo presentan al obispo, parece menguar aún más, embutido en su gran chaqueta negra y gastada igual que la sotana de los otros.

—No, Ilustrísima, no es ningún trabajo. Al contrario, es una alegría ver en su forma verdadera esta maravilla como su Ilustrísima muy bien dice. Fíjese —y permita que me atreva a señalarlo— en la cara de los doce apóstoles, cada cual sacada de algún cuadro, sin que se parezcan ninguno en absoluto. Obra de autor anónimo pero indígena con toda seguridad, con influencia de Arfe, seguramente por haber trabajado en la Península. Vea, Su Señoría: barroca en su interior y gótica en todo lo demás, en lo que resta del templete.

—Siempre, desde que vine aquí, tuve ganas de verla tan de cerca, pero por unas causas o por otras, siempre cuando llegaba, ya estaba instalada en el altar o en la carroza.

—Pues hoy puede desquitarse su Ilustrísima.

Don Joaquín, mano sobre mano, en posición de descanso militar, asiste aún durante unos cuantos minutos, en silencio como los demás, a la también silenciosa admiración del obispo. Luego, cuando éste concluye su viaje colectivo y circular, esconde otra vez sus manos tejidas de venillas azules y murmura todavía:

—Ya sabrá su Ilustrísima la tradición que existe acerca de esta custodia.

—No; no la sé. ¿A cuál se refiere usted? —pregunta a su vez el obispo, saliendo de su silencio absorto.

—Se refiere al lugar en donde se coloca el cuerpo de Nuestro Señor. Dice la tradición que quien mira a través de ese círculo vacío puede ver lo que desea.

—¿Cómo lo que desea?

—Lo que quiera. El pasado o el futuro o un deseo que quiera que se cumpla.

—Y usted ¿nunca miró?

—Ilustrísima, es sólo una tradición, una leyenda.

—Pero teniéndola tan cerca, cada vez que la arma o la desarma, alguna vez habrá sentido esa curiosidad.

—No; Ilustrísima.

—Pues yo, por mi parte, tampoco —responde absorto el obispo—. Mi pasado ya me lo sé; y en cuanto a mi futuro está en buenas manos y no siento curiosidad por él; está en manos de Dios Nuestro Señor.

—Por supuesto, Ilustrísima.

Todos, incluso los más viejos de los canónigos y el platero, por supuesto, han quedado de nuevo en silencio, un poco sorprendidos del tono demasiado trascendente para lo que en tales casos acostumbra el obispo. Y el obispo, tras saludar a todos, ya

se aleja como vino, rápido y silencioso con su paje y secretario.

Mirando a través del ojo de cristal, puede verse al señor obispo en su palacio, sentado tras los cristales de su galería. Desde la parte trasera del palacio episcopal, por encima de la pequeña huerta cuyas tapias devoran claveles y heliotropos, su mirada alcanza un rincón del puerto y la punta pelada que lo corona. El señor obispo ha adelgazado mucho. Lo llevaron a esa diócesis, como siempre, con demasiada edad y el calor y el trabajo —dice el ojo de cristal—, lo entierran, poco a poco. Por las mañanas trabaja un par de horas en su despacho, para acabar pronto en su sillón de brazos planos y respaldo de cuero en el que puede verse, gastado ya, idéntico escudo que el que aparece en la clave de la puerta.

Mirando por el ojo de cristal pueden verse los ojos del obispo; son como el fondo del mar que aparece otras veces: color azul dorado que se vuelve verdoso en ocasiones. Por su fondo, como en el fondo de cieno de la costa, viene la muerte mansamente, sin ningún aparato, se alza majestuosa como el cieno mismo, despacio dando un respiro a veces, pero llenando poco a poco, todo cuanto la vida alcanza; igual que si hasta el fondo del agua se acercara la noche.

Y este hombre de cincuenta años y más, que nunca se animó a llegar a la Península, que no le importa, que no conoce sino tres islas de todo el archipiélago, que piensa morir así, conoce bien en cambio la isla mayor, la isla grande, a cuya sombra vivió siempre la pequeña.

«Sí; esos sitios por los que me pregunta, los conozco bien. Allí había antes buenos vinos, aunque de eso hace ya tiempo. Hasta Shakespeare habla de ellos. Lo sé porque en la Academia era una de las primeras cosas que se aprendían. En mis tiempos no había Instituto, ni ahora lo hay, la verdad —deja vagar la mirada por la plaza—, tenemos otra academia que prepara a los chicos que siguen yendo a examinarse a la otra isla. Lo que pasa es que el Ayuntamiento paga ahora parte de sus gastos, no como cuando yo estudiaba, que tenía la familia que pechar con todo.»

«Mi padre se empeñó en que yo estudiara Derecho, y aquí me tiene. Se empeñó por sacarme de una tienda de muebles en que nos iba bastante bien a pesar de que entonces todo era más difícil que ahora, desde tener novia, hasta alquilar un piso. Ahora mis chicos, aún sin acabar la carrera, ya están pensando en la boda.»

Allá en la isla grande, por las aldeas colgadas más arriba de las playas donde toman el sol los extranjeros, bailan los de la isla, al son de los tocadiscos japoneses. En la noche templada, después de las nieblas de la mañana que no dejan despejar a veces, al avión que sale un día sí y otro no para Estocolmo, la música llega agresiva desde los patios emparrados y se confunde con las charlas y risas y las otras músicas de las casas vecinas. Los sábados, chicos y chicas se quedan a cenar jamón polaco y ese pescado con cara de vieja.

«Figúrese en mis tiempos. Yo me he pasado mi media juventud en la academia

esa que se ve desde aquí, aquélla del cartel, que tiene todavía aquellas letras.»

Puede verse muy bien, con sus grandes letras de metal despintadas sobre las que se asoman dos chicos en mangas de camisa, con aspecto aburrido.

«Yo quería haber estudiado Letras; que también hay facultad allá en la isla grande, pero mi padre dijo que aquello era perder el tiempo. Quería que yo fuera juez o cosa parecida y menos mal que me metió a tiempo en el Ayuntamiento. Yo, de chico, tenía mucha imaginación, pero se ve que se agotó con el tiempo. También pasó que me entró la prisa por casarme que también es mala cosa, pero cada uno es como es. Llevaba ya tres años de Derecho pero con esto del Ayuntamiento dejé de ayudar a mi padre en la tienda y me casé. Se me metió en la cabeza lo de la boda y luego, uno tras de otro vinieron rápidos los chicos. Aquí ¿qué va a pasar? Nada, hombre, ni siquiera la guerra que en las islas grandes trajo lo suyo aquí se notó apenas, se lo aseguro. Creo que se pasó más miedo cuando el amago aquel de terremoto, cuando se echó la gente a la calle creyendo que la isla se hundía. Pero ni aun así; la verdad es que tampoco se acuerda demasiado uno, quizá se exagera con el tiempo, no sé, no lo recuerdo bien, pero esas cosas en un sitio como éste siempre algo se recuerdan.»

Los dos muchachos de aspecto aburrido que están en el balcón de la academia, miran el mar por encima de los tejados y fuman con cuidado, prolongando el placer, sus largos cigarrillos volviéndose de cuando en cuando al interior como temiendo ser sorprendidos por alguien, siguiendo con la mirada el cansino caminar de las muchachas que a esa hora van subiendo la calle de la iglesia.

«Aquí la juventud dura más que en otros sitios, que en las ciudades importantes. Aquí la vida es relativamente fácil y los chicos apenas se dan cuenta de que cambian, ni siquiera cuando nos casamos. Al menos los de esta isla que nos conocemos todos. Los de los pueblos del interior no lo sé. Yo sólo estuve allí en alguna de las fiestas, muy pocas veces. Allí, desde pequeños tienen que trabajar; ellos son al revés: se hacen hombres casi solos, desde que pueden trabajar.»

El sol ya va metiéndose detrás de los barrancos donde los hombres trabajan desde niños, más allá de los rojos barrancos que rodean la villa. De allí, de donde crecen los brezos y los cedros se van alzando rachas breves y recias. La iglesia principal sigue llamando a las chicas al rosario y la pareja de la guardia civil comienza ya su ronda, bordeando las playas.

Esos bancos de la academia pulidos por las nalgas y los codos de tantos estudiantes van quedando a media luz, más pulidos y brillantes por la luz que viene racheada, reflejada desde la bahía. Y ese viento que nace allá en los pueblos baja y estrella contra los mal ajustados cristales la tierra tostada de caminos y regueras, alza los viejos mapas y los hace restallar contra los muros, arrancando los residuos de cal que aún restan. Los bancos de la academia están marcados, grabados, cortados, quemados por los cigarrillos de los profesores, y brillan ahora que el sol cae tan de



prisa, que se oculta chirriando tras de la gran muralla que protege a la villa de los vientos. Y los vientos no cejan, su ímpetu aumenta, obligan a inclinar su orgulloso penacho a las palmeras y devuelven al aula esa figura, tranquila ya, compuesta, más delgada que es el hombre de los cincuenta y pico cuando sólo tenía dieciocho.

(«¿Qué vas a hacer? ¿Has pensado a qué vas a dedicarte? Piénsatelo, no hay prisa; tienes todo un verano por delante. En tanto que te bañas lo decides. Si no quieres estudiar, te quedas en la tienda, tú verás. Tienes la suerte de poder elegir. Eso sí, tendrías que estudiar por libre. No podemos mandarte a la otra isla; a tanto no llegamos, y de paso echas una mano en la tienda hasta que decidamos lo que hacemos con ella.»)

Veinte años se borran de un tirón, los borra el viento aquel que es este mismo mientras las colinas son sólo siluetas negras contra el cielo blanco.

Más allá de los cristales desencajados, con la masilla seca y agrietada que ese viento hace saltar, mirando más allá, a través de ellos, está esa única calle sin aceras, comida por el agua, por los torrentes que bajan de los valles altos cada vez que estalla una tormenta, devorada por crisantemos y geranios tan altos como arbustos donde está esa casa donde se dice que habitó Colón.

«¿La ha visto usted? La vamos a arreglar ahora. Se murió no hace mucho la dueña. La vamos a adecentar un poco, convertirla en museo. Claro que la galería es posterior; la pintada de verde. Todo está caído pero aún se pueden salvar lo que son las habitaciones principales. Muy pequeña, sí, como todas las de la isla. Aquí debió pasar muy poco tiempo, descansando en alguno de sus viajes. ¿Y la Casa del Agua? Ésa tiene más carácter todavía, allí está el pozo donde tomaron agua antes de salir; allí tomaron agua después muchos otros.»

Hay una lápida en la fachada de la casa del agua y otra en la iglesia y otra en la casa. Arriba los barrancos se funden con el cielo. Por la calle vacía, donde van encendiéndose minúsculas bombillas viene el hombre —el niño aún— que está sentado ahora bajo el tilo.

(«Vamos, estúdiatelo, aprende, si no vienes a ayudar a misa es porque no quieres. No es tan difícil. Tienes buena memoria. No hay más que aprenderse las contestaciones y cuando hay que servir las vinajeras, levantar la casulla cada vez que el señor cura se arrodilla, tocar la campanilla y todo eso. Las respuestas te las aprendes tú en un día, si quieres. ¿Por qué no las aprendes? ¿A qué viene ese miedo?» En la Casa del Agua hay un hombre que mira. Se sienta muy temprano ante la puerta que da entrada al patio donde se encuentra el pozo y mira a lo lejos más lejos que la pared que tiene enfrente, más allá del puerto y las lanchas. Se sienta a la puerta del pozo tan temprano que ya se lo encuentran los monaguillos cuando suben a la primera misa. Ya está allí, con su botella al lado, con las piernas plegadas, con las rodillas apuntando al pecho y el ala del sombrero negro y grasiento tapándole la frente, dejándole al aire el cogote y su maraña de blancos pelos. Siempre mira tan fijamente a la pared de enfrente que da miedo pasar, cruzar, romper esa línea invisible

que llega hasta quién sabe dónde, quizás hasta la misma isla mayor o puede que más lejos. Debe de ser muy alto según a donde le llegan las rodillas tal como está, sentado, tal como se le ve siempre, en el quicio de piedra. Tiempo atrás llegó a ser sacristán; luego empezó a beber y se le fueron olvidando todas las tradiciones, leyendas, fantasías e historias que componían su habitual letanía a los escasos turistas que por entonces venían a la isla: un sermón monótono, hinchado que acostumbraba a recitar ante los forasteros, muchos menos de los que vienen ahora.)

La gran montaña negra se desploma poco a poco, ordenadamente, se desmorona desde su cumbre, deslizándose dentro de sí en toda su fuerza, chocando con la proa que salta y se encabrita luchando por romperla. Se oye un crujido largo, interminable y el barco se estremece y una parte de la gran masa de agua, deshecha en goterones abre de golpe una de las ventanas del pasaje de tercera.

—¡Calmarse; no es más que un poco de agua!

Lo ha dicho uno de los que dormían en el suelo, levantándose a cerrar. Se ha secado la cara, ha dado vuelta a la manta de viaje que le sirve de almohada y, colocando la cabeza en la parte seca, vuelve a dormir. Los demás, en torno, continúan durmiendo también a ratos y a ratos vomitando, sin escuchar el estrépito del mar y ese llanto rabioso de un niño al que la madre intenta acallar dándole el pecho.

El del bar, al pie de su ginebra, murmura al segundo que cruza rápido, no se sabe hacia dónde. ¡Está bueno el mar esta noche!

—Y eso que aún no llegamos a Punta Roja.

¿Qué será? ¿Cómo es Punta Roja? Nunca escuchó ese nombre, nunca lo oyó en los otros muchos viajes, ni siquiera en aquellos lejanos de pequeño. Será uno de esos cabos iguales de día, invisibles de noche, con una luz que se alza y se hunde paulatinamente, allá en el horizonte, como la mancha vacilante de la capital que señala el final del viaje.

Arriba, en el puente, se deslizan cada vez con más violencia las sillas pesadas, se sigue oyendo esa desconocida voz, en continuo coloquio con alguien a lo lejos y las órdenes del capitán que apenas llegan a entenderse. ¿Cuánto dura un instante acá junto al cristal, viendo la proa alzarse, bajar, adivinando el mar en tanto se derrumba sobre escaleras, cuerdas y equipaje? ¿Cuántos de esos instantes hay encerrados en ese gran instante, en esa larga noche de la isla menor a la mayor? ¿Cuántas noches y días, qué parte de la vida cabe en ella? En ese instante que se repite y prolonga sin sentido que es la espera de siempre están Rosa y Rita y aquellos funerales del novio muerto y la vida nueva de Luis estudiando en la Península.

Y sin embargo, este viaje, como los otros, como aquellos lejanos o los demás en que no llevaba la custodia, pasará, acabará, y de esta noche no quedará ni siquiera un recuerdo demasiado concreto, ese llanto del niño que machaca insistente las tinieblas o la imagen del mar inundando la cubierta. Cada uno de estos viajes es como una

etapa, como un capítulo de los muchos que dividen otros días, es igual que otra segunda vida que también acabará cuando llegue allá, donde se balancean las luces de la isla grande, cuando el horizonte se ilumine definitivamente, se vuelva rojo, amarillo, blanco, y el agua se haga verde, de ese verde negruzco que trae la marejada. Después, más tarde, en cualquiera de las dos islas, estas horas nocturnas, estas horas que mide la voz del invisible capitán, las solitarias cabezadas del camarero o su propio peregrinar a lo largo de la galería de cristales, no son nada, ni siquiera un recuerdo, como para esos novios que duermen abrazados en las hamacas, para el pasaje que duerme en las literas doradas o, más arriba, tumbados en el suelo.

Esas dos vidas distintas, sucesivas se van destruyendo una tras otra y ninguna se diferencia tanto si no es en el posible riesgo, ese riesgo que ahora llega otra vez en esa otra montaña acharolada y al que nunca se llega uno a acostumbrar, ni en las noches de temporal, ni esas otras del verano solitarias y plácidas.

¿Cómo es morir bajo una de esas negras montañas? ¿Cómo es, estando así, dormido, hundirse definitivamente, en la sima del sueño? ¿Como morir ante el vaso de ginebra, bajo el tilo grande de la plaza, maldiciendo de la vida, del sueldo, de la ginebra misma que le mata a uno, de un empleo ridículo y molesto? ¿Como morir en este conglomerado de maderas viejas ya, latones, cornucopias, hierros, cuerdas, zarandeado en el estrecho pasillo que forma el océano, arrastrado por esos dos cajones que valen más que todo el barco entero? ¿Como morir a solas, mirándose a sí mismo en el cristal de la ventana, desmenuzando con saña, las horas de su vida?

Allí mismo, tras los cristales, está aquel gran salón dividido por columnas metálicas, pintadas de blanco, de fuste estriado que se complica en arbustos y flores cuando se acerca al techo. Allí están, componiendo hipotéticas habitaciones, los muebles que se venden en la tienda, esperando a las visitas silenciosas que bajan de Chipude, con los novios en medio, aún más callados que el resto, con el cura y el maestro que opinan tanto casi como los padres. Vienen mansamente, en rebaño vacilante, murmurando entre sí, sin animarse ninguno a romper fuego. Van mirando los escaparates hasta llegar a ése que ya conocen, que ya examinaron antes los novios por su cuenta y ante el cual se detienen ahora todos, antes de decidirse a entrar. Casi siempre es el maestro el que abre la puerta, quien luego se dirige al dependiente y comienza a explicar lo que los novios quieren. Todo lo prueban, como si de verdad supieran valorar la calidad de la madera y cuánto van a durar los muelles de los somieres.

Allí detrás, en el pequeño despacho donde hacía sus balances el contable, después de echar el cierre, encontró un día aquella revista inglesa con hombres y mujeres desnudos. La estuvo mirando y luego cerró aquellas páginas de color, asustado, sin llegar siquiera a su final. Pero aquellas figuras le seguían luego al colegio, en las excursiones por el puerto y el solitario torreón, incluso en casa, durante la comida, sin saber si la revista aquella sería realmente del contable o del padre, de alguno de sus viajes a la isla grande.

A los tres días de todo aquello, volvió por el despacho mas la revista ya no estaba allí. Buscó por toda la tienda y después, con menos esperanza por casa, pero nunca volvió a encontrarla. De todas formas, fuera quien fuera su verdadero poseedor a medida que fue pasando el tiempo, comprendió que entendía al padre menos de lo que se había imaginado, sobre cada vez que le venían a la memoria otra vez aquellas fotos viradas en rojo y azul, con sus brazos y piernas como serpientes y pechos como brevas y todos aquellos triángulos negros artificiales como la última expresión de un taparrabos.

Todos sus días están allí, más allá del cristal que cubren, como el miedo, los flecos de las olas: Rosita, los chicos, el padre desconocido, admirado primero, olvidado después, ahora de nuevo allí, en aquella pequeña habitación, en aquel diminuto despacho forrado de madera aguantando los gritos de aquel desconocido. ¿Qué había hecho? ¿Por qué chillaba el otro? ¿Quién era? ¿Por qué el padre no contestaba, ni siquiera daba una razón que contuviera aquella catarata de reproches? Veía al padre conceder cada vez más, humillarse cada vez más, a medida que el otro se crecía. ¿Qué pasaría allí, en aquella habitación? ¿Cuál era entonces aquella culpa, la culpa del padre? Antes de aquello: un vacío opaco, mudo después, otra negra cortina como ésta que una vez más hace crujir el barco.

«Bien, bueno, ya casi es la hora. Deje que pague yo. Para una vez que viene, déjeme ese gusto. Usted no va a volver nunca más por aquí, seguro y como yo tampoco es fácil que salga de aquí, seguro que no volvemos a vernos en la vida. ¿De qué sirve mandar una postal? De nada. ¿Para saber que uno vive todavía? ¿Para eso nada más? Vivir es tener algo que contar y lo que yo le cuente a usted dentro de una semana, mañana si me apura, no tendrá sentido, no tendrá el menor interés para usted, ni lo entenderá siquiera, si me apura. Y lo mismo lo que usted me escribiera a mí, por mucho que lo adorne. Eso pasa hasta con las cartas de los chicos. Al principio tenían algo que decir, pero a medida que fueron haciéndose su vida, se les fue acabando el qué contar y no por culpa suya, que yo no me quejo, es ley de vida que así sea y más cuanto más distancia hay aunque esto parezca una tontería.

—Ya es hora de levantarse —déjeme que pague— y le acompaño hasta el puerto, aunque usted ya sabe de esto y tendrá su pasaje reservado si es que dan ahora ya de ida y vuelta. En verano se duerme bien al raso, fuera.»

Una larga y perezosa caravana de grandes coches de últimos modelos baja desde los barrancos interiores, camino del puerto donde ya esperan otros al correo de vuelta, a su vez, de las otras islas pequeñas. Baja repleta la caravana de vecinos y hortalizas en cestas y en lo alto de alguno de los coches aparecen atados animales. Hombres y bestias aguantan los vaivenes en silencio, con un gesto que revela muchos viajes así, sobre los baches en los resecos canales que el agua, cuando llueve, traza por los caminos vecinales. Llegan también carros con cajones de frutas y hortalizas que van

formando en el malecón una barrera olorosa y verdinegra. Aún no ha llegado el barco y el vendaval azota el tilo de la plaza, derribando los servicios abandonados sobre las mesas del bar por los clientes que se refugian en el interior, en tanto el cielo alumbrá, más allá de los cerros, furtivos chispazos.

Las palmeras se doblan sobre el mar, este mar que se va hinchando, que lanza sobre el puerto remalazos de gruesas gotas, mojando a los que esperan y aguantan, a pesar de todo, impávidos.

«En fin, que ha sido un día agradable. Por lo menos un día aprovechado y entretenido para mí, porque aquí, en el fondo, siempre andamos buscando con quien matar el rato, porque aquí, en confianza también pesa a veces todo esto. ¿Qué tal fue la comida? ¿Regular nada más? Bueno aquí: el pescado y la verdura porque a mí ese jamón polaco que nos traen a menudo, para los polacos estará bien, pero yo prefiero nuestros cerdos. ¿Y la siesta en la playa? ¿Consiguió dormir? Alguna cabezada daría.»

Y la playa es ahora sólo un rumor fuerte y seguido de resaca, y una luz roja que parece que vibra al envite del viento; es el rumor del viento en las palmeras que se inclinan, bien a su pesar, sobre los muros del torreón, el mugir de los vacíos ventanales, de las ruinas del cuartel donde los cinco soldados recogen, ponen a salvo sus gallinas y tapan los agujeros del cuarto donde duermen, no por el frío, que es un viento caliente, sino por el ruido que no les dejará dormir si no se calma antes de medianoche. La playa ahora parece más viva que con la luz del sol, ahora está hinchada, poderosa, sombría, llena de voces lejanas y distintas: ésa que corre tras la espuma que viene, ésa otra que quedará flotando por encima del mar después de que ese polvo reluciente del agua se deshaga en la arena, ésa lejana, como de un gato enorme que viniera flotando por encima del mar, deslizándose, ronroneando, acariciado por el viento.

«Ahí viene, ahí lo tiene usted. Vamos a ver qué tal se da la maniobra. Un buen barco ahí donde le ve, mejor que los otros que trajeron después. Yo cuando voy a la isla grande siempre me subo en éste. En éste o en su hermano gemelo. Los otros saltan más. Me parece que ya se lo conté. Además viajar en éste es como volver a ver a los viejos amigos, como ir con la familia. Una gran persona el capitán. Sus chicos se examinan con los míos, bueno se examinaban porque hace un año ya que se le casó el segundo y del primero creo que ya tiene nietos. Ahí lo tiene usted, ahí aparece. Con casi treinta años de servicio. Ahí le tiene: el correo, que por la hora no podía ser otro.»

El correo ha parado el motor y se acerca lentamente. Luego, ya de costado, caen las amarras pesadamente sobre el poblado muelle haciendo recular a los viajeros. Se alzan voces, cláxones de coches y llamadas lejanas, en tanto la borda se va acercando y dos marineros de jersey deformado y pantalones sucios, preparan la pasarela. En la avalancha que viene luego, el único oficial visible que ordena la vacilante maniobra, lucha por mantener libre el paso, para que bajen los escasos viajeros que desembarcan de las otras islas. El viento inclina el barco, lo levanta sobre el malecón, con las amarras tensas a punto de saltar, y las lonas restallando. Apenas el oficial lo permite con una señal, va la cubierta llenándose de cestas, bicicletas, jaulas de animales, y paisanos que se despiden a gritos que no se entienden, de sus familias. Todos se mueven, se hunden, suben y bajan por la escalera de tablones cubiertos de hule y dorados pasamanos. Y al fin, apresuradamente, a una señal del capitán, la última etapa de aquel día se inicia. El barco, con sus cien rostros que dentro de una hora dormirán, de figuras agitando manos, bolsas y pañuelos invisibles, se va alejando, perdiendo su rostro, su voz y su gesto, volviendo a transformarse otra vez, en ese par de luces que centellean en la noche y vuelven a hundirse ya a la altura de las boyas, en ese runrún de gato oscuro y perezoso, mimado por las olas y el viento, cuyo rumor acaba por perderse a lo lejos.

Y nunca se sabe cómo, pero es así: de pronto se llega al convencimiento de que esta vez también se llegará. Es posible que sea la luz del día que viene rompiendo sobre la espuma sucia o el resplandor rojizo que divide la oscuridad, o el rostro desvaído del primer viajero que se despierta y mira en redondo y después, más allá de los cristales, el mundo vacilante que se agita fuera.

La luz roja, rosa, amarilla, blanca, que crece velozmente, dice que la isla grande está ya muy cerca, a pesar de sus luces apagadas, que allí también la gente se despierta, que dentro de poco abrirán las puertas de la catedral y media hora después irán llegando los del cabildo para las misas más tempranas.

Va el barco como un buen caballo, avivando el paso al oler el establo, abriéndose paso en el agua más decidido y rápido que hace poco, en la noche, cayendo en su gran lecho esmeralda cada vez que rompe y salta en las olas. De pronto al salir de su fondo, —ese fondo que el ojo de cristal conoce—, surge al frente una lengua de tierra rojiza con casas blancas rodeadas de huertas y plataneras. Ahora es preciso bordear la costa, ir la siguiendo hasta llegar al puerto, a la ciudad donde está la catedral, donde dentro de una hora o dos, bajarán a esperarle en el coche del señor obispo, donde ya estará avisado el carpintero y el platero porque allí no se fían del embalaje tosco de la isla pequeña, a pesar de que en ella se encuentran por ser pequeña, mejores carpinteros.

Ya se ve gente asomar tras los cristales de cubierta, sucia, mojada aún del sudor de la noche, con el pelo en brillantes remolinos y la barba brotada ya y los ojos borrosos. El niño que lloraba calla ahora, rendido en los brazos de su madre, en tanto,

el motor resopla y lucha abajo, metódico y robusto, despreciando el viento que aún se acerca silbando.

Ya en el bar piden té al camarero que se ha quitado la corbata como anunciando el final del viaje. La costa sigue desfilando monótona, con diminutas playas rojinegras azotadas por blancas rachas blancas. Mirando al sol que ya sube, aunque no llegue a romper, el viaje es un viaje más, y a medida que la ciudad se acerca, se siente esa decepción de las llegadas en solitario, una vaga sensación de fracaso, más fuerte aún, más concreta, en el viaje de vuelta, cuando se llega una vez más a la isla pequeña, cuando se pasa ante el torreón sombrío, ahogado de palmeras. Todos los viajes, todas las llegadas se ven como aquellas imágenes de los dos espejos paralelos que flanqueaban, en tiempos, la entrada de la tienda del padre. Las imágenes que siempre son el hombre de los cincuenta y pico de años, cuando niño, se multiplican en hilera infinita, sin llegarse jamás a ver todas porque el cuerpo tapa al mismo cuerpo como si le impidiera conocer allá en el infinito, su destino. Las imágenes, si el cuerpo se mueve, derivan, escapan por un lado, fuera del marco, unas veces hacia el interior, otras hacia la calle, camino de la calle que acaba en el puerto. En ese espejo está su primera llegada cuando niño a la ciudad tan grande, con autos —que entonces apenas los había en la isla menor—, con los indios de blancas vestiduras y andar tranquilo y esos ojos, a veces de terciopelo y a veces como la pupila radiada de los gatos. Allá va de la mano de su padre, de visita en visita oyéndole charlar, discutir, regatear, hacer pedidos, por grandes oficinas, en salones de espera con muebles de mimbre suaves, frescos, enormes, donde llega a dormirse. Siempre hay una vieja empleada o una muchacha no tan vieja que pasa y le mira y se detiene y le trae una naranja, un vaso de agua con azúcar y limón o un caramelo. Más allá de las ventanas cruzan como en la pantalla del cine de la isla chica, livianos coches tirados por un solo caballo, cuyo rumor es sólo su suave golpear sobre los adoquines, pintada la caja de amarillo suave con dos grandes salvabarros negros que se prolongan al final apuntando hacia el cielo.

Largas horas de espera leyendo letreros que no comprende, devolviendo saludos que apenas musita, siempre con aquellas ganas de volver a embarcar, de regresar a casa. Pero luego, viene siempre, después, la inevitable visita a la catedral que el padre siempre cumple, aquella catedral tan grande, pero negra también, como la suya, asomada al puerto y sin embargo defendida a la vez en su pequeña plaza, limpia y de casas blancas, salvo el palacio episcopal.

El padre se santiguaba, cruzaba los dedos de ambas manos y, de rodillas, miraba allá lejos, hacia el altar sin verlo apenas, y movía los labios durante un rato que a veces se prolongaba más de la cuenta. Más que rezar parecía que hablara con alguien allá lejos, mucho más lejos de los muros negros e invisibles, quizá con alguien allá en el mar, con algún santo de la otra iglesia de la isla pequeña, quizá con aquellos dos muchachos que aún caminan para siempre bajo las aguas, buscando aquella entrada del torreón.

Quizá sus palabras que no se oían, que tan sólo podían leerse en sus labios, cruzaban el mar, iban a posarse a los pies de los otros santos, pero siempre aquel rito se cumplía antes o después de la comida en aquellos restaurantes del puerto a los que se llegaba, tras cruzar todo a lo largo aquel paseo flanqueado de bares con sus puertas de par en par, mostrador en tinieblas, ventiladores oxidados y el mismo, eterno, rostro de mujer con trazos de color bermellón, oscuro, atezado, impávido, como los de los hombres que bajaban por entonces, en los días de mercado, de la sierra. Pero éstas vestían trajes verdes, rojos, extraños todos, telas brillantes y fantásticos collares que a veces se colocaban entre los pechos, al tiempo que espantaban las moscas en derredor, servían un vaso o respondían con algún monosílabo. Sin tener nada que ver, recordaban siempre a la revista aquella en colores del despacho del contable. También —según contaba el padre— duraban poco, morían a los dos o tres años o acababan para siempre en un sanatorio medio caído, a las afueras de la ciudad vieja, un gran caserón que antes había sido cuartel de artillería.

De todo ello, de todos esos fugaces viajes, incluso de los que hizo ya hombre, ni un amigo queda, ninguno heredó del padre cuando éste murió, cuando él mismo cambió de profesión, ya que su único trato fue ya siempre con la catedral.

Siempre idéntica pregunta: «¿Hasta cuándo se queda usted?» «¿Se va tan pronto?» «¿No se queda ni un día siquiera?»

Y la verdad era que, una vez realizados los encargos del Ayuntamiento, examinados los chicos o entregada la custodia, nadie le necesitaba allí, ni siquiera un recuerdo, nadie iba a echarle de menos, del mismo modo que él tampoco necesitaba de los otros.

Cierto día pensó que su vida era como sus días en la isla grande: resbalar, llegar y retirarse como el agua, como el mozo del bar, allá abajo, en su nicho de madera, ajeno a los viajeros, al capitán y a la mar gruesa; igual que aquellas clases en la academia, con el muro de enfrente por todo horizonte y el antiguo sacristán recostado contra el muro, con la botella al lado y mirando quién sabe a dónde.

Y el encuentro con Rosa tampoco tuvo nada que ver con la isla en sí ya que ella estaba allí por sus mismas razones.

Eso sí, llegó a conocer de vista a muchos de los nuevos y viejos comerciantes, canónigos o dueños de las casas de comidas, las nuevas tiendas repletas de transistores y el indio desdeñoso de las radios caras. Todo lo conocía y por nadie era capaz de quedarse un día siquiera como quería aquel canónigo, ni aún en el nuevo hotel donde ahora vienen los millonarios con sus amigas a las que los camareros dicen frases soeces cuando saben que no les entienden.

Vio a la isla cambiar, llegar las cámaras automáticas —usted pone el carrete y no tiene más que apretar el disparador—, receptores de televisión cada vez más pequeños y radios como cajas de cerillas. Los indios que seguían sin ser admitidos en el casino de la isla, abrían los domingos incluso y alzaron sus pequeños rascacielos de apartamentos rodeando, cubriendo con su sombra a la catedral, prolongándose luego,



bahía adelante hasta donde el peñón del faro permitía.

En los espejos de la puerta de la tienda del padre su imagen se va multiplicando, parece hundirse y, a medida que se hace más pequeña a lo lejos, aumenta la melancolía con esa sensación de que el viaje termina.

Ya estarán en el puerto bostezando, el platero del pelo blanco, sacado a duras penas de la cama, y el carpintero que debe inspeccionar el embalaje y algún canónigo madrugador, de éstos que gustan de pasear temprano desde la catedral al puerto.

—¿Qué tal ese viaje?

—Muy bien. Todo bien.

—Un poco movido el mar. ¿No?

—Un poco; como siempre.

—Oímos anoche la radio y dijimos: «Va a tener un poco de baile la custodia».

—Viene bien embalada, no se preocupen. ¿Cuándo la mandan para la Península?

—Ya lleva el señor obispo recordándonoslo hace casi una semana. Se queda esta noche aquí. ¿No?

—No. Me vuelvo en el viaje de la noche precisamente.

—¿En los «twist»?

¡Qué le vamos a hacer! Ya a estas alturas no voy a marearme.

Ya la costa corre cercana y paralela, ya se ve a los paisanos y sus casas coronadas de un humo que la brisa barre, y barcas y aparejos. Ya el sol ha roto y es el mar ahora azul muy oscuro con sus eternas crestas como ráfagas brillantes que remontan una y otra vez, solitarias gaviotas. Más allá, sobre los caseríos dan vuelta bandadas de palomas y una nube densa y oscura que llega de la refinería va matando, con su olor a gasoil, el olor anterior del salitre.

Bien; el viaje termina. Es preciso irse preparando. Buscar un mozo o dos, bajar al camarote y cargar con las dos pesadas cajas después de desatarlas de las literas inferiores. Vuelve el oficial de antes, aseado, afeitado, relajado casi, como si acabara de salir del hotel, de uno de esos hoteles que empiezan a distinguirse ahora.

—Ahora mismo le mando un par de mozos. Tratándose de una cosa así, delicada, es mejor que espere a que salgan los demás. Ya ha visto cómo se pone esto allá arriba, en estos casos.

Llegan a poco, dos mozos sucios, con grasienta camiseta y pantalón sucio también, rozado en las rodillas. Deben ser del servicio de máquinas. Han lanzado una mirada a los dos cajones, sopesándoles, calculando cuánto van a cobrar por el porte, aunque oficialmente les esté prohibido.

—Ustedes no se preocupen por el precio.

—Es que nosotros no hacemos estas cosas. Para eso están los mozos del puerto.

—Es que esto es una cosa especial.

—Sí; eso nos dijeron.

—Se les paga lo que sea de razón y en paz. Allí en el puerto habrá alguien para recogerlos.

—Bueno, vamos con ellos.

Carga cada uno con su cajón después de desatarlos. Su torpeza dice tan a las claras como ellos mismos, que no es ése su oficio. El barco además, sin el amparo aún de la bahía, sigue dando bandazos y ambos cajones pegan una y otra vez con las barandillas de las literas, en las doradas bacinillas para las vomitonas de los viajeros ricos, con el quicio que da paso a la escalera.

Escalón tras escalón, bandazo tras bandazo, va la custodia camino de cubierta seguida por el hombre de los cincuenta y pico. Ahora cruza ante un grupo de ricos de las islas que hablan de acciones de agua y de los plátanos que tiraron al mar en una playa lejana, según algunos para mantener los precios. Se han apartado a un lado de mala gana, sin saber cuántas veces se arrodillaron a su paso. Más tarde la custodia pasa junto a aldeanos que se quitan las legañas, encienden un cigarro retorcido o se estiran los músculos y el traje. Cruza frente al mozo del bar, sirviendo los últimos cafés y copas y alcanza la cubierta donde ya la gente mira hacia el puerto cercano y el verde pulular de las aduanas. Al otro lado hay ya un grupo de madrugadores alguno de los cuales agita un pañuelo, no se sabe a quién, porque del barco ninguno contesta. Hay seis o siete cargueros en la bahía, dos motonaves regulares y un trasatlántico blanco y enorme, anclado, como muerto a la entrada, junto al faro.

Es llegar otra vez, repetir una de aquellas imágenes de la hilera infinita. Cada gesto, cada movimiento se multiplica hasta salir fuera del marco porque nunca es posible ponerlos perfectamente paralelos. El mismo viaje y la misma sensación de que algo más que el viaje cesa y se consume. Y a la tarde, tras cumplir con el cabildo de la catedral, un paseo por la avenida de las palmeras y otro más por la calle de los indios y después puede que uno más largo, en taxi, a recorrer un poco de la costa hasta donde está ese jardín con el árbol famoso de los brazos como columnas musculadas que bajan hacia tierra.

Hay un banco a su sombra donde los novios no se sientan, quizá temiendo que en un instante, la higuera se anime y los abrace. Sin embargo, se está bien a su sombra, se recuerda a Rosa, se deja pasar el tiempo y se piensa que ya la custodia irá catapultada por los aires con el visto bueno del platero.

Y allí, en el mismo banco, hay un chico ya mayor, casi de la edad de Luis antes de pensar en casarse, un chico de estos de ahora, educado y seguro, con esa educación que dice que están dispuestos a hacer lo que piensan. Tiene junto a él un morral con un banderín indescifrable y en sus manos una guía de las islas. Al cabo de un rato de estudiarla a conciencia se ha dirigido al hombre de los cincuenta y pico, preguntando a qué hora sale el barco de la isla pequeña.

—¿Va en plan de turismo?

—Pues sí; más o menos. Estoy haciendo un viaje por aquí. Ya llevo unos cuantos días.

—¿Y lo hace usted solo? Porque esa isla no tiene demasiado que ver.

El muchacho se encoge de hombros como si su opinión no le afectara demasiado,

abismado en el libro de tapas azules que hojea pausadamente.

—¿Allí estuvo Colón, verdad? —pregunta alzando de pronto la cabeza.

—Sí; allí hay algunos recuerdos suyos.

El muchacho afirma en silencio para sí, como en mudo coloquio con su libro.

—¿Y no le aburre hacerse solo un viaje hasta tan lejos?

—Sí, un poco. Tenía un compañero, un amigo francés, pero tuvo que coger el avión hace unos días. Le avisaron de allí que estaba su madre enferma o algo parecido. El caso es que se fue y como yo estaba aquí no iba a perder el viaje por eso. Sobre todo pensando que cualquiera sabe cuándo tiene uno otra ocasión de venir por aquí y conocer todo esto.

—¿Todo qué?

—Pues todo. Bañarse un poco y ver lo que pasa por aquí. Todo tiene su misterio. Tomar el sol también; hasta que se acabe el dinero.

—Pues el barco sale a las nueve, aproximadamente.

—¿Hay que sacar el billete antes?

—Es lo mismo; si no a mí me conocen y allí mismo se lo dan.

—¿Es que va usted para allí también?

—Yo vivo allí.

—Pues muy agradecido.

—De nada. Allí nos veremos.

Y esta última catedral, tan nueva, tan moderna que aún no se terminó, es tan sólo una blanca fachada sin estilo, limpia, lisa, con enormes columnas y dos torres cuadradas, afiladas que miran por un lado al campo y por el otro a un horizonte de también afilados rascacielos. La catedral es sólo esa fachada y la cripta donde se dice misa y donde se hallan enterrados, todo a lo largo de los cimientos, en pequeños panteones, los últimos representantes de antiguos linajes, de ilustres apellidos. Cada pequeña capilla-panteón tiene en su fondo su escalera de caracol para bajar al pudridero y su verja con su placa dorada igual que la de las consultas de los médicos, donde pueden leerse los apellidos y títulos de sus propietarios. Todos los huecos se hallan ocupados y los que no lo están, tienen también su chapa como esperando a sus futuros inquilinos y actuales propietarios.

La cripta es el vacío laberinto que dejan los pilares enormes que nada sostienen, puesto que arriba, al nivel de la calle, las columnas que deberían sostener las bóvedas se detuvieron a media altura, al nivel de las vallas que rodean ahora la obra terminada.

Los pilares son muy gruesos y bajos, forman arcadas, pequeñas naves, haces cruciformes y pasadizos angostos. Es imposible abarcarla toda de un vistazo desde ningún ángulo y muy fácil perderse y dar vueltas en la oscuridad, al tenue resplandor de los escasos cirios que alumbran el altar mayor, sin encontrar la puerta de salida que el sacristán apenas acostumbra a señalar cuando se le pregunta.

El sacristán, sentado junto a una mujer de luto, charla en voz queda sin parar, y el rumor de su voz llena con su murmullo intermitente el interior oscuro donde no llega el rumor del tráfico de fuera.

Arriba, en cambio, el zumbido de ese tráfico, el sordo acelerar de los grandes autobuses, los silbidos del guardia que ordena el tráfico en la misma esquina, salta y cruza por encima de esa valla continua, maciza, sin un solo edificio, lo mismo que un fortín que defendiera a la catedral, con una sola puerta que abre camino a la casa del guarda y sobre cuya madera hay un letrero que dice: «Esto no es el obispado; el obispado está en el número 40.»

Una gran nave a medio techar, a medio derrumbarse también, hierbas malas, ortigas, espigas ralas, cardones y amapolas, muros sucios de piedra clara, más sucia aún, desteñida, manchada de excrementos de palomas. Ni siquiera son ruinas, ni siquiera llegó a ser nada: sólo paredes, columnas y un pedazo de bóveda. Todo lo que hubiera debido ser se halla por el suelo dividido en piezas como en esos juegos de arquitectura de los niños, como esperando una mano que los vaya colocando en su sitio, que los limpie, pula, pique y blanquee igualándolos con la fachada que la gente

ve desde la calle, con sus blancas columnas y pulidas escaleras, donde a veces descansan viejos o niñeras.

Las ventanas tapiadas no dejan que se vea el interior, que es un campo sembrado de granito, caliza y vigas enormes enmohecidas por tantos años de estar a la intemperie, con su centro ocupado por una torre metálica, oxidada también, con su motor y cables inmóviles, que debió servir para subir los bloques de la bóveda, pero que, vista de pronto, parece el castillete del ascensor de una mina abandonada hace ya mucho tiempo.

El interior tiene un poco de cementerio, de cantera y, por culpa del castillete, de mina abandonada. La única vida allí es la casilla rodeada de geranios donde vive el guarda. La misión del guarda es espantar curiosos, avisar de los daños que la bóveda va sufriendo cada invierno, reparar lo que él pueda por su mano, es decir, algo de lo que la lluvia arrastra, un poco de lo que el viento se lleva.

De modo que mi padre no lo sabía. La verdad es que para poco allí, aunque sea su obligación, aunque debería estar allí más tiempo, creo yo, sobre todo en invierno, que es cuando parece que toda aquella piedra se va a venir abajo. Pero madruga poco y, nada más levantarse, antes siquiera de tomarse el café, cruza la calle y se va a ese bar de enfrente, que no es un bar, que es ahora una taberna de postín donde tiene la tertulia, y allí se toma su primera copa, la de aguardiente, la de la mañana para entonar el estómago, como quien dice. Luego vuelve y se sienta, y si alguien pasa la puerta de la valla, porque no ve el letrero, le enseña dónde está el obispado, unas veces de mala gana y otras de buen café, según las copas que a esa hora tenga ya en el cuerpo. La verdad es que cruza la calle tantas veces, en busca de su vaso, que en una de éstas, un día le va a pasar un «Leyland» por encima o una moto, o un taxi de esos que se saltan el disco. Cada vez que desde casa se oye un frenazo de esos que se dejan media cubierta en el asfalto siempre se piensa la misma cosa: «Ya le trincaron». Máxime cuando desde esa misma calle, por encima de las casas que ya van tirando de puro viejas, se ve, al otro lado del río, las vallas desconchadas y esos cipreses tan tiesos de los cementerios viejos.

Pero todo eso se olvida a eso de las once, o mejor a eso de las doce, cuando todo está lleno, cuando no hay sitio en la barra del club, ni una mesa vacía, cuando en la pista no cabe un alma, y Ramón, el *diskjockey* mejor, el que lleva las mejores camisas, el que combina mejor las luces con los discos, se vuelve loco allá adentro, en su cabina de cristales, cuando da la luz que relentiza el movimiento y las parejas, de pronto, van despacio como en esas películas antiguas de cine mudo, del año nosecuantos. Entonces ni se habla, ni se dice palabra, todo te lo hace y te lo dice el cuerpo; con el cuerpo le dices a la chica que te gusta, que te vas con ella al *flex*, que si quiere ahora mismo o en cuanto que ella quiera. Entonces sientes la música aquí donde me toco, en la barriga, y sudas y confundes las caras que son rojas, azules, blancas, moradas, negras, con esas otras que se van encendiendo y apagando en todos los rincones.

Esas chicas que casi no se mueven, que parece que no se mueven y que lo dicen todo también sin mirarte siquiera; éstas que sudan pero no importa, que tienen que apoyarse en la pared para aguantar, para poder moverse; y también esos horteras calvos y sebosos que bailan *underground* como si fuera un *twist*. Y los catetos de última hora, de la hora de la salida de los cines que vienen sólo a mirar, y los negros siempre mirando desde los rincones, siempre dispuestos a partirse el alma con cualquiera por mujeres, por no sé qué que no les anda bien del todo en la cabeza.

Los *baffles* están metidos cualquiera sabe dónde, pero metidos de verdad aquí

dentro; te suenan, te retumban, te atornilla el metal aquí dentro, mientras te echas atrás, te llevan y te traen. Y todo el mundo que medio ves te parece un amigo de siempre, parece como unido, como en esa canción que tiene un refrán que dice, ¿qué dice?, no sé qué de los jóvenes, que unirnos.

Por el día es distinto, ¿qué más da? Por el día, desde las ocho hasta las ocho, quitando esa hora para comer y dar cuatro patadas al balón en el solar de enfrente, la vida es trabajar y escuchar eso de «¿qué?, ¿esta noche, a gastarte las perras?». La misma historia, la misma canción de la envidia de los viejos. Claro, gastarlo. ¿Qué voy a hacer? ¿Meterlo en un banco? También mi padre tiene su sueldo y mi madre lo suyo, aunque protesta siempre porque dice que de mí no ve ni una perra. ¿Y qué? Somos tres gatos, no pagamos casa, ni luz; mi ropa me la pago yo y sus copas mi padre.

Esa camisa, esa cazadora, el cinturón aquel con su hebilla con un águila que tiene escrito no sé qué en inglés, esos zapatos con cadenas y todo lo demás que viene luego.

Todo eso a cambio de lo otro: de ocho a ocho allí, todos los días, con más trabajo cada vez, sobre todo cuando llegan los *rallys*. Cuando llegan los *rallys* allí están los de siempre a que les quiten los bollos de los coches. Vuelven a los tres o cuatro días, miran al coche, le dan un pelo al gas y hasta luego, a destrozarlos otra vez. Otros, en cambio, llegan a prepararlos, a meterles más agua en la refrigeración, a acelerar la bomba, tonterías, nada, porque el agua se calienta lo mismo, más de prisa si quieres a cambiar el ventilador, a ponérselo más grande o más abajo, total para pisarle más, coger los ciento treinta a base de ir sacando el pie hasta el suelo y palmar contra un árbol o quedarse gagá como aquel otro chico que dio tres o cuatro vueltas de campana.

Todos vienen a gastarse una pasta: faros nuevos, frenos nuevos, de disco, faros largos, antiniebla, cuentarrevoluciones, termómetro del agua, manómetro de aceite y un buen tubo de escape que diga «Ahí voy, aquí estoy, abrid paso, chavalas».

Todos vienen casi siempre con algún amigo. Llegan juntos los dos, de veinte y pico años, y dicen la gracia esa de que cuando sale el coche de la planchadora y pagan sin mirar la factura siquiera o la ponen a la cuenta del padre.

El padre nunca viene al taller; éstos son de los otros, de los que sólo se asoman a la agencia, de los que se les ve al entrar a través del cristal, con el pelo ya medio cano y la cara tostada, con la camisa abierta y la barriga lisa dentro del pantalón con la raya tirada a tiralíneas.

El jefe lo dice: ya saben el modelo que quieren: el Maseratti, un Jaguar, el Lamborguini ese que acaba de salir que anda rondando el millón de pesetas. Bueno, ése no, ése no le tienen en la agencia todavía, pero los otros sí, y llega ese señor, entra, pregunta cuánto corre, lo abre, se sienta, da dos vueltas al barrio y un par de

acelerones, firma un cheque y dice: «Ya mandaré a mi chófer con una tarjeta».

Por la noche, cuando se vuelve a casa y se mete la llave y se empuja la puerta se ven esas columnas sin terminar, cortadas todas por igual, como las de las tartas de las bodas. También, si hay luna, se ve el techo caído a medias y los murciélagos que van y vienen persiguiéndose, buscando también ligar como cada bicho viviente. Se ven esas columnas si hay luna, como de día, y en invierno, al resplandor de los faroles que viene de la calle, el elevador parece un monstruo, aunque no es más que chatarra, aunque al peso, como hierro todavía podría sacársele un dinero.

Después del ruido, de sudar, de oír a ese negro de gafas negras, que también suda lo suyo cada noche en el *show* y se rompe la garganta con el cable del micro en la mano; después de las cuatro, *gogós* que se adelantan y agachan la cabeza y mueven la melena; ese pelo tan rubio que es el final del mundo, con sus piernas iguales que se abren, que se juntan, que son el fin del mundo también, que dicen aquí estoy, ven, te espero, que con dinero se lo dicen a tantos, a esos americanos, a los seis del conjunto; después de todo eso, cuando se llega delante de la puerta verde y se empuja, entran ganas de cerrar los ojos o marcharse, bajarse hasta el río, sobre todo en verano, y tumbarse en un banco a dejar que amanezca.

El suelo, entre las columnas está partido. No hay más que cardos, hierba mala y esas flores que salen en mayo de color azul como la escudería del Gordini.

El cuarto tiene una ventana tan llena de geranios que no se ve nada absolutamente fuera. No es que haya nada que ver, sólo que no se ve más que una hilera de columnas y al final la puerta grande de madera, cerrada, clavada desde antes casi de nacer yo, desde quién sabe cuándo.

De todos modos, la madre ha puesto tal cantidad de tiestos que cuando ya es de día la luz es tan verde como si hubiera unas persianas echadas. Además, ¿para qué quiero ver? Ver piedras y más piedras. Oír es distinto. A veces se oyen risas de chavalas que pasan. Eso sí que despierta; o el ruido de los turistas que van en grupos a herniarse por ahí, anda que te andarás, mirando bobadas, retratándolo todo hasta las piedras estas que se deben creer que son de los tiempos de Prim y resulta que mi padre trabajó en ellas. Se asoman, llaman, miran, sobre todo de noche, cuando hay esa luna tan grande y tan baja, donde están ahora los americanos y llegarán los rusos, y los chinos si les dejan. Se asoman por las rendijas de la puerta, llaman, dan el coñazo con las fotografías, pero mi padre no pasa por eso, no deja, aunque a veces le ofrecen hasta dinero, no mucho porque son roñosos casi siempre, pero yo lo cogía y a otra cosa.

Pero el ruido que más se escucha, el ruido que hace asomarse no son esas risas, ni el largue de todas esas turistas bobas de los domingos por la mañana, el ruido que dice «ahí voy» es el de ese «Seiscientos» convertido en mil y pico que sube desde el río, sonando de verdad que con sólo oírle le ve uno adelantando, derrapando, colándose con cinco o seis caballos más metidos detrás a fuerza de saber, para pasar a los listos, a los que presumen de llevar un coche importante.



Y hay una negra que sale a veces en el *show*, que canta *folk*, pero que lo hace de una manera que sólo con verla aparecer te das cuenta que es ella. No tiene mucha voz, en eso es como todas, se traga el micro, pero luego abajo nunca dice que no baila contigo; aunque no está contigo, está mirando a un lado, por detrás, por encima de ti, y te mira de una manera que no pega con la forma de moverse allá arriba, que a lo mejor resulta que se droga. Además, ¿dónde ir con una chavala así? Sin cuatro ruedas donde meterla, ¿dónde vas con ésa ni ninguna? La moto ya no sirve, a no ser una moto en forma. Un coche se le pinta, se le arregla, se le pone un buen tubo de escape y, eso sí, a gastar gasolina en cantidad si es que es un coche viejo; si es que es nuevo, un poco menos. Alquilarlo es peor, te chupan las entrañas y además en domingo sólo quedan los grandes; de pequeños nada.

Y hay otra chica, ésa que dicen que se largó de casa dos veces ya y que al final la dejaron por imposible, pero que el mejor día viene la policía y se la lleva, y si a ti te pillan con ella no te van a dejar una vez hecho el viaje, y luego a ver quién explica eso al jefe, que siempre te anda preguntando que dónde vas, cuántas noches paras en casa, o que si todo el sueldo se te va en cubalibres.

¿Y en qué se va a ir? También mi padre se toma sus tintos. En su tiempo eran los tintos y ahora es el Dyk o el Chivas. ¿Que por qué me gasto el dinero en sacar el carnet de conducir? Porque estoy harto de ir por ahí sin él, que un día acabo como la chica esa de las drogas. Él se debe temer que haga como aquél del taller, que se largó una noche con un coche en reparación para darse una vuelta con una chavala. Se dio un hostión; la chica acabó en la Paz y él en la comisaría. Y luego, además, a la calle por imbécil, aunque el jefe mismo también de joven hizo lo suyo y dentro de lo suyo, viene a ser justo y nada vengativo.

El jefe, cuando joven dicen que si era chófer de una marquesa, uno de esos bollullos que sacan de las fincas, les ponen el volante en la mano y le dicen: «Tú a aprender.», por ahorrarse una pasta pagando a un buen chófer de verdad. Pero el jefe, aunque era de pueblo no era un bollullo de esos, y acabó acostándose con la dueña, y entre eso y que era fiel, y que ella quedó viuda o se largó el marido a Francia, o un lío parecido, se quedó como quien dice en la casa, y hasta los chicos —los hijos del marido, claro— le cogieron cariño y él los llevaba a París todos los años a correrse su juerga, y si tendrían confianza con él, que antes de despedirse en el hotel le daban a guardar el dinero para la vuelta.

Ése es mi jefe. Es ya mayor, pero se ve que todavía está dispuesto a dar guerra por lo mucho que pregunta, porque, ¿a quién no le gusta ser joven ahora que eres el amo con tu chavala, un Nardy, tu cubalibre o dos o cien, tu *flex* y dos verdes por lo menos? Antes, al cine, a la fila de los mancos, o a bailar a esos antros de charanga, y en tiempos de mi padre, ni eso, peor, con el chopo a cuestras, en la Universitaria, pegando tiros total porque ni los unos ni los otros se ponían de acuerdo.

Y la chica ésa que anda medio huida, viviendo con otra amiga como todas, que algún día las trincan, no se la ocurre más que llamar a sus padres por teléfono para decir que estaba bien, porque se ve que en el fondo se acordaba de ellos. Total que la echaron el guante y se volvió a escapar porque eso fue la primera vez, cuando estuvo en la cárcel de Valencia. A ésa voy a llamarla un día a primeros de mes, cuando ande bien de pasta y me deje el «Seiscientos» mi amiguete, ése que me lo presta a veces, que me lo dejó cuando la otra, la del yo-yo, la que lo iba sacando por la ventanilla, arriba y abajo, y todo el mundo mirando. De modo que paré el coche y le dije: «Oye, mira, o él o yo o nos bajamos» y puso mala cara, pero luego se la quitó después, aunque, eso sí, al final, acabó pidiéndome dinero, que es lo que más molesta, no por la pasta, sino por la ilusión, porque eso es lo mismo que pagar. Pero se me puso a llorar —como todas también— y a decir que no tenía para cenar y en fin, que le di lo poco que quedaba.

Pero ligar, ligar, los del conjunto. No el negro, el morenito de Talavera, ése que se va con los otros de su panda que le esperan abajo en una de las mesas, el que más liga es el otro cantante del conjunto que alterna, que es feo como un rayo, pero que imita a no sé qué cantante extranjero y les mete el ritmo a los otros en el cuerpo. Paco, Antonio, Chico, Ramiro y Walker, que no sé por qué se llama así, ésos sí que viven a lo grande, a lo suyo con su equipo de *baffles* que parecen los Beatles. Cuando se está allá arriba en la tarima, sobre todo en esos *clubs* al aire libre, por la noche en esas galas que dan para provincias que es donde de verdad se gana, porque el dinero de los discos se queda siempre entre los representantes y las casas grabadoras; cuando se está allá arriba, subido en la tarima, con los *baffles* tan grandes como armarios detrás, levantándote en vilo, drogándote, en el cielo, en otro mundo, en el no va más, se domina, se maneja a los que están abajo. ¿Que quieres que vayan más de prisa? Ellos van más de prisa. ¿Más despacio? Pues tocas más despacio. Allí están ellos, abajo, obedeciendo siempre, pagando, aplaudiéndote a ti que eres el rey, que finges que te vas a morir allí agarrado al micro de tanto que te quejas.

Luego, cuando el casino o el club o lo que sea, cierra, siempre hay dos o tres chavalas quedonas, las más de las veces extranjeras aunque no siempre. Un par de cubaslibres, un rato de charla al fresco en esos bancos de los jardines vacíos y luego al *flex* si en el hotel te dejan, porque en provincias aunque ya empiezan a pasar por todo aún se fijan si llevas el pelo largo o no, o mismamente cómo llevas los pantalones.

Y ha venido hoy al taller un pájaro francés con un «Gordini» azul de serie pero arreglado para correr en pista, uno de ésos que empiezan a correr y se pasan la vida lampando, pero que es una vida que ya querría uno con los ojos cerrados. Éste además, para desengrasar tiene mujer y un chico que viven lampando como él,

viviendo casi siempre a base de bocadillos por esos cafés de la Plaza Santa Ana, donde van los barbudos, los tíos de las guitarras que se sientan en los bancos a tocar el *bongó* ratos y ratos. Todos muy educados, porque se ve que si levantan la voz los largan de aquí, pero eso sí, con sus barbas y sus harapos y melenas que hay que echarle valor y los niños sobre todo que no sé yo a qué escuela irán y no comen más que fruta y café y los terrones que les echan los demás de las otras mesas.

Así que el pájaro del «Gordini» me invitó a una cerveza y yo a otra y a poco me convence. Estuvo allí hablándome de las primas que cobran los superclase, Jim Clark que ya murió o esos otros que palmaron también casi todos, que palman cada mes abrasados en las cunetas para que las marcas hagan su propaganda y la gente mientras tanto, se divierta. Fardan, corren, viven y palman sin enterarse, igual que los toreros pero en más cantidad, como éstos que se mueren en plena borrachera. Me dijo eso que ya sabía yo, que sabe todo el mundo, que un bólido de éstos no es más que un ataúd rodeado de gasolina por todas partes, esperando una chispa o un contacto que te deje como a san Lorenzo pero sin necesidad de irte dando vueltas en la parrilla.

La mujer que es francesa como él, hablaba poco, pero también contaba los apuros en invierno cuando faltan corridas como a los toreros, cuando a veces tienen que dormir en el garaje y total para que luego la casa mande a otro a correr. Ella, al contrario, me desanimaba. Hablaba también de los pocos que llegan y de la perra vida hasta llegar a tomar la salida en «Fórmula 3» aun teniendo la suerte de ser soltero.

De modo que cuando llegué a casa, empujé la puerta y crucé el patio de losas y las columnas a medias, pensé que tampoco se está mal teniendo cama fija, unos cuantos amigos, tu cueva donde pasarlo bien, tu copa y esa chica que al final acabó metiéndome en un lío.

Porque una noche que volvíamos ya tarde, ya bien puestos en copas, se me ocurrió parar un momento, delante de la valla.

—¿Y ahí vives tú?

—Ahí mismo; al otro lado de la tapia.

—Pero eso no es una casa, es una iglesia —y le entró una risa que yo pensé que venía el sereno—. Tú me tomas el pelo, majo.

—Que no, mujer; que ahí dentro hay una casa. Y no levantes la voz que despiertas a los viejos.

Dormían los viejos y el de la taberna de postín y todo el mundo creo, hasta el tipo de la estatua de enfrente que fue un tío que se suicidó, que se dio un tiro por cosa de amoríos pero que aparte de eso debía tener su mérito. Sólo allá, donde da la vuelta el río, se veían luces y en la misma calle las de algún que otro taxi, con su pareja atrás haciendo ya la rosca, preparándose.

—Pero, ¿de veras que ahí dentro vives tú?

—Dale; pues claro; detrás de esa puerta verde. Y además no veo qué tiene de raro.

Y ella vuelta con que aquello no era una casa, que era una iglesia.

—A lo mejor eres hijo de cura.

Y vuelta a reírse como si fuera un chiste de partirse el pecho.

Total que cogí la llave y le hice entrar y al resplandor que venía de fuera, se quedó como quien ve algo fenomenal, maravilloso como dicen siempre en la tele cuando les preguntan. Lo que no le gustó nada fue la casa, aunque ella vive en una habitación de su pensión que cómo será de estrecha que la llaman el tranvía.

—¿Y ahí dentro están tus padres durmiendo?

—¿Y dónde van estar si mi padre es el guarda?

Y se empeñó en coger un esqueje de geranios porque dice que a su patrona le gustan mucho los de no sé qué color y que si se lo llevaba se lo iba a agradecer, la patrona que debe ser también buena pieza.

Después, con las copas que llevaba entre pecho y espalda, se metió por el camino de las zarzas, por ese sitio que no dejan pasar por si te cae una teja o una viga que es una muerte bien tonta.

Por allí andaba poniéndose perdida, hecha un cristo con las ortigas, gritando cada vez que se pinchaba, haciendo el memo y buscando no sé qué por el suelo.

—¿Pero qué andas buscando?

—El bolso que se me ha perdido.

—¿Pero traías bolso?

—Claro que lo traía.

Y de pronto se me puso a llorar. Me quedé allí parado sin saber qué hacer, como si allí entre aquellas zarzas hubiera aparecido el obispo en persona.

—¿Pero a santo de qué viene este número ahora?

Y ella no contestaba. Vuelta a llorar, sentada en uno de esos pedazos de columna que nunca llegaron a poner en su sitio.

Y empezó como todas: que llevaba metido en él, el dinero para pagar a la patrona y ahora ¿qué iba a hacer?, que si el mejor día se iba a suicidar, se tiraba desde la ventana o iba a tomarse un tubo entero de esas pastillas de dormir para acabar con la vida que llevaba. Lo de siempre: me sacó unas perras y como siempre allá en ese montón de arena que llevaron cuando el último empujón a las obras lo mismo que en el *flex* aunque un poco más frío.

Allá arriba, la luna, esa luna de verano tan grande como un globo, tan amarilla al principio, se metía y salía entre las nubes. Se sentía la humedad del río y empezamos a tiritar cuando acabó la cosa. Entonces empezó también con aquello de que qué sería de ella, que yo era un hombre y tenía una casa y ella quién sabe cómo acabaría.

¿Qué le vamos a hacer? Como mi padre dice: «Haber nacido obispo.» Los hay que tienen suerte desde chavales y los hay que no, que se ve que nacieron sin remedio, aparte de que a ésta, aparte de moverse allá arriba con las otras, esto del *flex* la gusta también aquí mismo en la arena, que cerrando los ojos es como estar en Benidorm, estar así con alguien que la ponga en condiciones aunque luego te salga con la historia esa del bolso y el suicidio.

Y ya dentro de un rato amanecía. Ya se ponían blancas las grietas de las tejas y se alcanzaban a ver los balcones de las casas de enfrente. Pasaban los primeros autobuses retumbando y alguna que otra banda de palomas, y no sé qué campana repicaba a lo lejos.

De modo que le dije: «Anda, maja, vámonos que esto pasó a la historia, se acabó. Anda, te busco un taxi y te vas a dormir y en la cama se te pasa la llantina». También le dije aquello de «Mañana nos vemos» cuando se empeñó en darme el beso de despedida igual que en las películas.

Y a la semana, otra vez en el club, como yo ya me sabía, ni caso, ni conocerme, venga a mirar al negro. Luego me la encontré bailando con un chino o un japonés o uno de estos del Vietnam que dan tanta guerra, pero que desde ya, le llegaba al ombligo. Hizo como si no me viera y a mí eso igual porque yo, para dos o tres días y con ella, estaba fuera de órbita, trabajando de día con el jefe, y de noche con mi copa, escuchando tranquilo.

Lo malo fue al volver a casa, no esa noche, otra noche, unos cuantos días después. ¿Quién sería? ¿Quién alzaría la voz? ¿Quién se iría al obispado con el cuento? A lo mejor uno de éstos que en verano no duermen o que madrugan, o un listo de esos que se pasan la noche estudiando o puede que hasta el mismo sereno.

La cosa empezó en el comedor con preguntas, y yo negando, y en un momento mi padre me tiró a la cabeza un cuchillo de la mesa, no sé si a dar o no, pero que me pasó rozando. Y todo por la rabia, aparte de las copas que ya llevaba encima, por el perjuicio grande que aquello les traía.

Así fue que tuvo que cesar. Por una cosa tonta, por culpa de la chica que fue la que empezó la cosa, aunque ya nos debían de estar preparando la papeleta, aunque sólo fuera por las copas de mi padre. Total que nos largaron; con muy buenas palabras, eso sí, pero el que vino con la carta, con la notificación o cómo se llame, nos la entregó y se fue, y la carta era una buena puerta: una orden de largarse.

¿Que cómo es este barrio en que ahora vivimos? Pues territorio apache como aquél que dice. Hay un club que es un chiste de club, dos o tres bares de mala muerte y para de contar. Tienes que levantarte como dos horas antes para que el jefe no te largue la bronca de costumbre, ésa de «si te acostaras a tu hora...» y para ir a un lugar decente a bailar o tomarte una copa, machacar treinta duros en un taxi, porque aquí la ginebra debe de ser de aquélla que fabricaban en Galicia, que vino en los periódicos, que se hizo por allí un barrido general dejando medio ciegos o medio tontos a unos cuantos. El club de aquí tiene seis discos de la época del tango y otros dos de los Beatles de cuando no se habían dejado la melena, de cuando los romanos. Te sirven tinto y la pared está llena de cuernos y cencerros y cosas así, y unas banquetas que al cuarto de hora de estar allí, te sales disparado a sentarte en el campo. Porque las casas

acaban casi donde la nuestra; luego viene el desierto de Sáhara y más lejos, que apenas se ve bien, está el cementerio con una tapia un poco mejor que las otras, las que tienen los del río, y una iglesia con tejado rojo, en punta, y con los mismos cipreses de mal agüero. Parece como si nos persiguieran como mi padre dice cuando el vino le da gracioso: «De cementerio en cementerio y tiro porque me toca». Lo dice y se queda tan ancho y se vuelve al bar, a la partida de dominó que ya tiene organizada, con mesa nueva, con bar nuevo y socios nuevos. Para él como dice el refrán de esa canción: «la vida sigue igual», él fue el primero, después del berrinche, en seguir funcionando como si tal cosa, sobre todo en cuanto supo que la paga, el retiro, se lo respetaban, y es que los cubalibres no, pero el vino debe saber igual en todas partes.

Lo malo es para mí que después de las nueve, cuando se echa el cierre en el taller, me baja la moral pensando si volver a casa o no, porque aparte del gasto, a la noche no encuentras un taxista que te quiera llevar, todos con el hijo o algún amiguete al lado por si les das un golpe y te largas con los millones de la caja.

Te viene la idea de cambiar de taller o largarte de casa de una vez como hacen todos esos que salen luego en los periódicos, o con Paco, Antonio, Chico, Ramiro y el otro, de lo que sea, de lo que quieran ellos que ellos sí que viven como Dios y al fin y al cabo para eso son amiguetes y sólo uno, Chico, sabe leer música y lo que es de electricidad, de eso ninguno, y eso es bien importante para que suene un grupo. Yo en cambio, eso me lo sé de memoria y eso se paga, vale, porque en una sola gira tienes que hacer más instalaciones que en dos años en el taller. Acabaría con eso de «trae una llave del doce; pero ya; ¿qué haces? A ver si te cortas esos pelos, vete a comprar dos pilotos de atrás, pero en media hora quiero verte aquí, no te duermas, písame un poco el embrague, suelta, acelera, un poco más, mira a ver, baja al foso a quitar el tornillo del cárter. ¿Qué? ¿Te molesta mancharte las manos? Pues lávame esa bomba, con gasolina, bien, que eso te las suaviza».

Todo eso se acabaría de una vez y este olor a grasa y aceite que notan de lejos las chavalas, que es como el color de esos negros que no hay modo de quitarse de encima. Todo eso y el frío en invierno con la puerta de par en par y el calor en verano, que parece que arde el techo de uralita.

Así que un día me cansé de esperar el autobús que te lleva hasta el barrio y me largué a ver los amiguetes. Y ya cuando al entrar, me conoció el portero, aquello era otra cosa, ya sólo ese tufillo que viene desde dentro era otra cosa también y el *longplay* que acababa en ese instante. Ese vistazo por encima de las mesas hasta que uno se acostumbra a la oscuridad, antes de bajar los escalones hasta el piso de abajo, despacio igual que hacen los monstruos esos que están en las listas de los veinte principales y llegan allí con su ligue atornillado, sólo a echar un vistazo, sin sentarse siquiera.

Y según la ginebra me iba entrando, me iba entrando la música también. Te llenaba, se metía hasta los huesos, ya eras tú, ya estabas en medio de la pista meneándote.

Los de siempre, los mismos negros, chinos, americanos, tíos con barba, rubias de las que ni te miran y enanas de esas que menean el pelo como un látigo.

Al fin fueron saliendo los del conjunto. Allí estaban Paco, Antonio y Ramiro, pero faltaban Chico y Walter. «¿Qué pasa?», les grité. «¿Dónde están? ¿Quiénes son esos otros?» Y lo decía por otros dos, el uno batería y el otro guitarra, con unas gafas negras que parecía el guerrero del antifaz. «¿Qué pasa?», les grité, y me dijeron: «Luego», y ya empezaron a tocar y salieron también las cuatro *gogo girls*, también distintas por lo menos todas menos una que no es la de la noche aquella, la que yo conocía.

Y la historia es la de siempre. Mucho hablar de que somos compañeros, de que somos hermanos, pero eso en las canciones, en cuanto que se cobra un par de meses seguidos, en cuanto hay una pasta a repartir, se acabaron las amistades, los compañeros y los amigos: todo eso está bien para decirlo allí arriba, en el micro o en un single, pero a la hora de la verdad es lo de siempre, es distinto.

El caso es que Chico y Walter ya no están —¡lástima de amiguetes!— y Paco y Ramiro sólo duran lo que el verano. Uno se va a la mili y otro se casa y acaba delineante que ahora me entero de que estaba estudiando.

Y la chica se ha muerto.

Me quedé frito, alorado, la verdad. Muerta ¿de qué? Muerta, no; que una noche, así de pronto se tomó ese tubo de pastillas con el que siempre andaba amenazando. Se suicidó; se la encontró la patrona con el tubo en la mesilla y el vaso de agua roto en el suelo y la carta y todo eso, y desnuda en la cama, tapada nada más que con la colcha encima.

Y unos dicen, como siempre que alguien se muere así, que se pasó en las ganas de dormir, pero Ramiro cuenta —no a la policía, claro— que tomaba los polvos esos que la dejaban como tonta todo el día y que también fumaba de lo otro. Y lo raro no es eso, lo raro es que ella lo decía siempre: «Si no llego a estrella me suicido». Pero yo y todos pensábamos que estaba un poco sonada como todas las de esa panda, como todas las *gogós* y que los que se pasan amenazando con eso media vida, llegan a viejos.

Tenía un cuerpo que no estaba tan mal, tenía unos ojos de día apagados y de noche encendidos. Lo poco que hacía lo hacía bien, incluso allá en la arena, la noche aquella, al pie de las columnas.

Ahora estará más lejos, detrás de aquellas tapias que se ven desde casa ahora, alrededor de esa iglesia de marcanos con su techo en punta, rojo, apuntando al cielo. Dicen que sus padres vinieron a la autopsia y prefirieron enterrarla aquí, por tapar en

el pueblo la cosa o por no organizar ese viaje con el ataúd y pagarlo también y porque al fin y al cabo ¡qué más dará la tierra que le echan a uno encima! De modo que está detrás de aquellas tapias, más allá del desierto de Sáhara, al otro lado de esos cipreses con los que hace chistes mi padre.

Aquella noche no me esperé al *show*; no por nada, cualquiera sabe por qué, vete a saber. Pagué mi cubalibre y me marché. Me dolía un poco la cabeza, me sabían a mal las chavalas aquellas de las mesas y hasta la gente a la salida de los cines; total que acabé dándome una vuelta por allá, por junto a casa, dando vuelta a la valla de la catedral. Allí estaban las columnas como siempre, con sus hierbas y murciélagos y la arena con la hierba crecida también y nuestra casa sin geranios ya, cerrada, sin nadie dentro, o por lo menos eso parecía, mirando por las rendijas de la puerta. Las casas de la calle siguen las mismas y la taberna de mi padre y el señor ese que nos denunció seguirá lo mismo en su piso, tomando el fresco, medio dormido, mirando lo que pasa abajo.

Y más allá, estarán los cipreses y el río que no se ve pero que en verano se agradece si no huele, y la estación donde salen los trenes para Francia, para el mundo, ¡qué sé yo!, para todos esos sitios donde se llega a algo en poco tiempo o donde se intenta por lo menos.

El que sigue como siempre pero más gordo es el sereno, casado, tan tranquilo —ese sí que no tiene problemas—, no hay más que verle, feo y cebón con la gorra y el chuzo colgado de la muñeca con esa correa más sobada todavía que el mandil que lleva.

—¿Qué haces tú por aquí?

—Nada; pasaba y me paré a echar un vistazo.

—¿Recordando los buenos tiempos?

—¿Y a ti que te importa, tonto, feo, cebón, con ese cinturón, ese cincho, que a lo mejor hasta tú fuiste el que nos denunciaste? ¿Tú que entiendes? ¿Qué sabes? Déjame en paz, olvídame, vete a cobrar esa limosna que te dan en los pisos o el de la taberna con los recibos que te hicieron en la imprenta del obispo.

He vuelto a casa en uno de esos taxis que se arriesgan a venir por la noche. Ha puesto mala cara porque va solo. Podría darle un golpe y largarme. ¿Para qué? Podría dar la vuelta y no aparecer más por casa. Podría ir a buscar a Paco y Ramiro. Podría acercarme a ver al secretario del obispo y pedirle perdón. ¡Yo qué sé! Podría hacer como la chica esa. ¿Y para qué, también? ¿Para darle el disgusto a mi madre?

Ya estamos cerca de casa; ya el taxista respira. Mañana será otro día; bueno otro día igual. Ya me lo pensaré. Cualquiera sabe lo que puede pasar. Igual hay una guerra. Igual me voy. A lo mejor me caso. Todo puede pasar. ¿Quién sabe?





JESÚS FERNÁNDEZ SANTOS. (Madrid, 1926-1988) Escritor, director de cine y guionista español. Representante de la novela social de mediados del siglo xx, practicó también la ficción histórica. Cursó estudios en la Facultad de Letras de Madrid, que abandonó para seguir sus intereses teatrales (fue director y actor del Teatro Experimental Universitario) y literarios (frecuentó el grupo del Café de Gijón, es decir, el de los jóvenes escritores que en los años cincuenta intentaban introducir la problemática social en la narrativa española).

Sin embargo, las experiencias teatrales se vieron reemplazadas muy pronto por las del cine; Fernández Santos fue el guionista y director de una nutrida serie de documentales sobre la cultura artística y literaria española y, al mismo, tiempo crítico cinematográfico. Su iniciación literaria —publicó tres cuentos en la *Revista española* (1953-1955)— acabó confirmándose como una auténtica vocación gracias a la segura construcción narrativa de la novela *Los bravos* (1954); esta obra, articulada en torno a la participación coral de un pueblo, es emblemática de una visión realista y crítica del ambiente rural español.

Siguieron dos novelas igualmente vinculadas a esta investigación social, En *La hoguera* (1957), que explicaba las amargas vicisitudes de dos jóvenes de la ciudad que se refugian en el ambiente rural, y *Laberintos* (1964), una crítica de las relaciones precarias y egoístas en un grupo de artistas de la pequeña burguesía urbana. También remite a la tendencia realista de las tres novelas el libro de relatos *Cabeza rapada* (1958), por su contenido y por la correspondencia entre las estructuras sociales consideradas y las estructuras lingüísticas. En los años siguientes, los de la difusión

de los narradores latinoamericanos, la narrativa de Fernández Santos se centró en un interés específico por el individuo y, sobre todo, por una búsqueda consciente de técnicas narrativas y de posibilidades expresivas.

Ambas novedades estaban ya presentes en la novela *El hombre de los santos* (1969), articulada en torno a la introspección de un protagonista atormentado por su vida interior, pero no separado del mundo exterior, y se hacen más perentorias en las cuatro obras siguientes: dos libros de cuentos, *Las catedrales* (1970) y *Paraíso encerrado* (1973), en los que debe subrayarse la unidad estructural y de composición, en el primero con la referencia espacial a cuatro catedrales, y en el segundo con la referencia espacial al parque del Buen Retiro, y dos novelas, *Libro de las memorias de las cosas* (1971), galardonada con el Premio Nadal de 1970, y cuyo tema, las historias de una comunidad confesional «heterodoxa», y cuya motivación temática es la crisis del sentimiento religioso, representan una nueva preocupación humana de Fernández Santos; y *La que no tiene nombre* (1977), que juega en torno a un contrapunto de voces narradoras y contenidos narrados, punto culminante de una experimentación consciente, atenta a no ceder a veleidades vanguardistas.

La novela *Extramuros*, de 1979, Premio Nacional de Literatura, inauguraba con fortuna la trayectoria cultural de la narración histórica, de la que participan también las novelas *Cabrera* (1981), *Jaque a la dama* (1982), *Los jinetes del alba*, de 1984, y *El Griego* (1985). Estas obras reconstruyen un momento de la historia española, incluso a nivel expresivo (en particular *Extramuros* y *Cabrera*), y en cada circunstancia histórica recuperada se mueven personajes imaginarios (incluso el Greco lo es), y vividos a través de sus estados de ánimo, a fin de alcanzar un realismo intimista que se puede señalar como una constante de la narrativa de Fernández Santos.

La vena del intimismo atraviesa también el cuarto libro de relatos *A orillas de una vieja dama* (1979) y las dos narraciones breves inéditas que integran la antología *Las puertas del Edén* (1981). Los textos periodísticos, las notas de viaje y de crónica aparecen reunidos en *Europa y algo más* (1977) y *Palabras en libertad* (1982).